

## COMENTARIOS DOMINICALES CICLO C

Los comentarios contenidos en este documento corresponden a “esquemas para homilias” preparados por el padre Beltrán Villegas ss.cc. para su propia predicación a través de los años. María Angélica Llonza hizo una selección de estos esquemas, que fueron publicados por la Comisión Nacional de Pastoral Bíblica, de la Conferencia Episcopal de Chile, en un libro titulado “Esquemas para Homilias. Ciclo C”.

Los comentarios están ordenados siguiendo los tiempos del Año litúrgico. El tiempo ordinario, que tiene algunas semanas entre el término de Navidad y el inicio de Cuaresma, está agrupado en un solo bloque después de Pascua. A veces hay más de un comentario por Domingo. El orden que se sigue es el siguiente:

Adviento

Navidad

Cuaresma

Pascua

Tiempo Ordinario

### 1º ADVIENTO - C

Jer 33, 14-16; 1ª Tes 3,12-4,2; Lc 21, 25-28.34-36

Cuando uno lee los textos del A.T- en que se expresaba "la esperanza de Israel", descubre que esta esperanza se centraba en un "nuevo orden de cosas" instaurado por el Mesías. En cambio, la esperanza cristiana se centra en "estar siempre con el Señor Jesús". Esta transformación se debe a la experiencia de lo que fue de hecho el Mesías Jesús (o - si se prefiere - lo que fue Jesús como Mesías). Jesús se reveló como el que despierta un amor absorbente y absoluto que nos hace valorar más lo que él es que lo que él nos puede dar. Su amistad y la posibilidad de vivir en íntima comunión con él pasan a ser el bien supremo y la fuente del máximo gozo pensable.

Parte importantísima en el "enamoramiento" que despierta la persona de Jesús fue la condescendencia de su amor que lo llevó a hacerse en todo semejante a nosotros y que se mostró desde su nacimiento como un niño pobre y desvalido en Belén. Esa figura que emerge de la historia de Jesús desde el momento de entrar en nuestra historia, nos hace imposible desear ya otra cosa que no sea él en persona.

Y es así como la perspectiva de esa venida definitiva de Cristo (la que hará posible "estar siempre con el Señor") se convierte en el indicador más inequívoco de la calidad cristiana de nuestras vidas. Porque si nuestra actitud frente a esa venida es de indiferencia o de temor, parece claro que nuestro "enamoramiento" de Jesús - y nuestra alegría frente a su nacimiento - son bastante superficiales. Debido a esto, todas las descripciones que encontramos en el N.T. de la venida definitiva de Jesús tienen como dos caras: la de una venida amenazante y terrible, y la de una venida liberadora y dichosa. Y es que para unos y para otros será radicalmente distinta, porque tenemos la triste capacidad de convertir la Gracia de Dios en Juicio condenatorio si no nos abrimos gozosamente a ella. Si tememos su venida, debemos preguntarnos por el sentido que tiene nuestra recepción de la Eucaristía; y si no tememos acercarnos a Cristo en la Eucaristía, no debemos temer su venida, sino desearla.

Con lo que tenemos dicho queda bastante claro cuál tiene que ser el espíritu con que deseamos vivir este tiempo de Adviento destinado a preparar cristianamente la celebración

navideña. La gratitud gozosa por lo que ya significó la venida histórica de Jesús y por lo que significará el encuentro definitivo con él, nos dispone a la generosidad. El "instinto cristiano" ha hecho de este tiempo un tiempo de regalos que sean como un eco del gran regalo que Dios nos ha hecho en su Hijo. Pero cuando esto se convierte en una carga obsesiva, o cuando se ve contaminado por un consumismo puesto al servicio de intereses comerciales, el espíritu de la celebración navideña se evapora y de la Navidad cristiana queda sólo una caricatura. Creo que hay dos grandes antídotos contra esta degradación: por una parte, fomentar el espíritu solidario respecto a los menos favorecidos, y por otra, preparar en familia la celebración de Navidad buscando - por ejemplo - formas creativas de una Novena del Niño en que participe con oraciones y reflexiones la familia entera. Lo que está en juego en el modo de celebrar la Navidad, es enorme. ¡Cómo no ver el absurdo que hay en que la Navidad signifique un derroche insensato o una perspectiva angustiante o estresante! Ayudémonos entre todos a buscar manera de no perder el sentido cristiano de Navidad.

## 2º ADVIENTO - C

Bar 5, 1-9; Flp 1, 4-11; Lc 3, 1-6

### Gracia y Tarea

Visible contraste entre la 1ª Lectura y el Evangelio: lo que Baruc anuncia como acción salvífica de Dios, Juan Bautista lo propone como tarea del pueblo para que pueda revelarse la salvación de Dios. Siempre ha habido la tendencia a mirar Gracia y Tarea como una alternativa ante la cual hay que optar. Pero no es una alternativa; se trata de dos polos. Y hay que aceptar los dos, con la tensión inextirpable que ellos generan. Se ha dicho que el espíritu protestante tiende a poner una "o" donde los católicos ponemos una "y". Para nosotros la cosa no es elegir: o Gracia o Tarea, sino conciliar Gracia y Tarea. S. Ignacio da una famosa regla: "Rezar como si todo dependiera de Dios, actuar como si todo dependiera de nosotros".

Reconocer que Gracia y Tarea son indispensables no significa ponerlas en el mismo nivel o considerarlas como paralelas. Está en juego algo muy esencial a la fe cristiana en reconocerle a la Gracia su primacía y su prioridad. El mensaje cristiano es una "buena noticia" (= Evangelio) en la medida en que enfatiza como la base de todo, el Amor primero, gratuito e inmerecible que Dios nos tiene y que lo llevó a "entregarnos" a su Hijo para nuestra salvación; sin esa Gracia, como actitud y actuación de Dios a favor nuestro, no tendríamos ninguna posibilidad de llegar a esa eterna comunión con Dios en que consiste la plenitud de la existencia humana.

Y, según el Evangelio, la actuación humana que tiene valor salvífico es la que brota como "reacción" ante esta Gracia que nos inunda. Acoger y aceptar la Gracia de Dios encarnada en Cristo es reconocer que lo decisivo es el amor gratuito, generoso y desinteresado. Es imposible saberse amados gratuitamente por Dios y encerrarse en un egoísmo mezquino. "Queridos, amémonos unos a otros, ya que el amor es de Dios, y todo el que ama ha nacido de Dios y conoce a Dios. Quien no ama no ha conocido a Dios, porque Dios es Amor. En esto se manifestó el amor que Dios nos tiene: en que Dios envió al mundo a su Hijo único para que vivamos por medio de él. En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó y nos envió a su Hijo como propiciación por nuestros pecados". (1 Jn 4,7-10).

Y este amor que surge en el corazón del creyente por saberse amado, se convierte a su vez, en raíz de una actuación justa que permite acceder al encuentro definitivo con Dios. Es esto lo que nos dice San Pablo en el bellísimo y luminoso texto que escuchamos en la 2ª Lectura. La clave de este texto está en la afirmación de que *el amor*, al crecer, se convierte cada vez más en un *factor de*

*discernimiento de los verdaderos valores:* discernimiento sin el cual la actuación humana o es errática o es servil. Es el amor el que nos permite reconocer lo que tenemos que hacer, porque lo único que tenemos que hacer es amar a nuestro prójimo con un realismo inteligente: es decir, tal como nosotros queremos ser amados, respetados, acogidos, ayudados. Otra vez citaré a S Juan: "En esto hemos conocido lo que es el amor: en que él dio su vida por nosotros. También nosotros debemos dar la vida por los hermanos. Si alguno que posee bienes en la tierra ve a su hermano padecer necesidad y le cierra su corazón ¿cómo puede permanecer en él el amor de Dios? Hijos míos, no amemos de palabra ni de boca, sino con obras y según la verdad. (1 Jn 3,16-18). Es también lo que enseña San Pablo en Rom 13, 8-10.

### 3º ADVIENTO - C

Sof 3, 14-18; Flp 4, 4-7; Lc 3, 10-18

Los dos primeros textos de la misa de hoy nos invitan a la alegría. Por su parte, Juan Bautista nos plantea deberes ineludibles de justicia y solidaridad. Es fácil que nos parezcan dos llamados incompatibles. Sin embargo, el evangelista nos dice que esas exigencias del Bautista formaban parte de la buena noticia que él anunciaba al pueblo.

Creo que si alegría y exigencias nos parecen incompatibles, es porque les ponemos a esas palabras un sentido inadecuado. Nuestro lenguaje está lleno de palabras usadas ambiguamente. El caso más clamoroso es sin duda el del "amor". Pero también el de "alegría" es un término que se trivializa hasta cubrir realidades tan livianas como la diversión, el placer, el optimismo, el buen humor o la chacota. Nos pasa que, a menudo, buscamos huir de todo lo que puede dejarnos preocupados al ponernos en contacto con una realidad problemática y tensionante que nos fuerza a tomar decisiones y a buscar soluciones; y así todo lo que nos permite liberarnos de esa inquietud más o menos angustiada, aunque sea por un instante, lo llamamos "alegría"; pero en el fondo sabemos que esa no es la verdadera alegría. Como ha dicho alguien, "la alegría es cosa seria". Cuando Pablo nos dice que estemos "siempre alegres", no nos pide que pasemos todo el día riéndonos o divirtiéndonos superficialmente. La verdadera alegría es la que resulta del equilibrio profundo de nuestra existencia, o - como dice E. Fromm - es el "sentimiento que acompaña la expresión productiva de nuestras facultades humanas esenciales". Para los cristianos, ese equilibrio se logra por la fe en el amor fiel y permanente de un Dios que es nuestro Padre comprensivo y perdonador. Y la alegría que esta fe genera es compatible con el sufrimiento, y dista mucho de identificarse con el optimismo bobo de que "en todo nos va a ir bien".

Y tampoco es incompatible esta alegría profunda con el reconocimiento y aceptación de exigencias conductuales. Nuestra cultura se muestra particularmente alérgica a la idea de exigencias, y la palabra "deber" ha llegado a ser una "mala palabra". Y hay que reconocer que hay algo sano en este rechazo, en la medida en que se trata de exigencias impuestas "desde fuera" de nuestra conciencia. Pero hay exigencias éticas que se nos imponen "desde adentro" con una claridad tan grande como la de que dos más dos son cuatro: verdad que nadie puede sentir como un atentado a su libertad. Para los cristianos, las exigencias de justicia, de respeto por las personas y de solidaridad con los menos favorecidos, aparecen iluminadas con una claridad deslumbrante a partir - también - del amor que Dios tiene por todos los hombres (1 Jn 4,11 "si Dios nos amó así...")

El descubrimiento del Amor gratuito y salvador de Dios es, pues, al mismo tiempo, la raíz de la alegría cristiana y la raíz de las exigencias cristianas. Y es que, como lo dijo Bonhoeffer, "la Gracia de Dios (su amor salvador) es gratuita, pero no barata".

## 4º ADVIENTO - C

Miq 5, 2-5ª; Heb 10, 5-10; Lc 1, 39-45

En los tres Ciclos, el 4º Domingo De Adviento tiene como figura central a María, imagen acabada de la esperanza cristiana. Esta dimensión se hace sobre todo visible en este ciclo C, con la lectura de la escena de la Visitación, porque este episodio es el único que nos presenta una actuación de la Virgen durante el tiempo en que estaba "esperando".

Subrayemos, ante todo, que la situación de toda mujer encinta es una imagen muy adecuada de la esperanza cristiana, porque es una espera y esperanza que se caracteriza por la presencia reconocible aunque oculta del hijo por nacer. Se entrelazan así el presente y el futuro. El cuidado, la ternura, el temor van generando un estado anímico especial que oscila entre el gozo y la ansiedad y que está dominado por el deseo de "tener" a ese hijo que "llena" el espíritu más que el vientre de la que "está esperando". También los cristianos esperamos al Señor Jesús que está invisiblemente presente en su Iglesia, pero que da señales inequívocas y experienciales de su "estar con nosotros hasta el fin de la historia humana" (Mt 28,20). Y así la esperanza cristiana como la de "las que están esperando", se caracteriza por una certeza y un deseo que se basan en lo que ya se está experimentando. Sin alguna experiencia gozosa del Cristo presente, es imposible una esperanza cierta y alegre de que "estaremos siempre con el Señor".

Sobre este telón de fondo de la situación de "las que están esperando" como imagen de la esperanza cristiana, veamos ahora un poco lo que hace María tan pronto como sabe que "ha quedado esperando" (porque la Visitación tiene lugar inmediatamente después de la Anunciación).

El texto destaca primeramente la presteza para servir que se ve en María. Ella no guarda su secreto para sí, sino que se pone en camino "con prontitud" para atender a su anciana pariente Isabel que - como lo supo por el ángel - se encontraba en el sexto mes de su extemporáneo embarazo. Nos señala el texto que esa actitud de servicio desencadena sucesos imprevistos y que llenan de gozo a ambas mujeres. Jesús oculto en el vientre de María manifiesta ya su acción salvadora sobre Isabel y el Bautista produciéndose así un diálogo entre ellas que es el prototipo de la comunión espiritual que debe darse entre los creyentes cuando ponen en común la experiencia de fe que cada cual ha tenido. La escena, en efecto, termina con el Magnificat de la Virgen.

Habría que retener de este trozo que hemos leído, que la presencia oculta pero salvadora de Jesús en la Iglesia, no es privativa nuestra. Tiene que llegar a otras personas. Y esa irradiación de Jesús que se manifiesta en nosotros tendrá lugar primeramente a través de nuestra voluntad de servicio. Encerrarnos en nosotros mismos con miedo al aire libre y a los caminos peligrosos es impedirle a Cristo que llegue a los que están lejos de nuestras seguridades.

## NAVIDAD

Is 52,7-10; Hb 1,1-6; Jn 1,1-18

Después de la invitación poética que nos hizo la 1ª Lectura a alegrarnos por la venida de Dios como Salvador misericordioso, hemos escuchado dos textos de mucha densidad teológica que parecieran "desentonar" en medio de la alegría ingenua y tierna que en chicos y grandes despierta el pesebre.

Es claro que la Iglesia quiere que no nos quedemos en un sentimentalismo efímero y superficial; con tales lecturas ella quiere que tomemos conciencia de que ya en Belén se despliega el carácter de "revelación de Dios" que tiene la Encarnación, de tal modo que ya al Niño Jesús, incapaz de hablar en la gruta, lo veamos como "la *Palabra* de Dios hecha carne". Es capital que

comprendamos esa Palabra de Dios que resuena clamorosamente en el silencio de un niño vulnerable, indefenso, necesitado de mil cuidados. Es fundamental tomarle el peso al hecho de que, si Dios quiso revelarse a sí mismo en un rostro humano, haya querido manifestarse primero en el rostro de "un niño envuelto en pañales y recostado en un pesebre".

Ante todo tengamos presente que la Palabra de Dios no es jamás - como lo es tan a menudo nuestra palabra humana - una palabra trivial o que sólo transmite información objetiva sobre diversas "cosas"; la Palabra de Dios - más aún que en los mejores usos de la palabra humana - es siempre una en la que Dios se expresa, se expone, *transmite su ser profundo, lo que es el secreto de su corazón*. Y - como nos pasa a menudo a los seres humanos - Dios expresa mejor todo eso en gestos visibles que en voces audibles. No hay duda alguna de que Dios nos habla de una manera más eficaz y significativa en gestos mudos que en discursos densos: Belén y el Calvario nos dicen más de Dios que todas las teologías.

Es obvio que Belén nos habla ante todo de la Gracia de Dios: de su amor gratuito que se acerca a nosotros envuelto en debilidad para conquistarnos por el corazón con su fragilidad que despierta nuestra ternura.

Pero creo que la "palabra visible" de Belén envuelve - entre otros muchos más - dos mensajes de gran importancia para nosotros.

En primer lugar, la paradoja de que Dios "cabe" mejor en las realidades insignificantes y pequeñas que en las dotadas de grandeza mundana. Pertenece a lo más entrañable de la visión cristiana de la realidad, que Dios se hace presente prioritariamente en lo débil, en lo pobre, en lo "no importante" según los criterios vigentes. Y esto significa que es más real y verdadera la percepción del valor de las cosas que tienen los humildes y marginados que las que tenemos los "privilegiados"

En segundo lugar, creo que Belén incluye un llamado a hacernos niños, a no anular al niño que hay en cada uno. El niño es pura apertura al futuro, a las posibilidades, a lo nuevo. Nosotros, los adultos, tendemos a instalarnos, a darles carácter definitivo y fijo a nuestras opciones; y sin darnos cuenta llegamos a envejecer a Dios mismo, en la medida en que "nos acostumbramos" a él y lo situamos en el ámbito de lo "ya conocido". Debemos mantenernos abiertos a descubrir nuevos rasgos de Dios y debemos pensar que a los ojos de Dios nuestra existencia nunca está hecha y concluida, sino que sigue moldeable "como el barro en las manos del alfarero"

### **SAGRADA FAMILIA - C**

Ecle 3,2-6. 12-14; Col 3, 12 21; Lc 2, 41-52

Las dos primeras lecturas en la solemnidad de la Sagrada Familia, que hoy celebramos, son todos los años las mismas, y son una expresión clara y clásica del ideal de vida familiar tanto en el judaísmo (1ª Lect.) como en el cristianismo (2ª Lect.). En ambos textos se subraya que la familia como comunidad de padres e hijos tiene una dignidad característica y un papel irremplazable, sobre todo para que los hijos puedan ir absorbiendo el sentido profundo y religioso de la comunión humana y familiar como elemento capital de toda existencia cristiana. En otras palabras, la vida familiar es la raíz de la dimensión "comunional" de la vida cristiana, por cuanto inicia y fomenta una forma de existencia caracterizada por un tipo de relación gratuita, no sólo funcional.

Desgraciadamente tanto en la vida simplemente humana como también en la vida cristiana, la dimensión "comunional" tiende - sobre todo por el uso de la televisión - a convertirse en una dimensión puramente "funcional" y despersonalizada. Y creo que en las familias cristianas tendría que generarse un examen de la calidad de la vida familiar y especialmente del nivel de las relaciones personales entre los miembros de la familia. Esa calidad se puede medir fundamentalmente a partir de dos dimensiones: una de "libertad" no rígidamente reglamentada, y - en forma especial - otra de

"apertura": una apertura al mundo real y al futuro y, para los cristianos, una apertura al pueblo de Dios (es decir a la comunidad eclesial cristiana) que sepa conjugar el amor y una objetividad sana y realista.

El Evangelio asignado en el "ciclo C" a esta fiesta de la Sagrada Familia nos quiere subrayar que la valoración de la familia no debe llevar a desconocer lo individualmente personal. La familia es para sus miembros, y no al revés. Cada persona tiene rasgos, cualidades, inclinaciones y gustos diferentes. Y es un deber del resto de la familia - y principalmente de los padres - respetar e incluso fomentar lo que cada miembro tiene de peculiar.

Y aunque es normal que los padres se sientan asombrados, y hasta reticentes o desconcertados frente a opciones o actitudes de sus hijos, que les pueden resultar inicialmente incomprensibles, ellos tienen que saber - como la Virgen - *conservar en el corazón* esas actitudes y opciones. Los hijos, por su parte, deben saber "dar tiempo al tiempo" y buscar la convivencia pacífica con sus padres, sabiendo que esto constituye el mejor camino para que ellos puedan comprender y aceptar la vocación peculiar que cada uno de ellos manifieste tener.

No quiero terminar estas palabras sin insistir en que la calidad de vida familiar requiere un verdadero "cultivo" cuidadoso y de la contribución consciente y constante de parte de todos aquellos que la forman. ¿No valdría la pena, sobre la calidad de la propia vida familiar, tener una conversación en que participen todos los miembros de la familia?

## **BAUTISMO DE JESÚS - C**

Is 40,1-11; Tit 2,11-14; Lc 3,15-22

### 1) El sentido de esta celebración litúrgica.

Se trata de una fiesta relativamente nueva (unos 40 años). Antes, junto con la revelación de Jesús niño como Rey de los judíos hecha a los Magos por medio de la estrella, la fiesta de la Epifanía incluía otras dos "manifestaciones" de Jesús: la primera revelación de "su Gloria" a sus discípulos por medio del milagro de Caná, y la revelación del ser y de la misión de Jesús en el contexto de su bautismo por Juan: revelación contenida en la escena de los cielos abiertos, de la bajada del Espíritu Santo y sobre todo de la voz del Padre. Fue la reforma litúrgica pos - conciliar la que destacó el episodio del Bautismo de Jesús dándole el carácter de una festividad específica en el domingo siguiente al de Epifanía.

Es muy significativo que "la voz del Padre" sea la reproducción del comienzo del primero de los "Cánticos del Servidor del Señor" en el libro de Isaías; sólo que en vez de decir "mi Siervo", dice "mi Hijo amado". Se destaca así que la misión mesiánica de Jesús no se va a desarrollar según el esquema de un rey triunfante, sino según el de un profeta sufriente y humillado; pero se subraya que Jesús la llevará a cabo no como un esclavo de Dios, sino como su Hijo amado, animado siempre por el Espíritu de Dios. La escena, pues, tiene todos los caracteres de la investidura solemne y celestial de Jesús en las vísperas de su actuación pública (comparable a las "vocaciones proféticas" de Isaías, Jeremías y Ezequiel).

### 2) El bautismo de Jesús.

Todo lo dicho plantea insoslayablemente una pregunta ¿Por qué esta investidura solemne de Jesús tiene lugar al ser bautizado por Juan Bautista? Y, en última instancia, otra: ¿por qué Jesús se sometió al "bautismo de conversión" que proclamaba y administraba Juan Bautista?

Jesús no disimuló las diferencias de estilo y de enfoque que lo separaban de Juan. Pero había dos cosas en su mensaje con las que estaba plenamente de acuerdo: 1º Que se estaba en una hora decisiva de la historia del pueblo de Dios, y 2º que esto significaba la exigencia de una conversión

personal intransferible, sin que bastara, para estar a la altura de la inminente revelación de Dios, con pertenecer a la descendencia de Abraham, siendo indispensable abrirse a ese inminente "futuro de Dios", sin condiciones y sobre todo sin pretender esgrimir frente a Dios unos "derechos" basados en los propios méritos.

A esta luz se comprende el hecho de someterse Jesús al bautismo de Juan como un acto de solidaridad con quienes experimentaban la necesidad de expresar pública y visiblemente una actitud de disponibilidad incondicional frente al señorío absoluto de Dios. El someterse al bautismo de Juan fue para Jesús una opción profundamente coherente con el estilo de "Servidor" que se humilla, que no aleja de sí a "los pecadores", sino que comparte con ellos, hasta comer y beber juntos; es una opción que ya implica la voluntad de no quebrar la caña trizada y de no apagar el pabilo todavía humeante; es una opción que ya pre-anuncia su muerte entre dos bandidos.

### 3) Nuestro Bautismo.

El bautismo cristiano nos incorpora a la persona de Jesús, e implica que debemos hacer nuestras sus actitudes esenciales y características. Creo que con lo dicho podemos discernir si nos mueve el mismo espíritu que reveló Jesús al bautizarse en el Jordán junto con los pecadores, y que Dios corroboró con su voz desde el cielo.

## 1º CUARESMA – C

Deut 26, 4-10; Rom 10, 8-13; Lc 4, 1-13

### Cuaresma y Tentaciones

#### 1. *Bautismo y Tentaciones de Jesús.*

Para comprender la Liturgia tan rica de hoy, puede ser útil tener presente que, en los relatos evangélicos, la escena de las tentaciones de Jesús aparece situada inmediatamente después de la escena de su bautismo por Juan, en la que Jesús asume por voluntad de Dios la misión de llevar a cabo *como Hijo* la tarea que el libro de Isaías le atribuía al "*Servidor de Yabveh*" (una forma de "mesianismo" contrapuesta a la de Rey guerrero y victorioso).

Entonces, el sentido de la relación entre las escenas del Bautismo y la de las Tentaciones de Jesús, es que Jesús se vio sometido a la tentación de apartarse del camino del "Servidor" en el cumplimiento de su tarea mesiánica: tentación de usar su poder mesiánico en provecho propio, y tentación de evitar la muerte de cruz (cfr., fuera del texto de hoy, Mc 8,31-33; 14,33-36; Jn 12,27-28; Hb 12,2).

#### 2. *Cuaresma y tentaciones del cristiano.*

Al celebrar la fiesta del Bautismo de Jesús, la Iglesia subrayó que el bautismo de los cristianos consistía en la asunción de parte de los cristianos de la misión mesiánica de Jesús.

La Cuaresma es el tiempo que nos asigna la Iglesia como especialmente dedicado a profundizar nuestra decisión de hacer de nuestra vida un seguimiento de Jesús en su Vía Crucis, que nos haga participar más plenamente de su vida de Resucitado. La Cuaresma es una gran preparación para la celebración de la Vigilia Pascual como expresión de la vida que brota de la muerte.

Pero no se trata de cualquier muerte. Tenemos la tarea de que nuestra muerte lleve el sello de la muerte de Jesús: de esa muerte que fue parte inextirpable de su misión mesiánica. Repitamos que la opción cristiana no es la de seguir a Jesús para salvarse, sino la de seguirlo en su tarea de transformar el mundo para hacerlo más justo y fraternal por la aceptación de la gracia de Dios.

Entonces resulta claro por qué la Iglesia nos pone delante de los ojos al comenzar la Cuaresma las tentaciones de Jesús: es para hacernos tomar conciencia de que en nuestro caminar en pos de Jesús nos vamos a ver tentados, como el mismo Jesús, de alejarnos de su camino. La gran tentación cristiana es la de llevar a cabo la tarea de Jesús (o la de llegar a la meta de Jesús) con unos medios que no fueron los suyos: la fuerza, el prestigio, la prepotencia, la "importancia", la sabiduría, el poder, el rango social, etc., etc. Es la renuncia a estas tentaciones la que puede llevarnos a una "muerte social".

### 3. *El programa cuaresmal.*

Ahondar en nuestra convicción de que ser cristiano incluye una misión referente al mundo en que vivimos: la de transformarlo según los criterios de Jesús.

Ahondar en la importancia de ciertas actitudes muy simples, como la humildad, el desinterés, la voluntad de servicio.

Ahondar en la centralidad de Dios como único Absoluto (=el que no se puede poner al servicio de ninguna causa humana) y como Aquel cuya palabra debe ser el alimento fundamental de nuestra vida.

Finalmente, cada uno debe buscar cómo encarnar en gestos concretos estas actitudes.

## 1º CUARESMA - C

Deut 26, 4-10; Rom 10, 8-13; Lc 4, 1-13

La Cuaresma es el período de seis semanas dedicado a prepararnos a la celebración de la pascua de Resurrección, o - con mayor propiedad - de la Vigilia Pascual, en la que contemplaremos la Vida verdadera surgiendo de la muerte.

La Cuaresma se caracteriza, no primariamente por ser un tiempo de "penitencias" (es decir, de sacrificios o privaciones como el ayuno u otros ejercicios semejantes), sino por ser un tiempo de "penitencia" (es decir, de *conversión*). Y esta "penitencia/conversión" consiste en *purificar nuestra fe cristiana*, de tal modo que nuestra adhesión a Cristo sea lo más auténtica, lo más total, lo más determinante de todo el ámbito de nuestra existencia.

Es imposible vivir la Cuaresma como tiempo de conversión si no tenemos clara conciencia de que nuestra fe está siempre expuesta a deformaciones que tienden a vaciarla de sus contenidos más genuinos. Podríamos decir que nuestra fe es estructuralmente "tentable", sujeta a presiones que ponen en juego la seriedad e incluso la autenticidad de nuestra adhesión a Cristo en la cual ella consiste.

Para orientarnos en nuestro trabajo de conversión, la Iglesia en su liturgia pone ante nuestros ojos al propio Jesús "tentado" y venciendo la tentación. Son las tentaciones de Jesús y la forma como él reaccionó ante ellas, lo que constituye el centro de interés del relato evangélico de hoy (Y no el ayuno de cuarenta días). En esas tentaciones se manifiestan las mismas "presiones" que ponen en jaque nuestra fe cristiana: esa fe que nos hace asumir como nuestras la misión de Jesús (darle presencia al reinado de Dios en nuestro mundo), y su manera de llevarla a cabo (por la humilde e incondicionada aceptación de la oscura voluntad de Dios).

En efecto, en la primera tentación se descubre como núcleo el usar para nuestro provecho el poder que se nos ha dado; en la segunda, el entrar en la lógica demoníaca del poder como un bien en sí; y en la tercera, el considerar a Dios como "disponible" para nuestros intereses mediante intervenciones tuyas previsibles y que se pueden dar por descontadas.

La Cuaresma es, pues, el tiempo en que se nos invita a preguntarnos por la coherencia entre lo que decimos (o "creemos") creer y la realidad de nuestra vida. Quizá la pregunta fundamental

recae sobre si nuestra imagen de Dios calza con la que emerge del Evangelio. Pascal decía que ser cristiano es decirle a Jesús lo que Rut le dijo a su suegra Noemí: "Tu Dios será mi Dios". El Dios que se revela como el "Padre de Jesús" tiene poco que ver con el "Primer Motor Inmóvil" de Aristóteles, porque es un Dios paradójico, cuya esencia está darse sin medida y cuya presencia se hace particularmente intensa en lo que a nuestros ojos es despreciable; un Dios cuya máxima manifestación se tiene en la muerte y resurrección de su Hijo; un Dios que, en la medida en que lo conocemos, nos lleva a plegarnos gozosamente a su absoluta y gratuita libertad y a enfocar nuestra propia vida como espejo de su amor a través de nuestra capacidad de comunión fraternal y de servicio desinteresado.

Es normal que nuestra progresiva conversión se traduzca en gestos que la encarnan. Hasta no hace mucho tiempo ese gesto era el mismo para todos: el ayuno, fácilmente deformable en un rito vacío (Y – a veces - en su caricatura). Hoy la Iglesia nos pide que cada uno - sin publicidad - busque las "penitencias/sacrificios" en que tome cuerpo su conversión interior. Sin ésta, ningún gesto o ejercicio tiene sentido; pero la ausencia de todo gesto externo muestra que nuestra conversión no es realista.

## 2º CUARESMA - C

Gen 15, 5-12. 17-18; Flp 3, 17- 4; Lc 9,28-36

Todos los años, en los tres ciclos, el 2º Domingo de Cuaresma tiene como Evangelio el episodio de la Transfiguración, tal como el 1º Domingo de Cuaresma tiene siempre el de las Tentaciones. Ambos episodios tienen en común su relación con el Bautismo de Jesús. En efecto, Jesús se ve sometido a las tentaciones inmediatamente después de su bautismo, y las tentaciones mismas por su contenido, sólo pueden entenderse como el intento diabólico de apartarlo de la misión asumida por él cuando fue bautizado por Juan Bautista: misión que consistía en mostrarse como "el Hijo" de Dios justamente haciéndose "el Servidor" humilde y despreciado. Por otra parte el punto culminante de la Transfiguración es la misma voz celestial escuchada por Jesús después de su bautismo, y que lo proclamaba como "el Hijo amado de Dios", sólo que ahora dirigida a los discípulos: "Este es mi Hijo predilecto". En cuanto al añadido "Escuchadlo", se relaciona con la negativa de Pedro a aceptar el anuncio de su destino doloroso que había expresado Jesús pocos días antes consiguiendo su proclamación como "Mesías" hecha por el mismo Pedro.

Como se ve, entonces, la Iglesia quiere que a través de la Cuaresma tomemos conciencia de lo que el bautismo que un día recibimos significa y exige como compromiso de asumir el seguimiento de Jesús, haciendo nuestra su misión y su estilo. Esto implica hacer de Jesús - con su plena identidad de Hijo de Dios crucificado y resucitado - el eje y el centro de nuestra vida. Ninguna práctica o actividad "cristiana" tiene sentido o valor por sí misma: sólo lo tienen en cuanto son expresión de una voluntad de identificarnos más y más con Jesús. Y tenemos que hacer nuestras tanto su cruz como su Gloria, tanto su Muerte como su Vida. Estas dos dimensiones son inseparables: en la Muerte está ya presente la Vida como en la semilla el fruto, y en la Vida está presente la Muerte como en el fruto la semilla.

Esta es precisamente la verdad que se nos manifiesta en la Transfiguración: ese Jesús que iba encaminándose a su muerte en Jerusalén, poseía ya - aunque de suyo invisible y escondida - esa Gloria que iba a ser manifestada en su Vida resucitada. Así también, cuando nuestro proceso cuaresmal nos induce a privaciones o a rupturas (esas "pequeñas muertes cotidianas"), se va haciendo más rica nuestra vida profunda, como dice S. Pablo: "cuando nuestro hombre exterior se va desmoronando, nuestro hombre interior se va renovando día tras día" (2 Cor 4,16). Y por lo mismo

se va haciendo más cierta nuestra esperanza de llegar a esa "transfiguración" definitiva que será fruto de la Parusía de Cristo (2ª Lectura)

Sólo cuando se tiene presente la Gloria escondida en la condición mortal de Jesús (y manifestada plenamente en su Resurrección), se puede acoger sin reservas y de todo corazón el llamado a "escucharlo" que nos hace Dios. Y es que las palabras de Jesús "son palabras de vida eterna" (Jn 6,68), incluso - y sobre todo - cuando nos llaman a compartir su cruz y a renunciar a ser - y a sentirnos - dueños de nuestra vida, aceptando "consumirla" en el servicio de nuestros hermanos. Lo que tiene que morir en nosotros es nuestro egoísmo. Y puede ser un buen programa cuaresmal descubrir y dejar a plena luz para nosotros nuestros egoísmos disfrazados y escondidos.

### 3º CUARESMA - C

Ex 3,1- 8. 13-15; 1 Cor 10, 1-6. 10-12; Lc 13, 1-9

Podemos comenzar nuestra reflexión cuaresmal con la frase final de la 2ª Lectura: "El que cree estar firme, tenga cuidado de no caer". Esta amonestación de S. Pablo nos señala que puede darse en nosotros una falsa seguridad. El mismo S. Pablo nos pone en guardia contra una posible raíz de falsa seguridad; la de imaginarnos que el cúmulo de gracias recibidas en nuestra vida - sobre todo a través de la participación en los sacramentos del Pueblo de Dios - puede garantizarnos el acceso al Reino prometido. Jesús, por su parte, en el Evangelio, nos previene contra la ilusión de ver en el éxito, en la "buena fortuna", en el no ser tocados por una desgracia visible, una prueba segura de que nuestra vida está bien encaminada ya que cuenta con la "bendición" de Dios.

Creo que de los textos comentados se desprende una conclusión clarísima: el creer que no necesitamos conversión es el indicio más inequívoco de que necesitamos convertirnos. Y es parte inextirpable de esta conversión el reconocer que necesitamos siempre la misericordia de Dios como perdón para nuestras vidas y el ver en el tiempo de que ahora disponemos un regalo de Dios que quiere darnos una posibilidad de la que no podemos abusar (cf. Evangelio, al final).

Pienso que, en el fondo, la conversión que siempre necesitamos es la de adaptar nuestra visión de la vida y de la realidad a lo que Dios es. Tenemos la tendencia a "reducir" a Dios a nuestra medida, y a creer que la imagen que de él tenemos es adecuada y definitiva. Pero Dios, como lo dijo S. Agustín, es "siempre antiguo y siempre nuevo", y así nuestra imagen de Dios y de su papel en nuestra vida y en el mundo tiene que estar en permanente revisión y crecimiento. Fácilmente nos quedamos sólo con un aspecto de Dios, no necesariamente falso, pero insuficiente y unilateral, necesitado de complementarse con otros aspectos o "dimensiones" que dejamos fuera del campo de nuestra conciencia. El es, al mismo tiempo, el que remunera con justicia y el que perdona con misericordia; el compasivo y el exigente; el misterioso y trascendente y el que se acerca a su pueblo a liberarlo; el que se preocupa de cada hombre en su intimidad más entrañable y el que se siente afectado por la injusticia que sufren los oprimidos; el "Dios de nuestros antepasados" y el Dios que nos invita a un futuro diferente (cf. 1ª Lectura y Salmo).

Dejar que la realidad de Dios "siempre mayor" que nuestros conceptos y experiencias, vaya invadiendo e impregnando nuestra conciencia y nuestro corazón, es lo más profundo en nuestra "conversión". Porque en la medida en que comprendamos que tenemos que "dejar que Dios sea Dios" nuestra manera de actuar en el mundo y de enfocar nuestra existencia misma va a ser efectivamente distinta. Y estos son "los frutos" que Dios espera que produzcamos: frutos que serán "buenos" si el árbol es bueno desde sus raíces. Es de la calidad de lo que hay en nuestro corazón de la que depende la calidad de lo que decimos o hacemos (cf. Mt 7, 16-20; 15, 1-20).

#### 4º CUARESMA - C

Jos 5, 9-12; 2 Cor 5, 17-21; Lc 15, 1-3.11- 32

El domingo pasado reconocimos en las Lecturas de la Misa una invitación a vivir en una actitud permanente de conversión. Hoy se nos subraya la índole más radical y característica de esta conversión cristiana que tenemos que ir haciendo día a día más nuestra.

La conversión cristiana no es un pequeño ajuste o un retoque de fachada. Ella afecta no sólo nuestra actuación, sino nuestra visión global del sentido de la vida; ("El que es de Cristo es una nueva persona. Las cosas viejas pasaron; lo que hay ahora es nuevo") si no afecta ese centro de nuestro ser, que es nuestro espíritu y nuestro corazón, la sede de nuestros criterios, donde se decide el rumbo de nuestra existencia, una conversión es superficial e insuficiente. Nuestra conversión es la que Dios espera, cuando comenzamos a *ver* las cosas *con los ojos de Dios*, a *juzgarlas con los criterios de Dios*, a *reaccionar* frente a los sucesos *con los sentimientos de Dios*. Hoy se nos llama a *alegrarnos con la alegría de Dios*, a participar en su fiesta de la Gracia. Porque éste es el contenido de la bellísima parábola del Hijo pródigo.

Ella es la tercera de una serie de tres, que tienen en común el gozo festivo expresado por quien encuentra un bien perdido. Lo que distingue a la del Hijo pródigo ("perdido y encontrado") de la oveja "perdida y encontrada" y de la de la dracma "perdida y encontrada", es que nos plantea el desafío de optar entre dos actitudes contrapuestas (la del padre y la del hijo mayor) frente a un mismo hecho (el retorno del hijo menor, después de haber derrochado toda su fortuna).

Uno se siente fácilmente identificado con el hijo mayor, que ve en el retorno de su hermano una sinvergüenza más y que considera inaceptable e injusta la celebración con que su padre lo acoge. Pero la parábola de Jesús busca hacernos comprender que hay otras dimensiones en juego, y que la actitud del padre surge de que para él su hijo sigue siendo su hijo, un bien precioso que se había perdido. Y esto es lo que le queda ajeno al hijo mayor que no reconoce ya ningún vínculo personal vigente con el retornado (no habla de "mi hermano", sino de "este hijo tuyo"), y que se encierra en sus derechos objetivos, en su "justicia" que lo vuelve amargo y frío, triste burócrata de la virtud, sin ternura, sin alegría, sin espontaneidad. Mientras el hijo mayor se atrinchera en su mentalidad calculadora de justicia distributiva, el padre se mueve en el amplio espacio de la gratuidad.

La parábola no tiene un "happy end", y queda "abierta", sin que sepamos si el hijo mayor acogió la invitación apremiante a participar gozosamente en la fiesta de su padre para celebrar el retorno de su hijo "muerto y vuelto a la vida; perdido y encontrado". A nosotros nos toca "cerrar" esta parábola "abierta", aceptando acoger con alegría el perdón gozosamente otorgado por Dios a quienes hasta ahora hemos mirado con desprecio o recelo. Es la difícil "conversión de los justos": la de los que se sienten ofendidos y vejados porque Dios quiera perdonar a algunos pecadores, la de los "fariseos y maestros de la Ley", que "criticaban a Jesús porque recibía a los pecadores y comía con ellos" y que acabaron obteniendo su condenación por sacudir el orden establecido con su misericordia sin límites.

Acojamos sin restricciones ni condiciones la invitación a alegrarnos con la alegría de Dios. No hay conversión más profunda y radical.

## 5º CUARESMA - C

Is 43, 16- 21; Flp 3, 8-14; Jn 8, 1-11

Creo importante comenzar por recoger el mensaje envuelto en las dos primeras lecturas, ya que él nos permitirá comprender mejor el trozo del Evangelio que acabamos de escuchar. Ese mensaje se puede sintetizar en una afirmación: el sentido de nuestra vida se sitúa en el futuro, no en el pasado. Subrayemos dos dimensiones de esta verdad:

- a) "Dios es Creador" no significa sólo que él creó en el pasado. El no se agota en lo que ya ha hecho, sino que siempre está haciendo algo nuevo. Por eso creer en él como Creador es estar dispuestos a entrar en los riesgos de lo inédito; es sentirse llamados a ser siempre jóvenes, y cada vez más jóvenes: la vejez del alma la constituyen lo que los psicólogos llaman "fijaciones".
- b) La "conversión" se define más en función del futuro que del pasado; es aceptar estar siempre "a fojas uno" y en tensión hacia la tarea y la esperanza. La conversión se anula por la instalación, incluso en algo positivo ya logrado. La misma experiencia de Cristo, cuando es auténtica, nos deja insatisfechos y nos lanza hacia el futuro. Ninguna experiencia de Cristo agota a Cristo, y la conversión a Cristo - hacerlo el centro de gravedad de nuestra vida - incluye inextirpablemente la aceptación de dimensiones de Cristo que nos quedan todavía escondidas con exigencias nuevas y todavía no imaginadas por nosotros.

A la luz de las dos primeras lecturas volvamos nuestra mirada hacia la escena evangélica. Ella nos hace comprender la novedad encerrada en Jesús y su mensaje. La "Buena Noticia" de Jesús es que Dios toma la iniciativa del perdón y otorga su perdón gratuitamente. Jesús va al encuentro de los hombres y los acoge en el ámbito del Amor gratuito y vivificante de Dios. Se diría que él confía en que ese comportamiento, ese perdón ofrecido así, pueda tocar al hombre en lo más íntimo y moverlo a la conversión. Para Jesús, la conversión es una secuela de la misericordia perdonadora, más que ser su condición previa. Convertirse es aceptar redefinir la propia vida a partir de la experiencia de un Amor gratuito que se ha encarnado en un perdón gratuito: experiencia que, si es genuina, afecta los estratos más íntimos y profundos del ser humano, por cuanto constituye un nuevo encontrarse a sí mismo al saberse amado y acogido por Dios.

Algunas conclusiones prácticas:

- a) No clasificar definitivamente a nuestros hermanos que hayan pecado, y compartir la "esperanza" que Dios tiene en ellos, de modo que se manifieste como actitud previa de perdón y no de condenación
- b) Tomar conciencia - sobre todo en el sacramento del perdón - de que lo más decisivo en nuestra vida nos viene del perdón gratuito de Dios, sin imaginarnos que el perdón de él recibido es "merecido" por nuestra confesión o por nuestro arrepentimiento. Que podamos experimentar cada perdón del Señor como el alumbramiento de una vida nueva surgida del amor de Dios en Cristo, gratuitamente.
- c) Examinar nuestra conciencia con los criterios de Jesús. Sin duda, a sus ojos eran más graves los pecados de los "letrados y fariseos" que el de la adúltera.

## 5º CUARESMA - C

Is 43, 16- 21; Flp 3, 8-14; Jn 8, 1-11

La escena del Evangelio es gráfica e inolvidable en todos sus detalles. Es obvia la molestia y desagrado de Jesús - perceptible en la displicencia de su gesto de trazar signos en la arena agachado - ante la actitud de esos escribas y fariseos que "usan" a una mujer culpable y avergonzada para armarle una trampa a él. La forma en que finalmente reacciona es extremadamente escueta, pero de enorme trascendencia.

En primer lugar, hace tomar conciencia a los acusadores de que el pecado propio inhabilita para infligir la muerte a otro ser humano negándole la posibilidad de un futuro diferente; las palabras de Jesús - que concuerdan con su enseñanza en el Sermón de la Montaña: "No condenéis para no ser condenados" - contienen una actitud claramente negativa frente a la pena de muerte; y en lo concreto de la situación fueron una iluminación para esos escribas y fariseos, que los puso en camino de salvación al reconocerse como pecadores y que los hizo renunciar a ejecutar a la adúltera.

Pero, sin duda alguna, la cumbre de la escena es la actitud de Jesús frente a la mujer. Ahora que están solos, la mira, y la ve asombrada de su liberación, pero no por eso menos consciente de su culpa y llena de vergüenza. Y entonces le dice esas extraordinarias y simples palabras: "Yo tampoco te condeno; vete y no vuelvas a pecar". Jesús le dice que las puertas del futuro están abiertas para ella, que el pecado pasado no la encierra en una prisión sin salida. En este episodio se encarna lo más novedoso y específico de la manera en que Jesús comprende el proceso de conversión. Jesús se acerca al pecador ofreciéndole aquí y ahora la comunión con Dios, la entrada en el ámbito del Dios de amor que otorga gratuitamente vida y perdón. El perdón de los pecados que Jesús ofrece y regala provoca la conversión; ésta es la secuela del perdón, no su condición previa. Jesús está seguro de que ese perdón puede tocar al hombre en lo más íntimo y moverlo así a la conversión.

En otros términos, para Jesús la conversión tiene más que ver con el futuro que con el pasado. Y San Pablo nos dice que este entrar en el futuro que nos abre Dios no termina nunca y que siempre tenemos que estar olvidando el pasado y lanzándonos hacia delante, conscientes de que ninguna experiencia que hayamos tenido agota a ese Cristo que nos hizo sentir una vez el amor perdonador de Dios.

El episodio evangélico de hoy ha sido objeto de miedosas reservas y aprensiones por parte de muchos cristianos, como se echa de ver en su omisión en numerosos manuscritos antiguos de los evangelios. Sin duda se lo ha considerado "peligroso", viendo en él un estímulo a la relajación moral. Puede ser cierto que se haga un mal uso de esta escena y de la actitud de Jesús en ella. Pero se trata de un peligro inherente a algo tan esencial en el Evangelio y que debería serlo también en la vida de la Iglesia: la centralidad de la misericordia como reflejo del corazón de Dios y como respeto a la posibilidad de todo ser humano de encontrar un futuro diferente, a partir justamente de sentirse acogido sin desprecio y con amor comprensivo.

Creo que si pudiera entrañar algún peligro que los cristianos nos inspiremos en la misericordia de Jesús con la adúltera, mucho más grave sería que se infiltrara en nosotros el rigorismo frío y deshumanizante de los escribas y fariseos que la llevaron ante Jesús.

## PASCUA - C

Hch 10,34<sup>a</sup>.37-47; Col 3,1-4; Jn 20,1-9

Irrupción de una vida nueva (o de una nueva condición de vida). Hch 2,36; Rom 1,4; Rom 6,9-10; Mt 28,18

- Cristo había asumido por solidaridad nuestra condición adámica: crecimiento, debilidad, ignorancia, cambio, miedo, cansancio, hambre, sed, angustia, tristeza, muerte.
- Lo nuevo e inmortal (definitivo) está en la desaparición de todas estas limitaciones y en la ampliación infinita de la capacidad de "comunidad interpersonal". Esta es la dimensión de la vida humana que la hace más rica y más plena: no la actividad muscular o cerebral (ciencia, pensamiento, técnica, negocios, política).
- La plenitud de la capacidad de comunidad interpersonal (con Dios y los demás hombres) está condicionada a la capacidad de vivir la vida temporal "desviviéndose", es decir, de saber posponer la propia vida temporal a los valores de la comunidad; a la disposición de entregar incluso nuestra vida para que los otros vivan.
- La vida nueva del Resucitado no es más que el fruto visible de la muerte por todos los hombres del Crucificado.

Esta vida nueva del Crucificado resucitado está llamada a ser la nuestra también; pero no tenemos manera de llegar a ella si no es compartiendo la "nécrosis" de Jesús (2 Cor 4,10), y su logro no queda relegado al futuro: en la medida misma en que hacemos nuestra la muerte de Jesús por los demás (y es lo que tiene lugar en el bautismo), comenzamos de inmediato a poseer su vida resucitada. Morir con Cristo es resucitar con él. Sólo que esa vida se va desplegando en la dimensión invisible de nuestra existencia (2 Cor 4,16): invisible hasta cierto punto, porque en los verdaderos cristianos - los santos - esa vida nueva, libre y gozosa, irradia de adentro hacia fuera y todo el mundo puede vislumbrarla.

Esta es la vocación de todo cristiano: hacer visible, a través de su "estilo de vida", que Jesús es el "Viviente", según las bellísimas palabras del Resucitado a Juan, el vidente de Patmos: "No temas: Yo soy el primero y el último, y el que vive. Estuve muerto, pero ahora estoy vivo por los siglos de los siglos, y tengo las llaves de la muerte y de su reino" (Apoc.1,17-18).

Los invito en este día a renovar los compromisos de nuestro bautismo que nos incorporó al "Misterio Pascual" de nuestro Señor Jesucristo.

## PASCUA - C

Hch 10,34<sup>a</sup>.37-47; Col 3,1-4; Jn 20,1-9

Las tres lecturas de hoy subrayan tres aspectos complementarios de nuestra celebración de la Pascua de Resurrección: qué y cómo fue la experiencia pascual en que se funda nuestra fe (Ev.), qué fin y qué sentido tuvo la resurrección misma de Jesús (1ª Lectura), y cuáles son las exigencias éticas de nuestra fe pascual y de su celebración (2ª Lectura). Digamos una breve palabra sobre cada uno de estos aspectos.

*La experiencia pascual.* En el Evangelio de hoy se ve claramente - como en tantos otros textos - que la experiencia pascual de los discípulos no fue fulgurante y espectacular, sino que incluyó siempre un primer momento de duda y de no reconocimiento (Mt 28,16-17; Mc 16,8-11; Lc 24,11.16.37.41; Jn 20,14-15.24-25; 21,4). El Evangelio personaliza los dos momentos de esa experiencia en Pedro y en el Discípulo Amado: el primero sólo ve; el segundo ve y cree (porque comprende el sentido de la resurrección de Jesús en el designio de Dios). Del conjunto de

experiencias se generó la persuasión inmovible de que Jesús estaba de nuevo vivo después de haber sido muerto y sepultado: y vivo de una manera diferente que antes de su muerte. Y sobre esta convicción se constituyó la Iglesia, y en ella se sigue apoyando nuestra fe.

*Sentido de la resurrección.* Hay una frase clave en la 2ª Lectura: "(a Jesús) lo mataron, pero Dios lo resucitó". Esto significa que la resurrección de Jesús fue la desautorización del juicio con que se lo condenó a muerte, y la confirmación de lo que había sido su actuación. Detallemos esto:

Jesús vivió para hacer presente anticipadamente el reinado de su Padre; y esta anticipación incluía dos cosas: 1) el otorgamiento gratuito de la salvación, que significaba la reintegración de los excluidos y el perdón para los pecadores, y 2) la exigencia de una manera nueva de ver a Dios y de vivir las relaciones humanas, con énfasis sobre la fraternidad, el amor incluso a los enemigos, el perdón mutuo, la renuncia a la represalia, la primacía de las personas sobre las instituciones, y de la reconciliación por sobre el culto ritual.

Esta muerte prevista, la aceptó Jesús - no sin agonía y temor - como un factor decisivo para que el reinado de Dios llegase a su fase de plenitud.

Así, la resurrección revela, en el fondo, que la verdadera vida consiste en la entrega de la propia vida a la causa indisoluble de Dios y de los hombres, en hacerse "Servidor" de Dios y de los hombres como Jesús. Morir con Cristo es resucitar con él.

*Exigencias éticas.* La gran exigencia es la de cultivar nuestra vida de "resucitados con Cristo", aceptando que se trata de una vida "escondida" porque seguimos viviendo en esta tierra, pero actuando con criterios que no son los de la vida terrestre, sino criterios inspirados en la actuación y en las palabras del que venció a este mundo mediante su amor llevado hasta la muerte. Creo que las palabras de S. Juan en su primera Carta expresan bien lo que nos dice S. Pablo en la 2ª Lectura: "El mundo no nos conoce porque no lo conoció a él. Queridos míos, ahora somos hijos de Dios, siendo que todavía no se ha manifestado lo que seremos. Sabemos que, cuando él se manifieste, seremos semejantes a él, porque lo veremos tal cual es... No os extrañéis, hermanos, si el mundo os aborrece. Nosotros sabemos que hemos pasado de la muerte a la vida, porque amamos a nuestros hermanos. El que no ama permanece en la muerte" (1 Jn 3,2.13-14).

## 2º PASCUA - C

Hch 5, 12-16; Apoc 1, 9-19; Jn 20,19-31

Vamos a detenernos sólo en la 2ª parte del Evangelio, referente a la duda de Tomás, teniendo presente que este trozo es el último del Evangelio de Juan, situado antes de la "conclusión" (vers. 30-31).

Es importante percibir que el centro de interés del relato no es Tomás con su duda transformada en fe por haber visto a Jesús, sino la frase final del trozo, en que Jesús dice: "¿Crees porque me has visto? ¡Dichosos los que creen sin haber visto!".

Por consiguiente, quienes interesan en última instancia son los destinatarios del evangelio joánico: los cristianos que ni tuvieron un contacto directo con Jesús terreno, ni tampoco tuvieron la experiencia pascual. Somos nosotros los aludidos por la frase de Jesús "¡Dichosos los que creen sin haber visto!".

Ya el domingo pasado vimos el contraste entre Pedro y Juan: Pedro sólo vio; Juan vio y creyó. No vio a Jesús; solamente vio unos signos objetivos (el sudario y las vendas), pero tuvo una fe que llegó mucho más lejos. Lo importante no está en el "ver" sino en el "creer". Y desde el comienzo del Evangelio joánico aparece el siguiente reproche de Jesús: "Si no veis señales y milagros, no creáis" (Jn 4,48). Se diría que para Jesús los milagros palpables pueden incluso ser peligrosos para quienes se

atienden a lo sensacional sin captar su alcance significativo, solamente a través del cual se llega a la fe en Jesús. (Carácter de relación personal de la fe).

En el relato de hoy aparece Tomás protagonizando una figura típica: Tomás no había sido testigo presencial de la aparición del día de Pascua, sino que los otros discípulos le habían comunicado el mensaje pascual. Es la situación de la predicación cristiana desde los días de los apóstoles. Ahora bien, Tomás exige una prueba directa y "maximalista" (no sólo ver, sino "palpar"). Es la figura del que sólo admite como real lo empíricamente comprobable.

Jesús se le presenta y lo invita a "tocar", y Tomás se rinde ante la evidencia. El Evangelio subraya la condescendencia de Jesús que se presta para aportar una prueba real si lo tiene a bien, incluso para satisfacer una curiosidad indiscreta.

Pero hay que subrayar que el relato no dice que Tomás haya cumplido la invitación de Jesús a tocar. A Tomás le bastó ver a Jesús y sentirse emplazado e interpelado por él. La certeza de Tomás no es mayor que la de los otros discípulos. La palabra de Jesús que lo tocó no fue la de "mete aquí tu dedo y trae tu mano y métela en mi costado", sino la de: "No seas incrédulo. ¡Cree!". En la fe de Tomás hay una renuncia a tocar, en cuanto que equivale a aceptar que Jesús resucitado no se nos ofrece como algo que nosotros podamos disponer a nuestro antojo.

Y Jesús acentúa esta dimensión de la fe al proclamar que ella es posible incluso sin el apoyo de un "ver" al Resucitado. Siempre habrá algún "signo", pero la fe consiste en abrirse a su alcance interpelante y profundo que está más allá de la materialidad objetiva en que se da el "signo". Porque incluso la fe de Tomás fue más allá de lo que "vio". Su profesión de fe: "Señor mío y Dios mío", supera en mucho la experiencia que tuvo. Como decían los Padres de la Iglesia: "Una cosa vio, y otra creyó".

Una última reflexión: Jesús espera ocho días para disipar las dudas de Tomás; es que el proceso de la fe y de su maduración no es algo mecánico. Hay ritmos e itinerarios diversos, que requieren comprensión y paciencia. Es normal llegar a la fe madura de a poco y en medio de dudas. En la Iglesia no caben sólo los perfectos en la fe (¿quiénes son y donde están?), sino también los que buscan, se preguntan, se debaten persiguiendo la luz. En la Iglesia hay lugar para los que llegan primero, pero también para los Tomases que llegan tarde.

Que el Señor nos conceda una fe capaz de penetrar hasta la entraña invisible de los "signos" que tejen nuestra experiencia cristiana.

### 3° PASCUA - C

Hch 5, 27-32. 40-41; Apoc 5, 11-14; Jn 21,1-19

El Resucitado se manifiesta gloriosamente en la zona para nosotros invisible de la realidad (Apoc), y se manifiesta discretamente a sus discípulos (Ev). Aquella manifestación despierta una explosión "händeliana" de alabanza extática. Esta segunda manifestación lleva a una actitud de fe muy simple: "Es el Señor" (reconocimiento de una experiencia), y a una respuesta de amor humilde: "Tú sabes que te amo", pero a la vez plantea responsabilidades referentes al mismo Jesús: "Sígueme" y al rebaño de Jesús: "Cuida de mis ovejas".

Estas dos responsabilidades no son separables y confluyen en la noción de "testimonio". Y de este "testimonio" cristiano se nos ofrece un cuadro perfecto en el relato de los Hechos, cuyas líneas de fuerza se encuentran en la palabra central de los apóstoles: "Es nuestro deber obedecer a Dios antes que a los hombres" y en la frase final de la narración que nos muestra a los apóstoles "muy contentos, porque Dios les había permitido sufrir injurias por causa del nombre de Jesús".

Esto nos obliga a preguntarnos si somos - o incluso, si queremos - ser testigos de Cristo. Ello implica en primer lugar, "hablar de lo relacionado con Jesús", hasta el punto de "llenar toda la

ciudad" con tal testimonio. Y sobre esto hay que tener gran claridad y lucidez acerca de que la evangelización sólo se lleva a cabo "por el contagio de la experiencia personal de la fe" (Pablo VI), y esto solamente puede hacerse "de uno a uno". No se trata de salir a predicar, sino de acercarnos con nuestra visión de fe a las personas que están en una situación difícil de la vida, en un conflicto de familia o laboral, en un problema sentimental o de "adicción". Nuestra presencia, nuestra actitud de comprensión y de acogida (¡no de rechazo!), la "proposición" de nuestro punto de vista, pueden reactualizar el sentido cristiano de esas personas, su adhesión a la Iglesia debilitada por la falta de conexión con la institución católica. Tengamos conciencia de que es de esta manera, con este modo de proceder, como los evangélicos o los miembros de ciertas sectas logran atraer a tantos hermanos católicos. Tengamos conciencia también de que esta tarea es imposible de llevar a cabo por los sacerdotes solos, aunque ellos estuvieran dedicados ciento por ciento a ella. El Papa Juan Pablo II, en "Christifideles laici" ha clamado para que los cristianos laicos asuman decididamente su misión bautismal y se hagan "portadores de eclesialidad".

Es obvio que este testimonio implica molestias, situaciones poco cómodas, dedicación de tiempo. A los apóstoles los azotaron y maltrataron y seguían "contentos" dando su testimonio. ¿Será legítimo escudarnos en nuestra timidez o en la eventualidad de algunas incomodidades? Haremos nuestra la pregunta de Caín: ¿Soy acaso el guardián de mi hermano? ¿Nos hará fuerza que Jesús nos muestre en los demás a "sus ovejas" y que nos pida ocuparnos de ellas?

### 3º PASCUA - C

Hch 5, 27-32. 40-41; Apoc 5, 11-14; Jn 21,1-19

"¿Me quieres? Tú sabes que te quiero. ¡Sígueme!". En este diálogo se expresa lo más medular y propio del cristianismo: no es cuestión de "costumbres", de ritos, de creencias, o de valores, sino de relación personal con Jesús: relación que supone que Jesús está vivo hoy ofreciéndonos su amistad y pidiéndonos la nuestra. Tomar conciencia de esto nos deja en claro la insuficiencia de un "cristianismo folklórico" (centrado en la observancia de ciertas costumbres tradicionales, como la abstinencia de carne y consumo de pescados y mariscos en Semana Santa), o de un "cristianismo sacramentalista" (centrado en la frecuentación del culto ritual como la Misa), de un "cristianismo ideológico" (centrado en unos valores cristianos abstractos), e incluso de una mera "ortodoxia cristiana" (centrada en el asentimiento intelectual a los "artículos de la fe" o "dogmas de la Iglesia"). Si no hay una relación de "enamoramiento" con Jesús, el Crucificado resucitado, nada vale ni tiene sentido. Y esa relación es rigurosamente personal, surgida de una interpelación de Jesús a cada uno, con su nombre y apellido: "Simón, hijo de Juan, ¿me quieres?" y la respuesta "Tú sabes que te quiero" sólo es verdadera cuando se acepta el llamado de Jesús: "¡Sígueme!"; es decir: ven en busca mía por mi mismo camino, poniendo tus pies en la huella de los míos, sin espantarte de que de repente tengas que ir donde no quieras.

El camino de Jesús fue el anunciar y vivir la buena noticia de la cercanía de Dios ofrecida a todos, empezando por los marginados y los pecadores, y de ser fiel a su misión y tarea incluso cuando a causa de ella lo rechazaron y lo condenaron a muerte.

Y siguiendo a Jesús de esta manera nos muestra la 1ª Lectura a Pedro junto con los otros apóstoles: "llenando toda Jerusalén" con el evangelio de Jesús, viéndose "azotado por las autoridades judías", y "saliendo de la presencia de las autoridades muy contento porque Dios le había permitido sufrir injurias por causa del nombre de Jesús".

Creo que esto nos obliga a preguntarnos si es real nuestro amor a Jesús, o - lo que es lo mismo - hasta qué punto somos sus "seguidores". Me parece que esta pregunta se desdobra en dos:

- 1) ¿Nos sentimos de veras portadores y responsables del Evangelio de Jesús, realmente preocupados de que todos los que sufren puedan descubrir ese Evangelio como una buena noticia para ellos? No se trata de salir a predicar, sino de transmitir - de contagiar - nuestra experiencia del Evangelio como buena noticia para nosotros, y ello en forma de una conversación íntima y sin publicidad.
- 2) ¿Es legítimo que todo lo condicionemos a una preocupación por nuestra tranquilidad y por no vernos envueltos en complicaciones o compromisos imprevisibles o indeseables? ¿Es sólo a Pedro a quien se le dice que seguir a Jesús puede incluir el tener que "ir a donde no quiere"?

Vemos, pues, que todo se reduce a ese diálogo esencial: "¿Me quieres? Tú sabes que te quiero. ¿Sígueme!".

#### 4º PASCUA - C

Hch 13,14.43-52; Apoc 7, 9.14-17; Jn 10, 27-30

#### La voz de Jesús en su Iglesia

El comienzo del Evangelio de hoy es tan rico como conciso. Lo más obvio es que para los cristianos todo se juega en su relación con Jesús: relación de intimidad de Jesús con sus discípulos: "Yo los conozco" (= tengo una relación íntima con ellos); relación de búsqueda de Jesús por ellos: "ellos me siguen" (= él constituye el polo de atracción de la vida de ellos); y relación definitiva ("vida eterna", "jamás perecerán", "nadie me los quitará de la mano"). Ahora bien, la base de todo está en que *Jesús les habla* y en que *ellos escuchan su voz*. Se trata de una Palabra que llama y despierta, que suscita respuesta, que enseña y orienta, que introduce en la intimidad (=confidencia).

La razón de ser del ministerio eclesial de obispos, presbíteros y diáconos consiste en primer lugar en hacer presente hoy en la Iglesia *la Palabra del Señor* (no sólo una palabra *sobre* el Señor), en tal forma que los fieles puedan sentirse llamados, interpelados y convocados por el Señor mismo, y no por los hombres, para que sea claro que no hay más Señor en la Iglesia que el mismo Jesús. Si los cristianos no pueden oír hoy la voz del Señor, les queda cerrado el camino normal que los lleva a la intimidad con él y a su seguimiento.

La posibilidad de oír hoy la voz del Señor está dada por la existencia en la Iglesia de la Sagrada Escritura, que es la Palabra de Dios escrita. La tarea de los ministros de la Iglesia es ayudar a que la letra escrita se convierta en una palabra viviente y personalizada: comprensible en su contenido y comprensible en su pertinencia (a veces "impertinente" y descolocadora).

Ustedes comprenden cuál es la máxima carga que pesa sobre la vida de los ministros encargados de apacentar las ovejas del Señor como del Señor, y no como propias. No es tanto el destino de persecuciones y hostilidades que puede acarrear el cumplimiento de la misión de proclamar la Palabra del Señor (cf. 1ª Lectura). Es sobre todo la responsabilidad de no hacer oír la palabra propia, en vez de la del Señor o mezclada con la del Señor, sabiendo que es prácticamente imposible evitar siempre y del todo ese peligro. La conciencia de la confianza que Dios ha tenido en nosotros al confiarnos el Evangelio puede, por cierto, infundirnos la esperanza de que él nos ayudará a no errar demasiado, como lo decía S. Pablo de sí mismo (cf. 1 Cor 1,3-4; 2 Cor 2,16-17). Pero el mismo Pablo les pedía a sus fieles que rezaran para que él pudiera cumplir fielmente su ministerio (2 Tes 3,1; Flp 1,19; Col 4,3-4)

Hoy es el día en que se nos pide a todos los católicos que recemos por las vocaciones a ese ministerio, que es en primer lugar ministerio de la Palabra y - en seguida - ministerio de los Sacramentos (al revés de lo que muchos católicos piensan). Por muy urgidos que estemos en Chile por la enorme falta de ministros ordenados (diáconos y presbíteros), tenemos que darle prioridad - -

en nuestra oración - a la calidad por sobre la cantidad. Sin duda alguna, más valen pocos buenos que muchos mediocres. Pero estoy convencido de que en nuestra Iglesia habría la posibilidad de "muchos buenos". Creo que el obstáculo mayor para que surjan vocaciones al ministerio eclesiástico, radica en la creciente pérdida de conciencia de que toda vida cristiana tiene que configurarse de acuerdo con lo que Dios le pide a cada uno. El cristiano no puede dejar de pensar que está llamado a servir. Y son, sobre todo, las necesidades de los demás las que deben pesar decisivamente en la "opción profesional". Mientras no sea una evidencia vigente en todas las familias, que todos tienen que descubrir la vocación que cada uno tiene, es decir lo que Dios espera de cada cual, no habrá muchas posibilidades de que los adolescentes reconozcan su vocación al ministerio eclesiástico. La "opción profesional" tiene que surgir de la convergencia de dos coordenadas: las condiciones o dotes personales, y las necesidades de la sociedad en que vivimos. La vocación al ministerio eclesiástico consiste en la toma de conciencia de la necesidad de ese servicio al pueblo de Dios, y de la capacidad de asumir adecuadamente ese servicio. No se necesitan especiales voces del cielo ni experiencias extraordinarias.

Esta petición por las vocaciones surgirá con autenticidad si ustedes están persuadidos de la importancia y necesidad de que haya ministros de la Palabra, y de las dificultades inherentes a este ministerio. Y si es así, que la oración de Uds. sea también por quienes hemos recibido esta exigente misión.

### **5° PASCUA - C**

Hch 14, 21-27; Apoc 21, 1-5; Jn 13, 31-35

En la Liturgia de hoy el tema de "lo nuevo" tiene una gran presencia: "cielo nuevo y tierra nueva", "nueva Jerusalén", "Yo hago nuevas todas las cosas", "mandamiento nuevo". En esta terminología se expresa un rasgo fundamental de la visión cristiana de la existencia, esperanzada, por contraposición a ese pesimismo tan frecuente que nos hace ver nuestro presente a la luz del pasado para concluir sombríamente: "Todo tiempo pasado fue mejor". (Jorge Manrique). Prácticamente todos los pueblos han situado la "Edad de oro" en los comienzos y han visto la historia humana como una constante decadencia. El cristianismo, por el contrario, sitúa en el futuro la plenitud de la historia humana, recurriendo para ello a diversos símbolos, como "el Reino de Dios", o "la Jerusalén celestial". Y esta visión cristiana se funda en una manera particular de concebir al Dios Creador. Dios es Creador, no porque creó hace miles de millones de años (Cuando el Big Bang, por ejemplo), sino porque está y estará siempre creando (es decir, según la Biblia, "Haciendo cosas nuevas"). En su acción creadora, tiene Dios lo que podríamos llamar un "proyecto final", y nos lo ha dado a conocer para que nosotros dirijamos nuestra actividad de tal modo que favorezcamos - y no obstaculicemos - el logro de esa meta final de la historia. Por eso los invito a tomarles el peso a los elementos que constituyen el fondo de la visión simbólica que nos describe el Apocalipsis. Creo bueno subrayar en primer lugar que esta Jerusalén celestial, es una ciudad, es decir, un lugar o espacio común, donde todo lo propio de cada uno se vuelve una posibilidad para todos los demás, donde se agudiza la conciencia de un destino común, donde la "convivencia" se puede vivir libremente y no por una imposición fatal. En seguida se destaca la plenitud humana de la vida que allí se vive, "sin muerte, ni llanto, ni lamento ni dolor". Finalmente, se le otorga el máximo de relieve a la plena comunión entre Dios y los hombres: "Vivirá con ellos, y ellos serán su pueblo, y Dios mismo estará con ellos como su Dios"; y la colaboración humana en este logro aparece señalada cuando se nos dice que esa Jerusalén "estaba arreglada como una novia vestida para su prometido".

Es muy importante subrayar aquí que, según la enseñanza de Jesús, de San Pablo, de San Juan, y de casi todo el Nuevo testamento, ese futuro absoluto del reino de Dios o de la Jerusalén

celestial puede y debe tener una "anticipación" limitada y parcial, pero real, en nuestro presente histórico. Es esta perspectiva la que le da sentido al "mandamiento nuevo" de que habla Jesús en el Evangelio. Podríamos decir como un "slogan": "Un mandamiento nuevo para un mundo nuevo". Nuestra sociedad, nuestra cultura, nuestro mundo sólo pueden "renovarse" de veras si tiene vigencia el amor desinteresado como el de Jesús. Este amor nos hace compartir lo más divino que hay en Dios, que es su capacidad de darse y entregarse para ser "nuestro Dios". Por mucha "modernidad" que se dé, estaremos en un mundo viejo y sin destino, si nos movemos, según la hermosa frase de Octavio Paz, "en las aguas heladas del cálculo egoísta".

## **6º PASCUA - C**

Hch 15,1-2.22-29; Apoc 21,10-14.22-23; Jn 14,23-29

La liturgia vuelve a presentarnos una descripción de esa "Jerusalén celestial" que es el símbolo de la plenitud del designio de Dios y de la historia humana. Hoy día se destacan ante todo dos rasgos esenciales de ella: en primer lugar, su plena transparencia a Dios por mediación de Cristo (brilla con el resplandor de Dios; la alumbra el resplandor de Dios y su lámpara es Cristo; no hay templo, porque toda ella está habitada por Dios en Cristo), y su plena universalidad (doce Puertas para que puedan entrar todos los pueblos que constituyen el pueblo de Dios).

Pero lo que cabe subrayar especialmente es que esa "Jerusalén celestial" se presenta concretamente como la plenitud de la Iglesia, ya que sus piedras fundamentales son "los doce apóstoles del Cordero". Y esto significa que nuestra Iglesia, la histórica, la que peregrina en nuestra tierra "en busca de la ciudad que no se acaba", debe tener siempre presente que los rasgos característicos de la Jerusalén definitiva tienen que ser los más celosamente cultivados aquí y ahora, en toda la medida de lo posible. En esto se juega lo más esencial de la Iglesia, en que la luz de Dios mediada por Cristo sea la única que la alumbre y la guíe en todas sus opciones, y que esté abierta a todos los pueblos, a todas las culturas, a todas las clases y condiciones.

Y es esto justamente lo que enfatiza Jesús en el Evangelio: que él dará a la comunidad de sus discípulos, a través del don del Espíritu Santo, la posibilidad de poder seguir teniendo la experiencia de su presencia como Resucitado y de poder darle en todo momento una vigencia actualizada a la enseñanza que él impartió durante su ministerio terrestre.

Se trata, sin duda, de una meta permanente para la Iglesia histórica, pero de una meta inalcanzable si no se da una experiencia del resucitado presente y de la validez de sus palabras: experiencia cuya posibilidad nos la comunica el Espíritu (a quien tan a menudo dejamos dormir, sin despertarlo con nuestro deseo de dejarlo actuar).

La 1ª Lectura nos muestra a nuestra Iglesia histórica abocada a uno de esos problemas y conflictos que siempre ha habido y que siempre habrá en su seno. Vemos que no se soslaya ni disimula el conflicto, sino que se lo aborda con franqueza, libertad y respeto. Y vemos que se busca una solución de compromiso que todos pueden aceptar, aunque todos tengan que ceder en algo: lo esencial era mantener la Iglesia abierta a la universalidad, sin cerrar innecesariamente sus puertas. Y vale la pena subrayar que la solución que se encuentra, con intervención del Espíritu santo, es obviamente provisional y transitoria, es decir prudencial. Es bueno no olvidar que en la Iglesia pueden ser importantes en un momento cosas que luego pueden dejarse caer sin problemas. El olvido de esto, que implica absolutizar cosas que son relativas y contingentes, es lo que produce en la comunidad eclesial conflictos que resultan insolubles porque una parte entra creyendo que no tiene nada que ceder. Con razón el Papa Juan Pablo II nos ponía en guardia frente a los endurecimientos que son el fruto inevitable de los fundamentalismos e integrismos de cualquier tipo.

## ASCENSIÓN - C

Hch 1,1-11; Ef 1,17-23; Lc 24,46-53

Aunque resulte superfluo para muchos de Uds., es bueno subrayar que la Ascensión de Cristo no es un desplazamiento o cambio de lugar físico ni significa que él se aleje de los hombres. Ella es la expresión simbólica de que él, en virtud de su resurrección, pertenece a "la esfera" propia de Dios, por definición sustraída a nuestros ojos. Ella significa que Jesús ya no es más un actor visible dentro de la historia humana; pero si deja de serlo, es porque su glorificación le otorga la capacidad de ser una presencia real en todos los lugares y en todos los tiempos de la historia humana: presencia invisible, creída, "experienciable".

La Ascensión expresa, en último término, que la Iglesia toma el relevo de Jesús como agente histórico del proceso iniciado por él: el de hacer presente y perceptible el amor salvador de Dios como la gran dinámica que impulsa a la humanidad a su plenitud, al logro de lo que le da sentido a su peregrinar. Y, precisamente, la Ascensión contribuye a configurar y precisar el mensaje que, como Iglesia que somos, tenemos la responsabilidad de mantener vigente. En la Ascensión se grafica que la principal actuación histórica de Jesús lo introduce en la trascendencia invisible de Dios. Esto, sin duda, implica que - y es nuestra esperanza - estamos llamados, incluso con nuestra corporeidad, a entrar en la sagrada intimidad de Dios, pero ella también implica que - y es nuestra responsabilidad - en un mundo cerrado en sí mismo, limitado por los propios horizontes que se fija, satisfecho de sus proyectos tecnológicos, chato por su "realismo" reductor y empequeñecedor, tenemos que proclamar un evangelio que puede parecer utópico: Este mundo le queda chico al hombre; el verdadero sentido de la existencia humana, personal y colectiva, "está escondido con Cristo en Dios". Creo que la única manera de que se haga creíble nuestro mensaje sobre tal realidad invisible, es que sea visible que nuestro centro de gravedad (o "polo magnético") está de veras en algo que en sí mismo no resulta visible para el mundo que nos rodea. Hay diversas formas en que esto se puede hacer notar: por ejemplo la solidaridad (cf. Mt 25), o la resistencia al consumismo; pero pienso que lo fundamental es una auténtica y profunda relación personal con ese Cristo presente en nuestra vida. Si nuestra fe no tiene esa dimensión experiencial, y es sólo aceptación y confesión de verdades aprendidas, jamás tendrá nuestra palabra cristiana una fuerza de convicción convincente y contagiosa: jamás podremos ser "testigos de Cristo".

Cristo nos llama a hacer - y ser - una "llamada a la conversión". Y tengamos presente que la conversión cristiana no es en primer lugar un cambio de conducta, sino un cambio en la manera de ver la realidad: verla con los ojos de Jesús, juzgarla y aquilatarla con sus criterios; descubrir que no podemos "instalarnos" en nuestro mundo y que tenemos que redimensionar todas las conquistas humanas.

Esto es lo que Jesús hizo en su tiempo. Hoy, en este día de la Ascensión que es la línea divisoria entre su tiempo y el nuestro, él nos dice simplemente: "Ahora les toca a Uds.".

## PENTECOSTÉS - C

Hch 2,1-11; Rom 8,8-17; Jn 14,15-16.23-26

*Un nombre que es una metáfora:* Espíritu (Spiritus, pneuma, rûaj) = el viento o el soplo, es decir, un principio invisible de acciones visibles, inexplicables a partir de lo visible. Esa invisibilidad lo hace imprevisible, inasible, incontrolable, trascendente.

*Uso metafórico antropológico:* la vida misma (morir es ex - pirar: quedar privado del hálito "espíritu" y de toda actividad vital), los trances religiosos, la "inspiración" (artística, científica o relacional).

*Uso metafórico teológico:* los carismas (1ª Lectura), la vida cristiana como tal (2ª Lectura).

¿Cuándo la vida cristiana es "espiritual", (fruto del Espíritu invisible de Dios)? Cuando ella es "experiencial"; es decir, cuando lo aprendido por la enseñanza religiosa o la catequesis se convierte en algo experimentado. Detrás de este cambio (o de este proceso de crecimiento) está la acción del Espíritu que sigue invisible y no experimentado en sí mismo (como la luz, invisible en sí misma, pero que nos hace visibles las cosas que - indirectamente - nos dan conciencia de la luz que las vuelve visibles). Hay - entre otros - tres ámbitos que se hacen objeto de nuestra experiencia gracias a la acción discreta e invisible del Espíritu:

- a) La justicia de la causa de Cristo, el condenado a la muerte de cruz; porque nos da una "evidencia" de esa justicia, el Espíritu es llamado "Abogado defensor": al defender a Cristo, defiende nuestra fe (Ev.).
- b) La vigencia de las Palabras y enseñanzas de Cristo; debido a esto es llamado "Espíritu de la Verdad", que nos enseña a recordar con todo su alcance actual lo que Jesús dijo y que se conserva en los evangelios (Ev.).
- c) La realidad de nuestra filiación divina, que nos hace tratar filialmente a Dios y ser conscientes de la herencia que nos hará compartir la gloria de Cristo (2ª Lectura).

*El Espíritu y la Evangelización:* Los cristianos no podemos cumplir la misión de Evangelizar si no hemos experimentado el Evangelio como "buena y gozosa noticia": y esto, sólo nos lo puede dar el Espíritu Santo que nos hace capaces de dar "testimonio". Una evangelización concebida como "transferencia de información" no es evangelización. Esta sólo se lleva a cabo por "el contagio de la experiencia de la fe".

*El Dios desconocido:* Hay muchos cristianos que se quejan de que el Espíritu Santo no les resulta accesible. Es bueno saber que esto es, en cierto sentido, normal. Así como Jesús no vino a "lucirse" personalmente, sino a revelar al Padre y a servirlo, así también el Espíritu Santo no tiene como misión darse a conocer a sí mismo, sino revelar y servir al Señor Jesús. En la medida en que nuestra relación con Jesús se hace más íntima y experiencial, más activo y presente está en nosotros su Espíritu, que de alguna manera "se esconde" detrás de Jesús, el Hijo de Dios. El Espíritu se nos presenta como objeto de nuestros deseos y anhelos, más que como objeto de experiencia directa, aunque él sea el principio de nuestra experiencia cristiana.

## **PENTECOSTÉS - C**

Hch 2,1-11; Rom 8,8-17; Jn 14,15-16.23-26

En este día en que celebramos la irrupción del Espíritu sobre la primera comunidad cristiana en medio de un viento fuerte, puede ser oportuno señalar que la palabra hebrea que está detrás de "espíritu" significa "viento" y sobre todo "aliento"; es decir, designa esa realidad invisible que es principio de fenómenos visibles, y que, por su invisibilidad e inasibilidad, es una buena imagen de la acción trascendente de Dios.

Poéticamente, en el A.T. se vinculaba de modo especial *la vida* con Dios a través de una audaz interpretación de la respiración de los vivientes como manifestación del "aliento" de Dios: cuando un viviente inhalaba era porque Dios exhalaba su aliento, y cuando éste inhalaba aquellos exhalaban.

Con mayor profundidad, el N.T. pone en relación *la vida cristiana* con el Espíritu de Dios actuando, en la Iglesia y en cada uno de los fieles, como su principio invisible pero eficaz. De manera más concreta, el N.T. considera al Espíritu santo como el principio de la *experiencia* específicamente cristiana: de esa experiencia del resucitado presente y activo en la Iglesia y en los fieles, sin la cual es

imposible dar *testimonio* de Cristo. Sólo cuando lo aprendido u oído en la enseñanza religiosa o en la catequesis se transforma en una especie de evidencia y comenzamos a comprender su sentido y alcance y a tomarle el peso como realidad (y no como una fórmula conceptual), sólo entonces comienza a desplegarse en nosotros una *vida nueva*, es decir, una capacidad nueva de decisión, de compromiso, de entusiasmo lúcido y sólido, de coherencia, de profundidad existencial.

La experiencia del Crucificado presente vivo hoy con nosotros conlleva la conciencia del Amor sin límites de Dios por los hombres, que lo llevó a entregar a su Hijo solidarizando con la causa de una humanidad caída. Y la conciencia de ser gratuitamente amados por Dios en Cristo no puede no desembocar en un gozo agradecido e irradiante y en un afán por difundir la buena noticia de ese amor y por lograr que "el Amor sea amado".

A través de aquella experiencia básica, el Espíritu nos induce a vivir como hijos, capaces - como Cristo y en Cristo - de llamar a Dios "Abbá" de abrazar filialmente la voluntad de nuestro Padre y de cumplirla libremente y no como esclavos de una manera impersonal.

Al impregnarnos con la conciencia de ser amados por Dios, el Espíritu nos lleva a superar nuestro egoísmo instintivo, y a crear espacios de gratuidad donde no rija la estimación de "costo - beneficios", donde la comunión interpersonal y el espíritu de servicio desinteresado puedan desplegarse. Por lo mismo, el Espíritu de Dios nos mueve a buscar la unidad de la Iglesia no sólo en la diversidad, sino a través de la diversidad vista como enriquecimiento para todos.

Cuando hablamos de la acción del Espíritu Santo no estamos hablando de magia ni de algún fluido que actúe fuera de nosotros. Es una posibilidad divina que se nos da a todos con la sola condición de desear sinceramente ser introducidos por intervención suya, y a través de una experiencia personal, en ese mundo de la fe, que no es un mundo distinto, sino la dimensión más profunda de nuestro mundo.

### **TRINIDAD-C**

Prov 8,22-31; Rom 5,1-5; Jn 16,12-15

Las cosas más elementales de nuestro ser de cristianos llevan explícita la fe trinitaria. Sabemos que el bautismo se infiere "en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo", y comenzamos nuestros días y todas nuestras acciones religiosas o simplemente importantes, con esas mismas palabras.

Y, sin embargo, la fe trinitaria queda habitualmente como "fuera" de nuestra relación con Dios e incluso de nuestra concepción de Dios. Nos parece que nada cambiaría para nosotros si Dios fuese unipersonal.

Creo, a pesar de todo, que si nuestra vida cristiana incluye alguna dosis de experiencia cristiana, y no de prácticas solamente o de cumplimientos, podemos hacer conscientemente nuestra esa fe en la Trinidad.

Si hay una experiencia cristiana es la de que en cada uno de nosotros y sobre todo en la Iglesia como comunidad está presente y activo el Espíritu santo "como luz y como fuerza invisibles que supera infinitamente nuestras fuerzas (o mejor, nuestra debilidad) y nuestras luces (o mejor, nuestra ceguera). Y lo propio de su acción no es revelarse a sí mismo, sino revelarnos el ser profundo de Jesús como don de Dios y como camino hacia Dios; como Hijo de Dios por medio del cual el Padre nos lo da todo y por medio del cual podemos llegar al Padre también como hijos. En el Espíritu se completa el acercamiento de Dios al hombre por medio de Jesús; y en el Espíritu comienza el acercamiento del hombre a Dios por medio de Jesús. Y percibimos que el Espíritu no sustituye al Hijo, Jesús, sino que lo pone de relieve, tal como Jesús no vino a sustituir al Padre, sino a darle presencia y a mostrar su verdadero rostro. En el Espíritu se nos da Jesús, y en él, el Padre.

La experiencia cristiana es la de un Dios personal que se autocomunica a su creatura para entrar en comunión con ella. Esto nos hace pensar que Dios es, en sí mismo, el que tiene como rasgo esencial la comunicación y la comunión personal; que esto que se ha mostrado en la historia humana es sólo un reflejo y una proyección de algo que es consubstancial al ser mismo de Dios.

Dios no es un Dios solitario que haya creado para salir de su aburrimiento ensimismado, sino que es un foco eterno de autocomunicación, de donación y aceptación, de comunión, que ha creado creaturas racionales para hacerlas compartir esa plenitud de vida en comunión.

Si esto es así, es claro que la vocación más profunda de la comunidad cristiana es la de lograr entre sus miembros una comunión como la de Jesús con su Padre: "Que sean uno como nosotros somos uno" (Jn 17,20-23). Y la maravilla es que esta comunión eclesial es, al mismo tiempo y por lo mismo, una "comunión con el Padre y con su Hijo Jesucristo" (1 Jn 1,3)

### **TRINIDAD – C**

Prov 8,22-31; Rom 5,1-5; Jn 16,12-15

Desde el Antiguo Testamento fue claro que las relaciones más características de Dios no eran con las cosas de la naturaleza (los astros, los montes, los ríos...), sino con las personas en el curso de la historia. Y es así como en innumerables textos, se describe a Dios como "el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob". Lo más propio de Dios se despliega y se expresa a través de sus relaciones con personas concretas. En esto se incluye, evidentemente, el carácter personal de Dios mismo: él no es una "cosa" (o una "fuerza") inmensa y distante, sino una "persona" maravillosa; no es "algo", sino "alguien" de quien se puede decir que "hablaba con Moisés como un hombre con su amigo" (Ex 33,11); por lo mismo, los atributos que constantemente se destacan de él son los que caracterizan su relación con los hombres, como cuando él mismo se presenta a Moisés como "el Dios compasivo y clemente, paciente, misericordioso y fiel" (Ex 34,6).

En esta historia en que Dios se revela históricamente a través de su relación con personas bien individualizadas, la cumbre se tiene en Jesús de Nazaret. Los evangelios nos lo muestran totalmente centrado en el que él llamaba su Padre, con una familiaridad inaudita, visible en el término "Abbá", y de cuyo reinado entre los hombres y de cuya voluntad se presentaba como el mediador definitivo. Así, el "Dios de Abraham, de Isaac, de Jacob" pasó a ser por excelencia "el Padre de Jesucristo", con la conciencia del carácter estrictamente divino - y no metafórico - de esta relación de paternidad - filiación que los vinculaba: Jesús se mostró como el Hijo de Dios enviado por el Padre a asumir solidariamente nuestra condición humana.

Cuando Jesús dejó de ser una presencia visible, la comunidad de sus discípulos se sintió "habitada" por una presencia invisible pero luminosa que le permitía comprender experiencialmente al Resucitado como situado al mismo nivel que el Padre: presencia invisible que fue revelándose poco a poco como el Espíritu personal enviado por el Padre y por el Hijo como "Defensor" (Paráclito) de la fe de los discípulos. En el Espíritu se completa el acercamiento de Dios al hombre por medio de Jesús; y en el Espíritu comienza el acercamiento del hombre a Dios por medio de Jesús. Fue así, históricamente, como se reveló el Misterio de la Trinidad. Por cierto, nos resulta un misterio impenetrable cómo estas tres personas: el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, pueden tener en común el mismo "ser", de tal modo que no sean tres dioses, sino uno solo, poseyendo las tres la misma plenitud esencial de la divinidad única.

Pero la revelación de este misterio nos permite vislumbrar que Dios no es un ser solitario que haya creado para tener con quien entablar relaciones personales y llegar a ser un "yo" frente a un "Tú" creado. Dios es una comunidad eterna de personas, que creó por el gozo de comunicar su propia comunión. Esto significa que hemos sido creados como personas para compartir la gozosa y eterna

comunión que se da en el seno de la divinidad. Y también que es nuestra tarea crear entre nosotros los creyentes una unidad de comunión como la de la Trinidad: "que sean uno como nosotros somos uno" (Jn 17,20-23). Esto se logra cuando todos sabemos - y queremos - dar y recibir, darnos y recibirnos. La dinámica de comunión excluye la absorción dominadora y también el entreguismo servil. La Trinidad nos enseña que es tan divino el que todo lo da (el Padre) como el que todo lo recibe (el Espíritu Santo). Y es tan malo cerrarse para no dar como cerrarse para no recibir. Es la apertura la que nos realiza como personas. La Trinidad nos muestra cómo ser de veras personas.

## **CORPUS CHRISTI - C**

Gn 14,18-20; 1 Cor 11,23-26; Lc 9, 11.17

Estamos acostumbrados a vincular la Eucaristía sólo con la Última Cena. Pero el Evangelio de hoy nos invita a descubrir su vinculación - ya insinuada por los evangelistas - con la multiplicación de los panes. Pero es necesario ir más allá y descubrir el sentido de la "comensalidad" en la historia de Jesús

Llama la atención el gran número de veces que los evangelios nos lo presentan comiendo en casa de una u otra persona; y entre las acusaciones más frecuentes contra él figura el que "comiera con pecadores". Y no sólo antes de su Pasión, sino también después de su resurrección aparece Jesús comiendo con los discípulos: (Emaús; la reunión con los apóstoles; la escena del lago...) Y S. Pedro subrayará que el Resucitado se manifestó "a nosotros que comimos y bebimos con él". Es dentro de este conjunto de hechos donde se debe situar la Última Cena que hemos leído evocada por S. Pablo. Si no tenemos claro el sentido de la "comensalidad" de Jesús no podremos entender lo que sucedió en ella.

La comensalidad es un elemento característico de los seres humanos. En ella se expresa y se crea (o reafirma) el gozo de la comunión interpersonal; en ella se da una superación del egoísmo por la alegría de compartir el mismo alimento; en ella se anudan o refuerzan relaciones de amistad íntima.

La Encarnación, en cuanto designio de Dios de entrar en comunión con los hombres, no habría sido plena si Jesús no se hubiera hecho comensal de ellos. Comiendo con los hombres o dándoles de comer, Jesús mostraba su voluntad de entablar con ellos una relación cercana de comunión y amistad. Cada caso de comensalidad constituía un acto en que Jesús se abría para darse y acoger, prefigurando así "el banquete del Reino" donde Dios será todo en todos.

A esta luz, la Última Cena adquiere el carácter de culminación de todo un proceso. En ella, la voluntad de Jesús de darse a los hombres alcanza su más alta expresión al declarar él que en el pan que parte y reparte y en la copa que hace pasar les está entregando todo su ser: su cuerpo que va a ser entregado a la muerte, y su sangre que va a ser derramada. Y todo a fin de que su cuerpo y su sangre fueran para siempre y para todos, una posibilidad de entrar en comunión con él y de encontrar así un signo y un factor de comunión entre todos los que coman ese pan y beban de esa copa. Es sobre todo en la Eucaristía donde se revela que el Cuerpo de Cristo es un "Cuerpo de comunión": "Porque uno solo es el pan, somos, a pesar de ser muchos, un solo cuerpo, ya que todos participamos de un solo pan"; nos dice S. Pablo (1 Cor 10,17).

Al decirnos Jesús que lo que él hizo lo hagamos nosotros en memoria de él, nos está mandando no sólo que repitamos su gesto, sino también que cada uno de nosotros haga de su vida un "cuerpo de comunión". Es el compromiso que tomamos cada vez que comulgamos. Si no estamos dispuestos a entregarnos por completo - como Jesús y en Jesús - a la causa de la comunión fraterna entre todos los hombres y de ellos con Dios, nuestra participación en la Eucaristía se desvirtúa hasta convertirse en un rito vacío. ¿No será natural que el realismo de nuestra voluntad de

comunidad universal lo expresáramos también nosotros en gestos de comensalidad con personas que se sienten marginadas?

## **TIEMPO ORDINARIO**

### **DOMINGO 2 - C**

Is 62, 1-5; 1 Cor 12, 4-11; Jn 2,1-11

El Evangelio gira en torno al cambio de agua en vino, llevado a cabo por Jesús tras la intervención de su Madre.

- La comprensión cabal de este episodio pasa por la de una serie de detalles muy significativos:
  - 1) El hecho es calificado como signo "primero y primordial", en el que Jesús reveló su Gloria a la fe de sus discípulos
  - 2) El agua no es cualquier agua, sino el agua "destinada a las purificaciones de los judíos"; y el vino no es cualquier vino, y no sólo es excelente y abundante, sino que es un "vino de bodas".
  - 3) La transformación tiene lugar después de que la intervención de la Madre de Jesús ha sido - a primera vista - rechazada en la siguiente frase de Jesús: "¿Qué tenemos en común tú y yo?" (El sentido exacto de la frase sería. ¿Por qué te metes en mis cosas?) "Todavía no ha llegado mi hora".
- La clave que nos permite "armar este puzzle" es la identificación de "la Hora de Jesús". Es claro, por el uso repetido de frases acerca de "la Hora de Jesús" no llegada o llegada, (7,30; 12,23; 13,1) que tal Hora era la de su Pasión y Glorificación, en la que Jesús iba a transformar la antigua Alianza en la nueva Alianza: "Alianza" que en el A.T. se simbolizaba con la imagen de las "bodas", que también reaparece en el N.T. (2 Cor 11,2; Apoc 19,7.9; 21,2.9). El reconocimiento de que la "Hora" aludida por Jesús en la respuesta a su Madre es la de su Pasión, implica que la frase completa de Jesús a ella insinúa que cuando llegue esa "Hora", entonces sí que María tendrá un lugar junto a Jesús. Y es lo que efectivamente Jn nos muestra cuando nos dice que junto a la Cruz de Jesús estaba su Madre, y que en ese momento Jesús la constituye en "Madre" de los discípulos añadiendo que "a partir de aquella Hora" el discípulo amado la recibió en su casa (Jn 19, 26-27). El gran cambio llevado a cabo por Jesús fue el cambio de la Ley en el Espíritu, lo que transforma a los hombres de "siervos" en "hijos"; y por tanto en "hermanos" de Jesús (= "hijos de su misma Madre"), y, en efecto sólo después de su resurrección Jesús aparece llamando "hermanos suyos" a sus discípulos (Jn 20,17). En Caná, Jesús todavía no lleva a cabo "su obra" porque todavía no había llegado "su Hora"; pero realiza un "signo" de esa obra al transformar "el agua destinada a la purificación de los judíos" en un "vino de bodas"; y en la realización de ese "signo" tiene un lugar decisivo su Madre, llamada en Caná como en el Gólgota, "Mujer" denominación absolutamente extraña y ajena a todos los usos habituales, a través de la cual se alude al papel de "nueva Eva" que tiene María junto a Jesús, el "nuevo Adán" ("Hombre").
- Jn, por consiguiente, nos muestra, a través del episodio de Caná visto en conjunto con el de la Cruz (únicos lugares de su evangelio en que aparece María), que la Madre de Jesús tiene un papel importante en nuestra existencia cristiana: no podemos ser hijos de Dios y hermanos de Jesús sin acoger "en nuestra casa" a María como "Madre nuestra": Madre con toda esa preocupación femenina y maternal por los "detalles" de nuestra vida concreta, tal como se revela en su discreta intervención en Caná.
-

### DOMINGO 3 - C

Neh 8,2-10; 1 Cor 12,12-30; Lc 1,1-4; 4,14-21

El primer párrafo del Evangelio de Hoy es el Prólogo de la obra en dos tomos de Lucas (el médico de Pablo) sobre la actividad de Jesús (Ev) y sobre los orígenes y expansión de la Iglesia (Hch). Se lo lee hoy como introducción al relato evangélico de Lucas que toca leer este año porque estamos en el ciclo C. En este Prólogo lo más interesante es, por un lado, que lo que podemos saber de Jesús reposa por completo en la tradición de los Apóstoles (los que, habiéndolo visto, recibieron el encargo de anunciar el mensaje), y, por otro lado, que, la lectura "adecuada" del Evangelio contribuye a que "conozcamos bien la verdad de lo que se nos ha enseñado".

Entre este Prólogo y lo que sigue en la lectura de hoy, el Ev. de Lc sitúa los dos capítulos sobre las infancias de Juan Bautista y de Jesús, el bautismo de Jesús por Juan Bautista y la tentación de Jesús en el desierto. Lo fundamental del trozo de hoy es la escena de Jesús en la Sinagoga de su aldea, Nazaret: escena que tiene el carácter de "Inauguración programática del ministerio público de Jesús", descrita con una solemnidad especial.

El eje de esta escena es la lectura de Is 61,1-2. La liturgia nos ayuda a comprender la importancia de esta lectura evocando lo que fue, en su desarrollo ritual y en su impacto religioso y emotivo, la lectura de la Ley por Esdras. Pero la clave para captar lo específico de la escena del Evangelio está en la frase final de Jesús, destacada por el clima de expectación que describe el evangelista: "Luego Jesús cerró.....Hoy mismo se ha cumplido la escritura que Uds. acaban de oír".

Vemos así que lo que se quiere destacar es que Jesús significa un salto cualitativo; en él, el A.T. entra en la etapa de "cumplimiento": "la Ley y los Profetas" comienzan a verse como promesas o imágenes de algo de otro orden, que es hecho realidad presente en Jesús y por Jesús. Jesús usará para designar esa realidad nueva la expresión "el reinado de Dios".

Ahora bien, nuestro texto subraya dos cosas de gran importancia: primero, que el reinado de Dios se despliega como "liberación de los oprimidos" por lo que es como "año de gracia del Señor", y eso constituye una "buena noticia para los pobres", y segundo, que Jesús le dará presencia a este reinado de Dios al actuar como "el Servidor de Dios" ungido por su Espíritu, y no como "el Mesías Rey" que esperaba la gran masa de los judíos contemporáneos de Jesús.

Es importante señalar que el "presupuesto" de este mensaje es que el mundo humano está dominado por factores, tendencias y criterios ajenos y opuestos al designio de Dios de reinar sobre él, y que uno de los signos evidentes de que Dios no reina está en la opresión y exclusión de los pobres.

Es claro, por consiguiente, que acoger a Cristo, o "creer en él", significa abrazar como él la causa de la liberación de los oprimidos y procurar que el mensaje de Jesús pueda ser comprendido por los pobres reales como una buena noticia para ellos. Es obvio que nunca podremos hacerlo todo en esta línea, pero siempre podremos hacer algo. Quizá lo primero sea convencernos de que la pobreza que sufren los innumerables pobres y el escandaloso contraste que ella ofrece con la opulencia de unos pocos privilegiados, es una realidad que tiene una relación insoslayable con nuestra fe cristiana y ante la cual no podemos quedarnos indiferentes.

Y es más evidente aún que ese escándalo es mayor cuando se da dentro de la "comunidad" que es (¿o debería ser?) la Iglesia. Lo que nos dice S. Pablo en la 2ª Lectura sobre ser los cristianos miembros de un mismo cuerpo (¡el Cuerpo de Cristo!), ¿es compatible con el hecho de que dentro de él, unos lo tengan todo y otros no tengan nada?

Cuando hayamos asimilado de veras estas dimensiones de la adhesión a Cristo, comprenderemos sin mayores explicaciones qué es lo que podemos o tenemos que hacer.

## DOMINGO 4 - C

Jer 1,4-5.17-19; 1 Cor 12,31-13,13; Lc 4,21-30

El trozo del Evangelio de hoy es complejo y de muy ardua interpretación, si bien el texto de Jeremías (1ª Lectura) proporciona perspectivas que nos permiten situarlo mejor y comprenderlo a la luz del destino de los "profetas". Pero no es sólo la dificultad del tema propuesto por la 1ª Lectura y el Evangelio, sino ante todo la belleza y riqueza del texto de S. Pablo (2ª Lect.), lo que me mueve a centrar la reflexión en torno al papel del "amor" en la visión cristiana de la vida.

Creo que el punto central es comprender exactamente que el amor celebrado por S. Pablo no es cualquier "amor". Es muy significativo que ya los traductores griegos del A.T. sintieron que las clásicas palabras "eros" y "filía" no eran adecuadas para expresar las ideas sobre el amor contenidas en el texto bíblico, y prefirieron un término griego bastante vago y poco usado: "agápe" (220 usos de esta raíz, contra 50 de la raíz filía y seis usos solamente de la raíz eros), y en el N.T. la raíz eros simplemente desaparece, la de filía se usa unas 26 veces, mientras que la de agápe aparece unas 260 veces. Y es igualmente significativo que los traductores latinos del N.T. hayan recurrido, para traducir agápe, no a los términos clásicos "amor", "amicitia" y "dilectio", sino a "caritas (que significa propiamente "carestía", y por extensión, "aprecio", y que jamás aparece entre las "virtudes celebradas por los moralistas romanos). Es evidente, entonces, que la Biblia nos quiere hablar de un "amor" que nada tiene que ver con el "eros" y poco con la "filía".

Y es que todo en la religiosidad bíblica, en uno y otro Testamento, está dominado por la prioridad libre del amor creador y salvador de Dios. Esta convicción es la que encontró su expresión clásica en una frase de S. Juan: "Dios nos amó primero" (Jn 4,11). Este amor "primero", creador y salvador, con que Dios nos ama, cuando es acogido en su gratitud inmerecible, suscita necesariamente una actitud de amor "gratuito", desinteresado, hacia todos los que son objeto de este amor divino. Es demasiado evidente que estamos ante una especie de "amor" que nada tiene que ver con la que evocan los términos "eros" o "filía" en griego, o "amicitia" y "dilectio" en latín. Y emerge así, como programa total de la existencia personal, amar *como* Dios ama y *a todos* los que Dios ama.

Si con la fe acogemos el amor de Dios que se desplegó en la muerte y resurrección de su Hijo, y con la esperanza nos abrimos a la plenitud de su amor que se desplegará en nuestra propia resurrección, en el presente de nuestra historia lo único que nos cabe es amar a todos los que Dios ama y como Dios los ama.

S. Pablo dice por eso que "toda la ley queda cumplida con este solo precepto: el de amar a tu prójimo como a ti mismo" (Gal 5,14); y también, que "el pleno cumplimiento de la ley es el amor" (Rom 13,10).

Esto mismo lo expresa S. Pablo en la Epístola de hoy al poner como atributos o rasgos del amor todas las conductas virtuosas de la vida humana en cuanto dimensiones diversas del único "amor" que brota de la conciencia de saberse amados por Dios en Cristo (1 Cor 13,4-7). E insiste en que no hay ningún "carisma" que aproveche si falta el amor (1 Cor 13, 1-3). El camino cristiano por excelencia es el del amor (1 Cor 12,31)

## DOMINGO 5 - C

Is 6,1-8; 1 Cor 15,1-11; Lc 5, 1-11

La 1ª Lectura y el Evangelio son muy importantes para reconocer una dimensión de la verdadera "fe" que no se agota con la aceptación intelectual de algunos hechos o doctrinas, como los que S. Pablo enumera en la 2ª Lectura. La fe no se da en plenitud más que cuando ella expresa cierta "experiencia" del Dios que trasciende todo lo que las demás experiencias nos ofrecen o podrían

ofrecernos. Es la experiencia que nos deja ante el Absoluto incondicionable, ante el Dios "a quien hay que dejar que sea Dios" (Lutero), y simultáneamente ante nuestra radical indignidad para estar cerca de él, o para que él entre en contacto con nosotros.

La "Santidad" de Dios, proclamada tres veces por los siempre asombrados serafines, consiste precisamente en eso que lo hace radicalmente "otro" respecto de todo lo que no es él, y que - por lo mismo - suscita, en quien se siente "abordado" por él, a la vez atracción y temor: atracción por lo que él es, y temor por lo que uno es. (Releer Is 6,1-7; Lc 5,8)

La gran diferencia entre Isaías y Pedro está en que Pedro reconoció la presencia activa del Dios santo y trascendente en la persona humanísima de Jesús que estaba con él en su barca. La gran "buena noticia" del cristianismo es que "Dios se hizo hombre". A Dios no tenemos que buscarlo a través de experiencias extraordinarias. Pero necesitamos momentos especiales en los que tomemos conciencia del hecho, permanente pero siempre sorprendente, de que "él está con nosotros todos los días hasta el fin de la historia" (Mt 28,20).

Nuestro cristianismo no puede reducirse a la aceptación de ciertas verdades ni a la observancia de ciertas prácticas, ni siquiera de ciertas "virtudes". Lo esencial se juega en el tipo de relación con Jesús. O, si se quiere, en reconocer como dichas a cada uno de nosotros las palabras que leemos en el Apocalipsis: "Mira que estoy a la puerta y llamo. Si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré en su casa y cenaré con él y él conmigo" (Apoc 3,20)

Tenemos que decirnos una y otra vez que ser cristianos no es adherir al cristianismo, sino a la persona de Cristo: lo que implica la voluntad de conocer más de cerca de Jesús como nos lo presentan los evangelios. Los evangelios son inagotables. Cada lectura de ellos nos capacita para una nueva - y siempre novedosa - comprensión de Jesucristo.

## DOMINGO 6 - C

Jer 17,5-8; 1 Cor 15,12.16-20; Lc 6, 17.20-26

El Evangelio de Lc presenta un elenco de "bienaventuranzas" (más sus simétricos "ayes") que no se deben confundir con el elenco de bienaventuranzas que nos presenta Mt. La última bienaventuranza (la 4ª de Lc y la 9ª de Mt) es virtualmente idéntica en ambos evangelistas, pero entre las tres anteriores de Lc y las ocho de Mt hay notables diferencias. Si uno se fija bien, en Lc se encuentra un elenco de tres *situaciones* deplorables (pobreza, aflicción y hambre) que se verán *superadas* en el Reino de Dios. En cambio en Mt tenemos un elenco de *actitudes* laudables que serán *premiadas* en el Reino de Dios; y entre estas actitudes virtuosas figuran la "pobreza de espíritu" y el "hambre y sed de justicia". Los dos elencos tienen cada uno su verdad, pero no se deben mezclar ni confundir las bienaventuranzas de uno con las del otro.

Como hoy nos ha tocado el elenco de Lucas, el de las "*situaciones* deplorables", tenemos que esforzarnos por comprender el sentido del texto que hemos leído. Lo primero que hay que señalar es que aquí la pobreza, la aflicción y el hambre aparecen como *males*, y a los que sufren estos males (¡que son las mismas personas y no tres categorías diferentes!) se les promete que su situación deplorable quedará superada y eliminada con la llegada del Reino de Dios.

Este texto hay que comprenderlo a la luz de todos esos dichos de Jesús, conservados en los evangelios, según los cuales el reinado de Dios va a significar una inversión total del mundo humano. Una de las frases más citadas en los evangelios es la que afirma que el reinado de Dios implica que "los primeros serán últimos, y los últimos, primeros" (Mt 19,30; 20,16; Mc 9,35; 10,31; Lc 13,30). Cuando los criterios de Dios son los que priman, el "orden" del "mundo humano" pasa a ser distinto. Cuando es Dios quien reina, los valores vigentes se ven cuestionados y sacudidos. Los que

más le importan a Dios no son los ricos y poderosos, sino los pobres y marginados. No es que la riqueza sea un mal y la pobreza un bien, ni que los pobres y marginados sean mejores que los ricos. Es la estructuración de nuestro mundo la que está torcida: esa que nos hace decir "pobre, pero honrado". El reinado de Dios se echa de ver en el fin de la exclusión de los pobres. De modo que tenemos un indicador valórico, para una cultura o una nación, en la preocupación por un acceso equitativo a los bienes de todos los miembros de una comunidad, teniendo como criterio lo que les pasa a "los pobres".

Vale la pena subrayar finalmente que el evangelio de Lc, que hemos leído, supone que la comunidad cristiana destinataria de este texto estaba constituida fundamentalmente por gente modesta: dice en efecto, "ustedes los pobres...afligidos...hambrientos".

Según la lógica evangélica, "tener más" implica necesariamente "dar más"... "servir más".

### DOMINGO 7 - C

1 Sam 26,2-9.12-13.22-23; 1 Cor 15,45-49; Lc 6,27-38

El Evangelio de hoy nos deja ante el contenido más hondo de lo que podríamos llamar la "ética cristiana". Pero lo esencial es comprender que no estamos aquí ante una "ética de valores" o cualquier otra forma de "ética autónoma", sino ante una expresión muy gráfica (¡no técnica!) del cambio existencial que no puede dejar de producirse *cuando se descubre al Dios vivo como Dios de amor y de perdón sin límites*. Cuando se vive consciente de la infinita capacidad de perdón que hay en Dios por haberla experimentado mil veces a favor nuestro, es absurdo e irritante que nosotros seamos más exigentes que Dios. Esta incongruencia es objeto de otra parábola de Jesús: la del empleado al que le fue perdonada una deuda de muchos millones, pero que mandó a la cárcel a un compañero de trabajo que le debía unos pocos miles (Mt 18,23-35). Y, como si fuera poco, Jesús nos señaló que tenemos que pedirle a Dios que nos perdone "como nosotros perdonamos a los que están en deuda con nosotros" (Mt 6,12; Lc 11,4).

Es muy importante tomar conciencia del carácter "parabólico" de estos dichos de Jesús, imposibles de ser tomados y aplicados al pie de la letra en el ámbito de la vida social y económica. Pero lo propio del lenguaje de Jesús, siempre más o menos parabólico, es que nos invita a nosotros mismos a descubrir eso que está "más allá del lenguaje propio de las parábolas" porque este lenguaje de Jesús está ordenado a que nosotros mismos, *pensando*, lleguemos a *descubrir* lo que está en juego en sus palabras, y, a que, por tanto, cada uno descubra qué actuación concreta le cabe asumir a partir de lo que ha comprendido, sin posibilidad de autoengaño.

Y así se va llegando a comprender lo que tan bien expresó un pensador luterano alemán, mártir del régimen nazi: "El Reino de Dios es gratuito, pero no barato". Y es que nunca es barato entrar en una relación gratuita con otro; sólo que la maravilla de una relación gratuita hace gozoso el precio que ella tiene. Es imposible gozar del perdón recibido sin haber descubierto la maravilla del perdón otorgado, y vice-versa.

Creo que es imposible expresar con mayor fuerza y claridad en estos dichos de Jesús la centralidad que le cabe en la visión cristiana a esta dinámica del perdón: dinámica que jamás se agota. Jesús así lo subraya cuando a la pregunta de Pedro; "¿Cuántas veces tendré que perdonar a mi hermano, si peca contra mí? ¿Hasta siete veces?", le da la famosa respuesta: "No te digo que hasta siete veces, sino hasta setenta veces siete" (Mt 18, 21-22).

## DOMINGO 8 - C

Sir 27,4-7; 1 Cor 15,54-58; Lc 6,39-45

Cada uno de nosotros tiene una fachada visible y un interior invisible. Con mucha frecuencia estas dos partes de nuestro ser no coinciden: hay casos en que una persona es mucho mejor por dentro que lo que muestra hacia fuera; pero, sobre todo, nos sucede que nos empeñamos en parecer a los ojos de los demás mejores que lo que somos de veras en nuestro interior, y al engañar a los demás nos engañamos a nosotros mismos, porque en el fondo sabemos que lo único que realmente importa es cómo somos por dentro, en nuestro corazón que sólo Dios ve.

Todo el trozo del Evangelio que acabamos de leer se basa en esta valoración del "corazón" del hombre: el hombre vale lo que realmente vale su corazón, ese centro escondido de nuestra personalidad, respecto del cual todo lo que hacemos o decimos está en la misma relación que el fruto respecto de la raíz. Si la raíz del árbol está mala, los frutos serán inevitablemente malos; si queremos frutos buenos tenemos que preocuparnos de la raíz más que de las ramas.

Una de las formas de proyectar una buena imagen de nosotros mismos es mostrar que tenemos una conciencia muy exigente y "refinada", que se deja ver en que somos capaces de descubrir y denunciar en los demás las menores faltas o defectos. Y Jesús hace notar que habitualmente llamamos la atención sobre justamente aquellos defectos de los demás que son mayores en nosotros (la mota y la viga).

Y el gran remedio que nos propone Jesús para rectificar nuestro corazón frente a Dios, es tener presente que la actitud que Dios tiene con nosotros es la misma que nosotros tenemos con nuestros hermanos: si no juzgamos condenatoriamente, si perdonamos, si damos lo nuestro, Dios no nos juzgará, nos perdonará, nos dará sus propios bienes, y con una medida generosa: "apretada, rellena, rebosante".

En resumen, Jesús nos pide que no miremos a nuestros hermanos como fuente de nuestra "justificación", sino desinteresadamente, poniéndonos al servicio de ellos, respetando su dignidad y su posibilidad de cambiar y ser mejores, y viendo en ellos a hijos amados de Dios, nuestro Padre común.

## DOMINGO 9 - C

1 Reyes 8,41-43; Gal 1,1-10; Lc 7,1-10

Creo que es muy significativo que la actitud del Capitán romano, la haya caracterizado Jesús como una "fe" más grande que la que él hubiera encontrado en Israel.

Vale la pena analizar detalladamente la actitud de este hombre para así comprender qué entiende Jesús con la palabra "fe".

Lo primero que llama la atención es la *humildad* de ese romano. "No soy digno de que entres en mi casa". Y según el Evangelio de Lucas, que hemos leído, el centurión no se sintió digno de presentarse ante Jesús. Las palabras que primero citamos le son transmitidas a Jesús a través de un enviado, porque no se sentía digno ni siquiera de hablar directamente con él. Parece claro que en esta actitud del centurión no se puede ver sólo la conciencia de un pagano que reconoce en Israel al "Pueblo del Dios único", sino que hay en él, sin duda, una percepción - quizá no conceptualizada - de que en Jesús se está desplegando en plenitud el amor salvador de Dios, por lo que no ve indispensable ni siquiera que Jesús entre a la casa para sanar a su criado.

Vemos, entonces que - detrás de esa humildad - había un reconocimiento de la presencia de Dios en el ministerio de Jesús: y un reconocimiento no teórico sino encarnado en gestos y actitudes.

Otra cosa que llama la atención en el Capitán romano es su *confianza* total: confianza que se expresa en una oración o petición concreta basada enteramente en la bondad y en el poder de Jesús

Creo que también cabe mencionar como notable la manera en que el centurión vincula su esperanza con su propia experiencia: "yo, aunque no soy más que un subalterno, tengo soldados bajo mis órdenes, y le digo a uno "ve", y va; y a otro: "ven" y viene; y a mi criado, "haz esto", y lo hace". Hay detrás de estas palabras la convicción de que Dios no sólo tiene poder, sino que lo despliega al interior de un sistema de "relaciones personales" que obedece a la vigencia de ese "régimen" que los Padres griegos de los siglos IV y V llamaron la "economía" de las relaciones de Dios con sus creaturas humanas que son, sí, soberanamente libres, pero dentro de un régimen de benevolencia salvadora.

Pienso que este somero análisis de la actitud manifestada por el centurión nos deja delante de una actitud rica y compleja basada en su "sentido de Dios" que coincide con el de Jesús. Esta forma de reaccionar es la que Jesús llama "fe" y, por lo tanto, vemos que este término tiene poco que ver con el contenido que a menudo le damos. Esa "fe" celebrada por Jesús dista mucho de una simple "ortodoxia" que nos hace reconocer como verdaderos y revelados por Dios los dogmas de la Iglesia. Y ella dista mucho, también, de cierta actitud frente a Dios de confianza ciega, en la que no cabe ni el respeto por la libertad de Dios ni la búsqueda consciente de su voluntad manifestada en sus mandamientos y en los hechos que van tejiendo nuestra vida.

La "fe" no es una especie de "seguro" frente a Dios, sino que consiste en ver a Dios - tal como él es y quiere ser - como la única fuente posible de seguridad para nosotros.

## **DOMINGO 10 - C**

1 Reyes 17,17-24; Gal 1,11-19; Lc 7,11-17

Restos de la mentalidad apologética nos hacen ver en los milagros de Jesús sólo un despliegue de su poder sobrenatural que prueba su misión divina, sin que importe mucho la índole concreta que ellos tienen ni las circunstancias en que se llevan a cabo.

Hoy día los estudiosos de la Biblia subrayan que los milagros de Jesús son una revelación de lo que significa el reinado de Dios, una manifestación de lo que sucede cuando Dios reina, y por consiguiente de sus móviles, de sus intenciones, de sus actitudes frente a la realidad humana. Los milagros aparecen así como la aurora que ya es el indicio y el comienzo del día.

Es importante en el relato de hoy, el hecho de que el milagro se nos presenta motivado por la compasión que siente Jesús; en ella se encarna el Amor compasivo de Dios, atento a las situaciones de cada uno de sus hijos.

Y es importante, también, que la compasión de Jesús recaiga, más que sobre el muchacho muerto, sobre la situación de su madre; y que, vuelto aquel a la vida, se nos diga que Jesús "se lo entregó a su madre". Esto nos hace tomar conciencia de que nadie es sólo un "individuo": ser hombre es siempre ser hijo, padre, madre hermano, esposo, amigo, La vida humana consiste y se juega en estas relaciones interpersonales, tan diferentes de las relaciones puramente funcionales, de la vida profesional, administrativa, económica, o política. El episodio evangélico de hoy subraya que a Dios le importan esas relaciones y su mantención en un nivel de calidad adecuado. En el Reino de Dios tales relaciones tienen un papel indispensable, pues si Dios quiere reinar, es para que la vida humana alcance su plenitud.

Si nosotros queremos seguir llevando a cabo la misión de Jesús, de darle presencia anticipada al reinado de Dios en nuestro mundo, tenemos que comenzar por hacer nuestra la compasión de Jesús. Si nuestra acción no brota de una reacción de nuestro corazón frente al deterioro de la vida humana como se da en situaciones concretas, no se sitúa en la línea de Jesús.

Conversando con unos amigos sobre el papel de los cristianos ante el mundo nuevo que van conformando nuestras tecnologías tan sofisticadas, yo subrayé que una tarea urgentísima era - e iba a

ser cada vez más - la de darle a ese mundo un "suplemento de corazón" Es muy de temer que nuestra racionalidad tecnológica desemboque en un "período glacial" de deshumanización (como el que nos presentan tantas novelas de ciencia ficción). Tendremos que proclamar, en hechos, que lo humano se juega, más que en el cerebro, en el corazón, y que más esencial que la "racionalidad" es la "cordialidad".

Y nuestro "corazón" deberá ser particularmente sensible al deterioro o a la ruptura de las relaciones humanas básicas. Y, por cierto, nuestra compasión no podrá ser sólo "platónica" sino eficaz y "resucitadora".

## **DOMINGO 11 - C**

2 Sam 12,7-10.13; Gal 2,16.19-21; Lc 7,36-8,3

### **Dos reacciones ante la Gracia.**

El contenido más entrañable de la predicación de Jesús era sin duda el del amor paternal que caracteriza a ese Dios llamado por Jesús "Abbá" (Papá). Ese amor paternal incluía la oferta del perdón de los pecados como posibilidad de una vida nueva abierta a todos aquí y ahora, sin importar lo que hubiera sido el pasado de cada cual.

El episodio evangélico de hoy nos describe una escena en la que se nos muestran dos maneras de reaccionar frente al mensaje de Jesús, encarnadas en dos personajes: uno, un fariseo; el otro, una mujer de mala vida: El, respetable por su actuación y consciente de su respetabilidad; ella, despreciable por su actuación y consciente de su indignidad. El, sin duda, sensible intelectualmente a una enseñanza nueva; ella, tocada existencialmente por la actitud de Dios visible en la de Jesús, y descubriendo que puede ser amada con respeto y ser otra. El, pensando que le hace un honor a Jesús al invitarlo a su mesa y regateándole con frialdad las muestras habituales de cortesía vigentes; ella, con una inmensa audacia, creando una especie de liturgia con sus lágrimas, besos, perfumes y cabellos.

¿Qué hay detrás de estas dos actitudes? La parábola de Jesús lo revela. Es en primera instancia, una cuestión de gratitud frente al perdón. La parábola nos habla de dos cantidades diferentes perdonadas, que despiertan diversas reacciones de amor agradecido. Pienso que lo decisivo no son las cantidades en sí, sino lo que ellas representan para quienes reciben el favor. 10.000 perdonados a un millonario o a un pobre son cosas diferentes. Porque lo que está en juego es la oferta universal de perdón incluida en el mensaje de Jesús. La pecadora pública descubre lo gigantesco que es esto para ella; en cambio el fariseo lo siente como algo que a él apenas le concierne: él es justo y no necesita vitalmente el perdón. Incluso es posible que en el mensaje de Jesús él vea una amenaza para su condición de tal, adquirida a fuerza de méritos: que de pronto un despreciable pecador se vea puesto a su mismo nivel, por el perdón gratuito de Dios, le parece una injusticia (ver parábola de los trabajadores de la viña, o del hijo pródigo).

En el fondo, pues, se trata de la valoración de la Gracia de Dios para nuestra existencia: de esa gracia cuya manifestación más patente es el perdón de los pecados. Si para nosotros es más importante y decisiva nuestra acumulación de méritos que la gracia de Dios, es decir, que su Amor imposible de merecer, entonces nunca podremos "amar mucho" como la pecadora de hoy. Si, por el contrario, el resorte fundamental de nuestra vida es la conciencia de ser amados y perdonados por Dios con gratitud y con una generosidad sin límites, entonces nos sentiremos libres para amar al Señor y para demostrarle nuestro amor agradecido sin cálculos ni mezquindad.

Creo que es importante subrayar que la buena noticia proclamada por Jesús sólo puede ser acogida como buena noticia cuando se tiene conciencia de la necesidad en que uno se encuentra de

una salvación que nos resulta inalcanzable por nuestros propios medios. La autosatisfacción que nos lleva a descalificar a otros nos vuelve impermeables al "Evangelio de la Gracia". Por otra parte, es imposible abrirse a la Gracia como lo decisivo para nuestras vidas sin que la autocomplacencia nos parezca ridícula y sin que comencemos a ver en todos los seres humanos, incluso los más reprobables, la posibilidad de ser tocados y cambiados por el descubrimiento de la Gracia en la persona de Jesús.

La plena valoración de la Gracia de Dios, es decir de su Amor gratuito nos libera de nuestro egocentrismo instintivo, nos hace capaces de crear espacios de gozosa gratuidad sin cálculos sobre la "relación costos - beneficios", nos permite "mostrarle amor" al Dios que nos amó primero, y hacerlo sin inhibiciones, con espontaneidad y alegremente.

¿Hemos pensado que hay actitudes nuestras que equivalgan, como lo dice S. Pablo (2ª Lectura), a "hacer inútil la muerte de Cristo" o a "no tomar en serio la Gracia de Dios"?

Hay una frase de Ch. Péguy que expresa bien lo que se juega en la parábola: "La conciencia de la propia perfección (real o posible) es una coraza que nos hace impermeables a la Gracia". Es el tema de la 2ª Lectura. ¿Hemos pensado que hay actitudes nuestras que equivalgan, como lo dice S. Pablo a "hacer inútil la muerte de Cristo" o a "no tomar en serio la Gracia de Dios"?

## DOMINGO 12 - C

Zac 12,10-11; 13,1; Gal 3,26-29; Lc 9,18-24

1. Hoy somos interpelados por Jesús con una doble pregunta ("¿Quién dicen los hombres que soy yo?" "y ustedes, ¿quién dicen que soy?"), que nos obliga a definirnos personalmente frente a él mediante una actitud que no se identifica sin más con lo que alrededor de nosotros se piensa de él.
2. Es claro que no basta reconocerlo como Mesías, si nuestra idea de lo que es ser Mesías no corresponde a la forma en que él entendió y vivió su mesianidad. El rasgo más característico del mesianismo de Jesús está en que él implicó una conducta y unas actitudes que lo llevaron a ser rechazado por las autoridades de su propio pueblo y ajusticiado en una cruz. Y, obviamente, reconocer como Mesías a un Crucificado, y ser "discípulos" suyos, es una opción con alcance no sólo teórico, sino - ante todo - existencial. Esta opción consiste, según las palabras de Jesús, en "seguirlo", y según las palabras de S. Pablo, en "revestirse de él". Ambas expresiones tienen algo que ver con la idea de "imitación", pero tienen ambas un contenido más rico.
3. "Seguir a Jesús" es tener la misma meta que Jesús y tratar de alcanzarla por su propio camino; en otras palabras, mirar nuestra vida como destinada a la misma misión que fue la de Jesús, como llamada a cumplirla con el estilo de Jesús (sus opciones, sus actitudes), y como normalmente expuesta a compartir su destino de rechazo y reprobación: por lo que Jesús dice que sus discípulos tienen que salir cada día a la calle dispuestos a que los crucifiquen (que es el sentido realista de la expresión hiperbólica "cargar cada día con su cruz"). Este "seguir a Jesús" implica pues, el olvidarse de sí mismo, el estar dispuestos cada día a jugarse la vida por la causa de Jesús, despreocupados de nuestra propia auto-realización: "El que busca su vida la perderá; el que la pierde (=la expone) por la causa de Jesús la ganará".
4. Más en concreto, la misión de Jesús, que nosotros debemos compartir, fue - y es - la de darle presencia anticipada al Reino de Dios en nuestro mundo y en nuestro tiempo, dándoles para ello la vigencia a los criterios de Dios revelados en Jesús: que las personas valen más que las instituciones; que las relaciones de fraternidad y solidaridad valen más que el culto; que el amor y el perdón a los demás no tienen ni límites ni excepciones; que la causa de Dios y del hombre se

juega en la causa de los más pobres: sufrientes y marginados; que la fe en la común paternidad de Dios es incompatible con la admisión de privilegios o de exclusiones.

5. "Revestirse de Jesús" es, para San Pablo, identificarse con la persona de Cristo, de tal modo que todas nuestras actuaciones lleven la huella de Cristo, y que todas nuestras iniciativas se vean como "filtradas" y teñidas por los rasgos de la persona de Jesús. Y S. Pablo concuerda plenamente con el mensaje de Jesús que nos llama a superar, por la centralidad reconocida a Cristo, todos los factores de desunión o separación que surgen de nuestra realidad humana. Si uno está "revestido de Cristo", "Ya no importa el ser judío o griego, esclavo o libre, hombre o mujer", y podríamos añadir: "rico o pobre, blanco o negro, de sangre europea o indígena, culto o ignorante, empresario u obrero, de las comunas de Vitacura o de La Pintana". Porque de todos los afectados por estas determinaciones contrastantes puede decirse lo que escribe S. Pablo: "unidos a Cristo Jesús todos ustedes son uno solo". Si esta unidad que surge de la misma dignidad humana restaurada por Cristo no prevalece sobre todo aquello que tiende a encerrarnos en pequeños mundos incomunicados y no solidarios, es imposible que lleguemos a ser "herederos de las promesas de Dios".

### **DOMINGO 12 - C**

Zac 12,10-11; 13,1; Gal 3,26-29; Lc 9,18-24

La doble pregunta de Jesús constituye para nosotros una interpelación de enorme importancia. Ante todo, por ser una pregunta sobre la verdadera identidad de Jesús, cuestión que nos sitúa en lo más esencial de la existencia cristiana. Ser cristiano, en efecto, no es simplemente creer en Dios o en la inmortalidad del alma y la retribución eterna después de la muerte; ni siquiera, creer y aceptar la enseñanza de Cristo: ser cristiano es adherirse a la persona de Jesús, reconociendo en esa persona histórica y concreta el eje y el centro de gravedad de la vida personal de cada uno y de toda la historia humana. Además, esa doble pregunta acentúa que caben frente a la persona de Jesús diversas interpretaciones y nos urge a definirnos ante él con una actitud específica que no se identifica con la que reina en nuestro entorno y que de ningún modo puede reducirse a ésta. Y es importante tener conciencia de lo que se piensa de Jesús en nuestro entorno para tomarle todo su peso a la opción cristiana: opción que, compartida por los creyentes, crea entre ellos un vínculo tan fuerte que permite establecer una íntima unidad de espíritu entre quienes están separados por barreras de raza, de género, de clase o de cultura (2ª Lect.).

La opción cristiana - la que Jesús les plantea a sus discípulos - es aceptar que Jesús sea el Mesías o el Salvador, crucificado y resucitado. Cualquier otra forma de mesianismo es insuficiente. Y el mesianismo real de Jesús - el que abarca muerte de cruz y resurrección - no es sólo para creerlo y aceptarlo como una verdad, sino para abrazarlo existencialmente, comenzando por la dimensión de cruz, como Jesús nos lo pide expresamente en el evangelio de hoy: es imposible adherirnos a Cristo sin reconocerlo como más valioso que nuestra propia vida y sin estar dispuestos, por consiguiente, a perder nuestra vida por él y a vivirla solamente por él y a su servicio.

Esta misma perspectiva es la que S. Pablo en la 2ª Lectura nos proporciona cuando describe a los cristianos como a los que "se han revestido en Cristo": imagen que nos muestra toda su fuerza y alcance cuando pensamos, no en la frivolidad de un "disfraz", sino en la tarea que asume un actor para "representar" a su personaje. "Representar" al verdadero Cristo ante nuestro mundo, es quizás una de las mejores maneras de expresar la misión implicada en el ser cristiano.

Esta misión nos exige identificarnos con Cristo, compenetrarnos de su carácter, de sus opciones, criterios y preferencias: en una palabra, compenetrarnos de su "estilo". Y este proceso de compenetración tiene que comenzar en nosotros "de dentro para fuera": es decir, en nuestro corazón

antes que en las acciones concretas. No se trata de una "imitación" material, sino de una "conformación" de actitudes. Y para esto tenemos que llegar al "corazón" de Cristo, es decir hasta esa intimidad interior que es el centro de su vida, la raíz oculta de toda su actividad, el "lugar" secreto donde se anuda su relación con su Padre, con su "Abbá". En la fiesta del Corazón de Jesús, se llama a los cristianos a pasar de lo visible a lo invisible en Jesús: de las acciones que de él se narran, a la intimidad de su "corazón". Si no recorremos este camino - que implica profundizar nuestra lectura de los evangelios -, nos resultará simplemente imposible "representar" a Jesús de una manera fiel y no distorsionada. Sólo en el "corazón" de Jesús encontramos el manantial de esa agua que nos puede purificar de la pecaminosa impureza (1ª Lect.) que no nos permite transparentar a Cristo y mostrarlo como atractivo para quienes tienen de él una imagen empobrecida.

### **DOMINGO 13 - C**

1 Rey 19,16-21; Gal 5,1.13-18; Lc 9,51-62

El comienzo de la 2ª Lectura (Gal 5,1.13) nos invita a una reflexión sobre la libertad cristiana. La fe cristiana nos hace reconocer la libertad como la capacidad (derecho y deber) de atenernos a nuestra conciencia en nuestro actuar.

El tema fue tratado "ex profeso" por Juan Pablo II en su Encíclica *Veritatis Splendor* (06-08-93), y creo importante recalcar todavía algunas de sus enseñanzas fundamentales, que pueden no haber sido suficientemente asimiladas, por ser esa Encíclica de lectura ardua y difícil. Voy a citar al pie de la letra algunos párrafos esenciales, añadiendo algunas aclaraciones que nos permitan calibrarlas con exactitud.

Podemos comenzar por el párrafo en que el Papa reconoce la situación privilegiada que nuestra época le reconoce con razón a la libertad: "No hay duda de que hoy existe una concientización particularmente viva sobre la libertad. Los hombres de nuestro tiempo tienen una conciencia cada vez mayor de la dignidad de la persona humana, como constaba ya en la Declaración conciliar *Dignitatis humanae* sobre la libertad religiosa. De ahí la reivindicación de la posibilidad para que los hombres actúen según su propio criterio y hagan uso de una libertad responsable, no movidos por coacción, sino guiados por la conciencia del deber. En concreto, el derecho a la libertad religiosa y al respeto de la conciencia en su camino hacia la verdad es sentido cada vez más como fundamento de los derechos de la persona considerados en su conjunto.

De este modo, el sentido más profundo de la dignidad de la persona humana y de su unicidad, así como el respeto debido al camino de la conciencia, es ciertamente una adquisición positiva de la cultura moderna" (Nº 31). Esta afirmación inequívoca se complementa luego con la siguiente observación esencial: "Si existe el derecho de ser respetados en el propio camino de búsqueda de la verdad, existe antes la obligación moral, grave para cada uno, de buscar la verdad y de seguirla una vez conocida. En este sentido el Cardenal J.H. Newman, gran defensor de los derechos de la conciencia afirmaba con decisión: La conciencia tiene unos derechos porque tiene unos deberes" (Nº 34). Esto significa que nuestra libertad está subordinada a la verdad que nuestra conciencia nos hace conocer, pues la misma razón o inteligencia que nos fuerza a reconocer que dos más dos son cuatro, nos fuerza también a reconocer que hay algunas cosas que no se pueden hacer (matar a un inocente, abusar sexualmente de un niño/a, torturar) y hay algunas cosas que se deben hacer (cumplir los compromisos asumidos, buscar la equidad social). Eso sí como lo subraya la Encíclica, las exigencias éticas "no se le imponen a la voluntad más que en virtud del reconocimiento previo de la razón humana y, concretamente, de la conciencia personal" (Nº 36). Y podemos añadir que, cuando S. Pablo nos declara "libres de la ley" a los cristianos, lo que afirma es que la fe nos

permite descubrir los *valores* que están en juego en la ley y abrazarlos por ser valores y no simplemente porque son objeto de un decreto imperativo.

Por eso dice el Papa que "la vida moral exige la creatividad y la ingeniosidad propias de la persona, origen y causa de sus actos deliberados. Por otro lado, la razón encuentra su verdad y su autoridad en la ley eterna". Y termina el Papa citando a Santo Tomás, según el cual esta "ley natural no es otra cosa que la luz de la inteligencia infundida en nosotros por Dios. Gracias a ella conocemos lo que se debe hacer y lo que se debe evitar" (Nº 40).

Para nosotros los creyentes, es evidente que la primera exigencia que se nos impone es aceptar incondicionalmente - como lo subraya el Evangelio de hoy - la realidad y la voluntad de Dios. Es dentro de este horizonte donde nuestra conciencia tiene que buscar y discernir lo que en lo concreto es su verdadero bien. El reconocimiento de Dios como Dios conlleva:

- a) Des-absolutizar todo lo que no es Dios. En otras palabras, sólo a él podemos darle una adhesión incondicional.
- b) Tener la lucidez suficiente para no caer en la trampa de inventar pretextos para condicionar nuestra adhesión a Dios (como los que aparecen en el Evangelio)
- c) Coraje para asumir las exigencias que la "verdad de Dios", que hemos conocido, implica para nosotros, más allá de nuestro entorno o de nuestros gustos personales, como lo señala el Evangelio.

### DOMINGO 13 - C

1 Rey 19,16-21; Gal 5,1.13-18; Lc 9,51-62

En el Evangelio de hoy encontramos dos actitudes de Jesús al menos aparentemente opuestas: Su reprensión a los "hijos del trueno" que querían hacer caer fuego del cielo sobre los samaritanos, y sus palabras a eventuales seguidores suyos. Esa reprensión manifiesta una actitud tolerante, mientras que estas palabras nos parecen de una dureza inhumana.

Creo que hay dos consideraciones que nos pueden ayudar a una comprensión más justa de estas palabras duras de Jesús. En primer lugar, él las pronuncia en el momento en que "emprendía con valor su viaje a Jerusalén": ese viaje que culminaría con su rechazo y crucifixión; era el momento en que el "seguir a Jesús" requeriría pasar por situaciones extremas, sólo abordables con decisión absoluta. El no quiere apagar entusiasmos; sólo quiere hacer tomar conciencia del carácter radical que implica en esas circunstancias la opción de acompañarlo en su camino.

La otra consideración es que nunca debemos tomar las palabras de Jesús al pie de la letra. El, deliberadamente, para evitar que su enseñanza se transforme en una colección de "recetas" o en una especie de "código legal" recurre a expresiones hiperbólicas que muestran por una parte una exigencia insoslayable, pero que por otra parte dejan en claro que ella - la exigencia - radica en algo que está más allá de la letra que la expresa. Es lo que sucede, por ejemplo, cuando Jesús nos dice que nuestra mano izquierda no debe llegar a saber de las limosnas que da nuestra mano derecha; o cuando nos dice que debemos arrancarnos la mano, el pie o el ojo que nos escandalizan; o cuando nos pide que para orar debemos encerrarnos bajo llave en el repostero de la casa, o cuando nos pone como ejemplo de confianza en la Providencia a los pajaritos del cielo que ni siembran ni siegan ni recogen en graneros, o los lirios del campo que ni se atarean ni hilan.

Las palabras duras del Evangelio de hoy nos dicen, por cierto, que las comodidades, el pasado muerto o los lazos familiares pueden convertirse en obstáculos para el seguimiento de Jesús. Pero su alcance es considerablemente mayor, como lo postula la misma fuerza tremenda que ellas tienen. Creo que lo que está en juego es el carácter *absoluto* que Jesús atribuye a su seguimiento: la adhesión a él tiene que revestir el mismo carácter incondicionado de la aceptación de Dios. Cuando se descubre a Dios como Dios, se hace evidente que no puede haber ningún absoluto fuera de él, y

que la condición para adherirnos a Dios es adherirnos a él sin condiciones. Las cosas más buenas en sí mismas se vuelven perversas cuando las convertimos en condiciones para aceptar a Dios en nuestra vida.

Me parece claro que la proclamación del carácter incondicionado - divino - de la adhesión a su persona, no la podía plantear Jesús con un lenguaje anodino y tibio: tenía que hacerla con expresiones chocantes y cuestionadoras. Y la dureza de sus palabras tiene que interpelarnos hoy a todos los cristianos: ¿Es nuestra adhesión a Jesús tan incondicionada como él la espera y la exige de nosotros? ¿Es él para nosotros la fuente de una libertad total respecto de todo lo que no es él? ¿O seguimos esclavizados, y apegados como lapas a cosas buenas, a las que atribuimos un valor que llega a amagar la centralidad única de Jesús? Leer Flp 3,7-11

### DOMINGO 14 - C

Is 66,10-14; Gal 6,14-18; Lc 10,1-12.17-20

El evangelista Lucas, en su Cap. 9, ya había narrado (al igual que Mc y Mt) la misión encomendada por Jesús a los Doce. Ahora en su Cap. 10, Lc narra la misión ahora encomendada a 72 discípulos: hecho que no se encuentra ni en Mc ni en Mt. Este segundo relato corresponde a una doble intención del evangelista: ante todo, a la de resaltar que el mensaje de Jesús no estaba destinado únicamente a Israel (12 tribus), sino también a la humanidad entera (la "tabla de las naciones", en Gn 10, incluía 72 pueblos). Pero corresponde asimismo, sin duda, a la intención de dejar en claro que la "misión" cristiana no está confiada solamente al grupo dotado de autoridad en la Iglesia, sino también a quienes no desempeñan una función jerárquica dentro de ella.

El núcleo del mensaje que los "enviados" tienen que comunicar está en que "el reinado de Dios ya está cerca" de los oyentes. Esta "cercanía" del reinado de Dios implica dos cosas: antes que nada, que Dios ha querido hacerse *accesible* a nosotros, o, si se quiere, que - a pesar de su trascendencia inalcanzable - ha tenido a bien ponerse a nuestro alcance; y, en seguida, que a nosotros nos corresponde *acogerlo como Rey*, como Señor absoluto, de nuestras vidas. Es un mensaje, por tanto, que nos deja frente a la realidad personal de Dios, y no enfrentados a una mera institución social. Y resulta claro que se trata de un anuncio que, si se lo comprende y se lo acoge, trastorna radicalmente la existencia, creándole horizontes insospechados y dándole "gozo y paz" (1ª Lect.), es decir, una plenitud incomparable. Y resulta claro, del mismo modo, que es un mensaje dotado de una *urgencia intrínseca*, ya que atañe al sentido mismo de nuestra existencia frágil, por lo que no podemos ponerle plazos a nuestra respuesta. ¿Cómo podemos decir: "mañana contesto", si no sabemos si mañana estaremos vivos? Y por lo mismo que el mensaje cristiano nos ofrece entrar en la esfera de la plenitud total, su rechazo significa exponerse a malograr definitiva e irremediamente la propia existencia. El rechazo no trae consigo un "castigo" distinto, sino simplemente la privación del maravilloso destino que se nos ofrecía, y la conciencia indeleble de haberlo perdido por la propia culpa.

Un mensaje que les permita a los oyentes experimentar el gozo de sentirse invitados a entrar en comunión íntima con Dios, no puede ser transmitido sino por quienes, *en su encuentro personal con Dios*, han descubierto la necesidad imperiosa de proclamar la buena noticia del Dios cercano y accesible y se han sentido así *enviados por Dios*, encargados de difundir ese mensaje y de cultivar con él "la mies del Señor". De aquí la invitación a orar pidiéndole al "Dueño de la mies que envíe operarios a su mies", ya que sin esta oración para "mover a Dios" podríamos tener, en vez de "enviados por Dios", unos "profesionales humanos" bien adiestrados, pero no impregnados del espíritu del "Dueño de la mies". Si no somos conscientes de que Dios es la raíz de la misión y el "Dueño de la mies", la misión cristiana corre el peligro de convertirse en una empresa bien entrenada en técnicas de "marketing".

Y recordemos que los obreros *enviados por Dios* que debemos pedir no pueden limitarse a los miembros del estamento jerárquico de la Iglesia. Es necesario y urgente que hombres y mujeres del laicado aporten a la "mies del Señor" una gozosa interpelación surgida de su experiencia laical del Dios cercano y accesible.

### DOMINGO 15 - C

Dt 30,10-14; Col 1,15-20; Lc 10,25-37

Si siempre se tiene escrúpulos de predicar por tener uno algo de "Padre Gatica, que predica y no practica", cuando se trata del Evangelio que acabamos de escuchar, ese sentimiento se vuelve abrumador e insoportable. Es evidente que con frecuencia mi actitud personal se ha visto retratada con la descripción del sacerdote y del levita de la parábola: "Al verle, dio un rodeo y siguió adelante". Por eso pueden creerme que hoy menos que nunca mi palabra no es una acusación lanzada desde un pedestal de justo y de modelo, sino una reflexión hecha por alguien que se siente igualmente interpelado y juzgado por la Palabra del Señor. Detengámonos a pensar juntos sobre esta parábola de deslumbrante claridad.

Creo que podemos comenzar por sentirnos ya denunciados en la actitud del maestro de la Ley cuando, después de una pregunta justa, y aprobada expresamente por Jesús, "queriendo quedar bien" le pregunta: "Pero, ¿quién es mi prójimo?". Aquí se tipifica la postura del que quiere justificar su inoperancia invocando dificultades u objeciones de orden teórico o conceptual: imposible actuar si los términos no están previamente bien definidos: ¡Si el concepto de "prójimo" no está bien acotado y precisado, no se puede cumplir el precepto de "amar al prójimo"!

Lo interesante es que la respuesta de Jesús, que es la parábola del sacerdote, el levita y el samaritano, está concebida en tal forma que no desemboca en una invitación a identificar a ese "prójimo" en la persona del fulano que cayó en manos de los bandidos, sino en una invitación a *identificar al que actuó como prójimo del asaltado*. En otros términos, con gran elegancia, Jesús le enseña al maestro de la Ley que si no cumple el precepto de amar al prójimo, no es porque no sepa quién es su prójimo, sino porque no tiene amor. Para Jesús, el amor verdadero reconoce y descubre quién tiene necesidad de ser amado (o de sentirse amado) en un momento determinado. Las objeciones intelectuales son pretextos para "racionalizar" nuestro egoísmo, nuestra cobardía, o nuestra desidia. Con ellas tratamos de "quedar bien" a los ojos de los demás e incluso - porque así de complicados somos los hombres - a nuestros propios ojos.

Creo que la respuesta de Jesús, (preludiada ya en la 1ª Lectura), la forma discreta y hasta cortés de desmontar nuestras máquinas de autoengaño, nos debe invitar a asumir nosotros mismos seriamente un análisis de las reales motivaciones que tenemos para no "meternos de cuerpo entero" en el seguimiento de Jesús. Por ejemplo, cuando la Iglesia nos llama a comprometernos en la misión evangelizadora, ¿qué razones nos damos para quedarnos distantes e inactivos?, ¿y qué valor tienen esas razones? Tratemos de adivinar con qué parábola reduciría Jesús a nada nuestras objeciones y dificultades paralizantes. Creo que sería un buen ejercicio, sobre todo si no lo hacemos solos, sino, por ejemplo, en familia.

## DOMINGO 15 - C

Dt 30,10-14; Col 1,15-20; Lc 10,25-37

El domingo pasado tuvimos ocasión de reflexionar sobre el acercamiento o aproximación del reinado de Dios, que constituye el polo más importante del mensaje de Jesús en cuanto buena noticia para el que lo escucha.

Hoy día ya la 1ª Lectura nos habla sobre otra "cercanía" presentada como un privilegio del pueblo de Dios: la cercanía de la voluntad normativa de Dios. No es fácil decir con precisión qué tenía presente el Deuteronomio al hablar de esta manera. Pero el Evangelio nos deja ante la forma revolucionaria con que Jesús percibe esa cercanía. La podemos llamar con propiedad "*aproximación*" de la Voluntad de Dios, porque consiste en decir que esa Voluntad se pone cerca de nosotros en el "prójimo": en el hermano que - por cualquier causa o razón - está cerca de nosotros con su necesidad. En ninguna palabra de Jesús se hace más claro que en la parábola del Buen Samaritano ese vuelco espectacular que él introdujo en la percepción de la Voluntad de Dios. Ese vuelco lo expresó el teólogo luterano R. Bultmann con una fuerza incomparable cuando dijo que, para Jesús, "la sacrosanta Voluntad de Dios se nos echa al cuello, no ya desde las páginas de un código o de un libro, sino desde la dolorosa realidad del hermano que está cerca de nosotros.

A lo que nos obliga la parábola es a identificarnos con el hombre malherido de la narración, y a ponernos en su lugar cuando él ve que por el camino junto al cual lo han dejado tirado, viene alguien que podría ayudarlo y que podría ser quizás el único o el último que pudiera hacerlo. ¡Con qué ojos lo veríamos! ¡Con qué ansiedad lo sentiríamos acercarse! ¡Qué esperanza no se encendería en nosotros! ¡Y con cuánta frustración lo veríamos pasar de largo y alejarse sin vuelta de nosotros! Sólo el que es capaz de sentir con las entrañas del otro, actúa como prójimo con él. Y es esto - nos dice Jesús - lo que nos debe preocupar, y no la pregunta teórica del maestro de la Ley "¿Quién es mi prójimo?".

Sin duda nos puede ayudar a saltar sobre la barrera o el muro en que tiende a encerrarnos nuestro egoísmo condenándonos a no ver más que desde nuestro punto de vista, el tener presente que Jesús ha querido identificarse para siempre con la porción sufriente y menospreciada de la humanidad. "Cuando lo hicisteis o dejasteis de hacerlo con estos pequeños que son mis hermanos, conmigo lo hicisteis o lo dejasteis de hacer" (Mt 25).

Es evidente que aquí también, como en las demás exigencias de Jesús, no estamos ante "recetas" que haya que cumplir al pie de la letra, y que hay que apelar a todo un discernimiento para actuar como Jesús nos lo pide. Pero ¡ay de nosotros, si ello nos mete en una casuística leguleya que nos haga olvidar que la Voluntad de Dios anda por nuestras calles echándose al cuello!

## DOMINGO 16 - C

Gen 18,1-10ª; Col 1,24-28; Lc 10,36-42

La hospitalidad es un hecho sin el cual es impensable la vida humana en sociedad, y en ella se despliegan gestos y actitudes humanas de gran valor, como la apertura, la disponibilidad, la generosidad, el espíritu de servicio, la preocupación por el otro, la gratuidad. Ella constituye el signo y el factor más importante de la amistad y de la comunión de los espíritus.

Por lo mismo que la hospitalidad tiene una importancia tan grande en el ámbito de la existencia humana, ha sido también - en su realidad y en su concepto - un lugar obligado en la relación entre Dios y los hombres. Por una parte Dios nos invita a sentarnos a su mesa en el banquete del reino (del que tenemos una anticipación en la Eucaristía). Por otra parte, él ha querido

hacerse el invitado y pedirnos que lo recibamos como nuestro huésped. Y esta segunda dimensión la que constituye el tema central de la liturgia de hoy.

La 1ª Lectura nos presenta a Dios llegando de incógnito donde Abraham, quien, no viendo en él más que un forastero con dos acompañantes, lo acoge con rústica magnificencia y exquisita cortesía. Pero el centro de interés de este relato tan gráfico, es que el Dios recibido de incógnito le hace a su anfitrión el regalo más maravilloso: el próximo nacimiento de un hijo, del hijo de la promesa, a través del cual iba a llegar la bendición de Dios a todos los pueblos de la tierra.

Y a Jesús nos lo presentan a menudo los evangelios sentado a la mesa de diversas personas que lo invitaban y recibían (no siempre con la cortesía correspondiente: Lc 7,36-46). Incluso nos dicen que alguna vez se hizo derechamente el invitado: "Zaqueo, baja de prisa, pues hoy tengo que quedarme en tu casa" (Lc 19, 1-10).

Es dentro de este contexto donde se sitúa el Evangelio de hoy. Es claro que este episodio se propone responder a la pregunta: ¿Cómo hay que acoger como huésped a Jesús el Señor?

La primera idea que viene a la mente es que, si es "el Señor", hay que "servirlo" tratando de "hacer cosas" para darle: es la idea de Marta, quien como Abraham, se afana en preparar una cena abundante y bien servida.

Pero hay otra manera de ver las cosas, y es la que tiene María, la hermana de Marta: Si es "*el Señor*", lo primero es reconocer su señorío que el ejerce fundamentalmente mediante su "*Palabra*". Sentarse a los pies del Señor a escuchar su Palabra es la descripción gráfica de la actitud de darle tiempo y prioridad a la escucha inteligente de ella, de valorar el "escuchar" y el (tratar de) "entender" lo que él quiere decirnos (logos, no foné).

Sin duda alguna, Jesús quiere que "hagamos cosas" por él (ciertamente más que las que hacemos). Pero ante todo él quiere que nuestra vida se desenvuelva a la escucha de su Palabra. Lo que llamamos vida de oración o vida interior tiene que ser en primer lugar una escucha silenciosa de la voz del Señor.

Jesús nos sigue diciendo como a Zaqueo: "hoy tengo que quedarme en tu casa". Si se hace presente en el forastero (1ª Lectura, o Mt 25), ¿lo vamos a reconocer? ¿Cómo lo recibiremos, como Marta o como María?

## **DOMINGO 17 - C**

Gen 18,20-32; Col 2,12-14; Lc 11,1-13

Tan importante para nuestra fe cristiana como la afirmación de la filiación divina y la divinidad de Jesús, es reconocer plenamente su humanidad que lo hace participante de nuestra condición humana, sujeta al hambre, al cansancio, al miedo, a la ignorancia, al sufrimiento y a la muerte. Uno de los rasgos que nos revelan esa plena humanidad de Jesús es su oración.

Los evangelios señalan de paso a Jesús, como todo judío piadoso, participando en el culto de la sinagoga, recitando los salmos previstos para la celebración de la Pascua o pronunciando la fórmula de bendición antes de tomar los alimentos. Y tenemos que suponer que de igual modo recitaba diariamente las oraciones tradicionales: el Shemá, las Shemoná esreh y el Qaddish.

Pero lo que particularmente señalan los evangelios es que Jesús había orado por libre iniciativa y que pasaba con cierta frecuencia largas horas - o la noche completa - orando a solas. Parece seguro que esta plegaria de Jesús tenía que ver con su "misión", es decir, con su propia existencia en cuanto definida por la tarea - inevitablemente conflictiva - de darle presencia al reinado de Dios en la ambigua coyuntura histórica que fue la suya.

La más antigua tradición evangélica nos cuenta del contenido de la oración de Jesús en dos oportunidades: en una de ellas nos encontramos con una exclamación gozosa en la que Jesús expresa

su adhesión a la decisión de Dios de revelarles sus secretos a los pequeños (Lc 10,21); en la otra se nos presenta a Jesús sufriendo una larga agonía antes de llegar a abrazar esa voluntad de Dios que lo llevaba a su pasión y a su muerte (Mc 14,36-39).

En ambas Jesús llama a Dios "Abbá", y en ambas lo capital está en la aceptación de lo que Dios ha decidido o va a decidir. Es fácil ver que hay cierta tensión entre la familiaridad vinculada con "Abbá" y la voluntad normativa de Dios envuelta en un velo misterioso.

Me pareció importante evocar la oración personal de Jesús para que su enseñanza sobre nuestra oración quede en su contexto adecuado.

Creo que lo más decisivo es comprender que esa enseñanza forma parte de la "buena nueva" proclamada por Jesús, y que está basada, como ésta, sobre el carácter de Dios como Padre (Abbá): Dios es tan Padre que se preocupa de nosotros y está pronto a escucharnos; tan Padre que le gusta que confiemos en él hasta el punto de exponerle nuestros anhelos y deseos, aunque él ya los sabe de antemano.

Esto quiere decir que, para Jesús, nuestra oración no es una nueva "carga" que se nos impone, sino un nuevo horizonte que se nos abre. El énfasis de Jesús cuando nos dice "Orad", "Pedid", no recae en que "debemos" hacerlo, sino en que "*podemos*" hacerlo con la certeza de que nuestra plegaria llega hasta un Dios que espera que nos relacionemos con él incluso en la forma de "petición" confiada. Orar es un privilegio que surge de nuestro carácter de "hijos de Dios"

## DOMINGO 17 - C

Gen 18,20-32; Col 2,12-14; Lc 11,1-13

El Evangelio del Domingo pasado subrayaba que la actitud cristiana básica consiste en "sentarse a los pies de Jesús a escuchar su palabra". En el de hoy se nos enfatiza que ese *oír* tiene que prolongarse en un diálogo. Nosotros también tenemos que *hablar* y - en concreto - *pedir*.

Antes de abordar la oración que Jesús formula para sus discípulos, es importante destacar que la enseñanza de Jesús sobre la oración es parte de su Buena Nueva.

En el fondo esa enseñanza forma parte de su revelación sobre Dios como "Padre". Jesús nos dice que Dios es tan "Padre", que se preocupa de nosotros y está dispuesto a escucharnos y a tomar en cuenta las necesidades que le expresemos: tan "Padre", que le gusta ver que confiamos en él hasta el extremo de exponerle nuestros deseos y anhelos, aunque él los conozca de antemano.

Esto significa que para Jesús, la oración no es una carga más, o una imposición, sino un nuevo horizonte que se nos ofrece. El énfasis de Jesús no recae en que "debemos orar", sino en que "podemos orar" con la seguridad de que nuestra oración será escuchada y llegará al oído y al corazón de nuestro Padre. Orar es un privilegio que surge de nuestro carácter de "hijos de Dios".

Orar no es entonces una "obra buena" para obtener o ganar méritos. Es la expresión gratuita de la conciencia agradecida que tenemos del amor desinteresado e inmerecido con que Dios nos ama como Padre.

La oración verdadera no es la que se busca como un bien en sí. La oración verdadera es lo que resulta de buscar a Dios y de tener una relación filial con él. En este sentido decían los Padres del desierto que el monje no ora de veras sino cuando no es consciente de estar orando.

En una palabra, en la oración se manifiesta la percepción que tenemos de Dios.

Ahora podemos pasar a subrayar brevemente algunos puntos importantes para la adecuada comprensión del "padrenuestro".

Ante todo vale la pena señalar que esta oración enseñada por Jesús se encuentra en los evangelios de Mateo y Lucas con algunas diferencias. La más visible de ellas es que en Mateo tenemos un texto más largo que el Lucas (la "calificación" del vocativo "Padre" - en arameo "Abbá";

y las peticiones 3ª y 7ª). Hay consenso de que en estos tres puntos el evangelio mateano ha hecho añadidos para facilitar el uso comunitario de la "oración del Señor". Además hay algunas pequeñas diferencias de redacción, en las que todos los expertos reconocen la fraseología de Mateo como más antigua que la de Lucas.

Lo que se le pide al "Abbá" es, ante todo que se manifieste como trascendente ("Santo") y como preocupado del bien de su pueblo ("Rey"): y, en seguida, que nuestra vida no se degrade por el hambre y por el pecado.

En el padrenuestro hay subyacente una percepción de Dios tan rica, que sólo puede expresarse mediante contrastes que buscan eliminar la posibilidad de "simplificar" parcialmente a Dios: Dios es al mismo tiempo el Dios "celoso" de ser reconocido en su trascendencia y el Dios al cual le importan nuestras realidades humanas concretas (pan, perdón, pruebas); Dios es al mismo tiempo "Papá" y "Rey", como también "Rey nuestro" y "Santo" (es decir, dotado de trascendencia absoluta)...

Creo que es una maravilla que un texto tan breve se nos vaya revelando día a día con mayor riqueza y profundidad y por ello es importante que no se nos haga rutinario. Ciertamente, más vale un "padrenuestro" bien saboreado que diez "padrenuestritos" rutinizados.

## DOMINGO 18 - C

Ecle 1,1-2; Col 1 1-11; Lc 12,13-21

Nada hay que tanto rehuíamos los hombres como pensar en nuestra contingencia y fragilidad congénita, que se muestra sobre todo en nuestra muerte inevitable. Pascal decía que "nuestra condición es tan débil y mortal, y tan mísera, que nada nos puede consolar si pensamos en ella de cerca". Y añadía que "el único bien de los hombres consiste, pues, en *divertirse* (salirse del camino, distraerse) de pensar en su condición" especialmente "por medio de lo que se llama *diversiones*". Pero, más en general, señalaba que "jamás buscamos las cosas, sino la *búsqueda* de las cosas", poniendo el famoso ejemplo del cazador, al que no le interesa la liebre (que podría fácilmente comprar en el mercado), sino la caza, porque - dice - "no es la liebre lo que lo libra de pensar en su condición humana, pero sí la caza de la liebre".

Las penetrantes páginas de Pascal nos dejan ante un fenómeno muy humano que no se puede calificar de "necio" o "estúpido". Este es, en cambio, el calificativo que le merece a Jesús la actitud del rico que cree *encontrar* en la riqueza *la seguridad* que su condición humana le negaba. Y es que lo propio de la riqueza es que no sólo induce a no pensar en nuestra condición contingente y mortal, sino que invita a ver en la situación que ella otorga una verdadera seguridad: y esto es necesidad: es decir, no comprender la realidad como es, y pensar la propia vida en función de algo que no es real. Los filósofos existencialistas como Heidegger, tenían toda la razón en decir que el hombre vive una existencia alienada, no auténtica, mientras no asume conscientemente su realidad mortal, su "ser para la muerte". Era en el fondo, el "memento mori" de la ascética cristiana. Sólo si pensamos nuestra vida a partir de su fragilidad, contingencia y mortalidad, estaremos actuando cuerdamente.

Ese "necio" del Evangelio de hoy nos urge a vivir a la luz de una comprensión más objetiva de las cosas, y de manera más específica, de una comprensión de lo que es la riqueza (comprensión ésta, que la riqueza tiende a obstaculizar). El Evangelio nos dice al respecto cosas esenciales.

Lo primero, es que los bienes de la tierra son realmente un bien, y que tenerlos no es injusto: lo que es un mal es la pobreza, carecer de los bienes necesarios. Pero la riqueza, cuando es acumulación considerable y abundante de bienes, según el Evangelio es "peligrosa" por cuanto envuelve un doble peligro: el primero ya lo hemos expuesto y es hacernos olvidar nuestra radical dependencia de Dios, presentándose como una "fuente de seguridad" y por lo mismo como un

pseudo Dios. Por eso el Evangelio nos dice que "el rival" de Dios es la riqueza (Mt 6,24), y por eso nos habla del "engaño de la riqueza" (Mt 13,22).

Lo segundo, es que la riqueza nos hace fácilmente ciegos para no ver la dosis de injusticia que a menudo ella conlleva. Porque debería ser evidente que hay ciertos niveles de acumulación de bienes que constituyen una desigualdad objetivamente injusta. E, igualmente, que es un escándalo que clama al cielo un derroche ostentoso y provocativo desplegado a la vista de gente que carece de las cosas más elementales.

¡Qué terrible será verse tratado por Dios de "necio": no "explotador", sino simplemente "necio"!

## **DOMINGO 19 - C**

Sab 18,6-9; Heb 11,1-2.8-19; Lc 12,23-48

Parece ser una capacidad propia del hombre la de concebir el futuro y de proyectarse en ese futuro. Y esto es tan decisivo en la existencia humana, que los hombres construimos nuestro presente, tomando, sí, en cuenta el pasado, pero teniendo como criterio los efectos futuros que podemos prever. Y este futuro todos lo concebimos como la posibilidad de una vida diferente y mejor. De aquí nuestra repugnancia a que se nos defina y catalogue por lo que hasta ahora hemos sido o hecho (lo que no impide que nosotros nos sintamos autorizados para descalificar a otros por lo que han sido o hecho).

Con base en esta estructura esencial de la existencia humana, Dios nos habla de un futuro, no ya histórico-temporal, sino trascendente, en el que nuestra vida puede encontrar su plenitud, porque es el futuro que él se ha reservado para el cumplimiento de su designio salvador y de todas sus promesas.

Esto es lo que funda esa actitud característica de la reflexión bíblica (tanto judía como cristiana): la esperanza. Con la fe acogemos con gratitud todo lo que Dios ya ha hecho por nosotros. Con la esperanza nos abrimos a lo que Dios nos tiene preparado por su amor, que es su entrega total a nosotros en una intimidad que supera toda imaginación. Por eso, tanto la fe como la esperanza no son auténticas si no están empapadas de un amor a Dios, amor agradecido de sentirnos tan amados por él.

La esperanza, pues, nos proyecta hacia el futuro que Dios nos tiene preparado. No hay esperanza cristiana genuina que no tenga una dimensión de deseo, de nostalgia, de sentirnos - como dice la 2ª Lectura - "peregrinos en tierra extranjera".

Pero esta "proyección hacia el futuro de Dios" tiene una incidencia decisiva para nuestra visión del presente y de lo que en él tenemos. Es obvio que la esperanza nos hace reconocer que los bienes presentes no son nuestro destino y que "nos quedan chicos". Pero esto no quita que ellos tengan relación con los bienes del futuro de Dios, y por el uso que de ellos hagamos aquí seremos juzgados por Dios y admitidos o rechazados al reino.

Es claro que los bienes presentes nos apartan de Reino de Dios si - en la práctica - los absolutizamos y ponemos en ellos el valor y sentido de nuestra vida. Pero también pueden llevarnos al Reino si nos adaptamos a lo que realmente son. Si los sabemos usar con gratitud y responsabilidad, pueden mejorar la calidad humana de la vida y liberarnos de angustias esclavizantes, y sobre todo darnos la posibilidad de cultivar nuestro espíritu y nuestro corazón. Pero de manera especial se convierten en medios positivos para el reino cuando los ponemos al servicio del bien común y cuando a través de ellos expresamos nuestra voluntad de comunión con nuestros hermanos más desposeídos, procurando que nuestros bienes alcancen esa destinación universal que tienen por su misma esencia.

## **DOMINGO 20 - C**

Jer 38,4-6.8-10; Heb 12,1-4; Lc 12,49-53

Creo que lo más importante de comprender bien en el Evangelio de hoy es por qué y cómo Jesús trae "división". Y parece obvio que la respuesta debe buscarse en cierta dimensión conflictiva de su misión. Pero esto, a primera vista, parece difícil de captar, dado que los rasgos más notorios de su mensaje son el amor, el perdón, la fraternidad, la reconciliación.

Sería bueno poner como telón de fondo a nuestras reflexiones la consideración de que la conflictividad es un factor inextirpable de la existencia humana. Es inevitable, en primer lugar que haya discrepancias entre nosotros sobre la interpretación de la realidad, pero las mayores diferencias surgen en torno a lo que hay que hacer con la realidad. Es aquí donde las diversas opiniones se cargan muchas veces de motivaciones oscuras que hacen apasionados nuestros distintos puntos de vista. Me refiero fundamentalmente a intereses personales o de clase, a rutinas, prejuicios o solidaridad con ciertos grupos etc.

A esta luz podemos analizar las palabras de Jesús. El, por cierto, nos trajo una nueva manera de ver la realidad: nos la mostró penetrada y transida por la presencia amorosa de un Dios que, no obstante su absoluta trascendencia, soberanamente libre e "inmanejable" es ante todo un Padre cercano, acogedor y perdonador. Pero justamente en virtud de esta visión de la realidad, Jesús propuso lo que podríamos llamar un "proyecto de transformación de la vida humana desde sus raíces". Jesús describe este proyecto como la "anticipación del reinado de Dios". Para él, reconocer a este Dios "Abbá" como norma soberana de la existencia humana tiene que concretarse en una convivencia fraterna donde no haya discriminaciones ni exclusiones, donde se respeten los derechos de los otros, donde se perdone como Dios nos ha perdonado.

Este proyecto de Jesús resultaba y resulta conflictivo en un mundo marcado por enormes diferencias, donde hay marginaciones y privilegios, donde hay mecanismos sistemáticos de exclusión que le dan vigencia al viejo dicho latino: "Paucis vivit humanum genus" ("para unos pocos vive el género humano").

Frente a este proyecto de transformación personal y social propuesto por Jesús, él exigía una decisión personal, no colectiva. Y esa decisión a menudo rompe las fronteras sociales incluida la más cercana como es la familia.

Jesús nunca ocultó a sus seguidores que la opción por él y por el reinado de Dios podía traer como consecuencia compartir su propia suerte, es decir, sufrir la incomprensión, la descalificación, el rechazo, la condenación. También insistió en que el seguimiento y adhesión a su persona y a su causa no podía ser condicionada o limitada. Aceptar el Absoluto con límites o condiciones es no aceptarlo. Cuando está en juego el Evangelio, no puede haber ambigüedad, hay que ser de una línea. La opción por él tiene que ser absoluta y total. El Evangelio y la 2ª Lectura de hoy nos llaman a revisar la calidad de nuestro seguimiento.

## **DOMINGO 21 - C**

Is 66,18-21; Heb 12,5-7.11-13; Lc 13,22-30

El evangelio de hoy gira en torno al tema de la "salvación". Consistente obviamente en participar en la plenitud festiva y gozosa del reino de Dios, presentada mediante la imagen tradicional del "banquete" que les brinda a los "comensales" la posibilidad de disfrutar de la amistad y generosidad de Dios.

Ante todo hay que subrayar la negativa de Jesús a abordar el tema desde el punto de vista del "número" de los salvados, porque este enfoque, si no obedece a una mera curiosidad intelectual que

desnaturaliza la índole "existencial" de la cuestión, puede deberse al afán de disminuir el riesgo de la decisión por medio del "cálculo de posibilidades".

La preocupación fundamental de Jesús es la de hacer tomar conciencia de las exigencias inherentes a la opción por el Reino de Dios: opción urgente, porque la puerta de entrada en un momento se va a cerrar inexorablemente, y no sabemos cuándo, por lo que no se puede exponer uno a la posibilidad de llegar "demasiado tarde". Y la opción también "no obvia" en la que cabe equivocarse optando por la "puerta ancha" y dejando de lado la "puerta angosta", que es la que lleva a la sala del banquete. Esta puerta angosta es la de la fe en Jesús que nos hace abrazar su misión, su estilo y su destino: por eso es que en Juan dice Jesús: "Yo soy la puerta; el que entre por mí será salvo" (Jn 10,9).

Esta puerta es angosta, por cuanto supone una abdicación radical, al cuestionar cualquier forma de seguridad existencial mundana o basada en una relación sólo externa y superficial con Jesús (pertenencia a un pueblo, cercanía puramente material), y, sobre todo, al llevarnos a aceptar como única fuente de seguridad la libre Gracia de Dios encarnada en Jesús.

Por eso Jesús pone en guardia a sus oyentes frente a toda falsa seguridad, señalando que quienes más seguros se sienten tendrán la sorpresa de verse repudiados y de ver admitidos a gente que ellos habían mirado con desprecio. Es, ésta una enseñanza muy repetida por Jesús: por ejemplo, cuando les dice a los fariseos: "Os aseguro que los publicanos y las meretrices os aventajan en llegar al Reino de los Cielos" (Mt 21,31), o cuando propone la conocida parábola del fariseo y el publicano (Lc 18,10-14).

Creo que tenemos que tener cuidado de no convertir el cristianismo en una "puerta ancha", ensanchada a nuestra medida. Tenemos necesidad de un discernimiento muy lúcido - iluminado por el Evangelio - para distinguir, en la praxis cristiana comúnmente considerada como normativa, qué es de origen puramente natural y qué surge de la entraña misma del Evangelio. Sin esta lucidez evangélica podemos entramparnos en un conservadurismo rutinario y estéril o lanzarnos a un "aggiornamiento" sin brújula y frívolo, olvidando que la puerta siempre tendrá que ser "angosta" para nosotros. Esta "angostura" no se debe situar al nivel de las "prácticas" sino al nivel de las exigencias de esa "fe que se despliega en el amor" (Gal 5,6).

## **DOMINGO 21 - C**

Is 66,18-21; Heb 12,5-7.11-13; Lc 13,22-30

Me parece importante no abordar el tema de la "puerta angosta" sin subrayar primero cómo ve Jesús la salvación, que es (por así decirlo) el "recinto" al que Jesús nos dice que hemos de entrar a través de esa puerta angosta. Según el texto del Evangelio recién leído, la salvación consiste en participar en el "Banquete" del reino de Dios. Se trata, por cierto de una imagen, y no de una descripción realista que hubiera que tomar al pie de la letra. Pero es indudable que hay dos ideas que con esa imagen se expresan: la de la alegría festiva, y la del gozo compartido. Es bueno recalcar estas ideas, que no calzan con una concepción individualista de la salvación, muy común entre los cristianos, según la cual "salvarse" sería como obtener un palco personal para contemplar un espectáculo. Para Jesús, "ver a Dios" es entrar en relación con él, y no cada uno con él por separado, sino todos juntos los hijos de Dios venidos de todos los puntos del horizonte. La actitud de fe - como lo vimos el Domingo pasado - es intransferiblemente personal y no grupal; pero esa fe genera una comunión muy intensa entre quienes la comparten, y la celebración del Amor salvador de Dios no puede darse como corresponde, si no es como un gigantesco coro festivo, y será parte importante de mi gozo el compartir el gozo de todos los salvados, Y creo que algo de ese gozo festivo debería manifestarse en esta anticipación del Banquete del Reino que es la celebración de la Eucaristía.

Ahora bien, a la salvación, Jesús nos llama a "entrar por la puerta angosta"; es decir, a tomar una opción no obvia, pues se supone que hay una puerta ancha más invitante. ¿En qué consiste, pues, esa "opción no obvia"?

En el texto leído, ella aparece sobre todo contrapuesta a dos actitudes rechazadas por Jesús: a) la de basarse en "cálculos de probabilidades", que es la del que pregunta por el número de los que se salvarán, no movido, sin duda, por una curiosidad del intelecto, sino por el afán de llegar a una "estimación de riesgo"; y b) la de basarse en hechos ajenos a una opción personal, que es la de los que cuentan con ser hijos de Abraham (=miembros del pueblo elegido). La de los que hacen valer el haber estado "físicamente" cerca de Jesús, la de los que ahora son primeros.

Aunque el texto no lo diga expresamente, no cabe duda de que la "opción no obvia" que Jesús plantea como necesaria y urgente es la de la fe en Jesús: de esa fe que nos lleva a hacer nuestra su misión, su estilo y su destino. Jesús "es la puerta" como lo dice expresamente en el evangelio de Juan (Jn 10,9). La opción por Jesús no era obvia para los judíos, porque su figura no correspondía a sus expectativas de una salvación político-militar triunfalista y espectacular. Y la opción por Jesús sigue no siendo obvia para nosotros, porque nos exige entrar por un camino que incluye renunciadas y rupturas respecto de actuaciones y criterios con plena vigencia en nuestro propio mundo y ambiente.

Creo que todos estamos expuestos a convertir nuestro cristianismo en una "puerta ancha", por donde podamos pasar sin desprendernos de nuestros egoísmos, ambiciones y codicias, Para no incurrir en este auto-engaño, necesitamos exponernos a la mirada de Jesús con transparencia y disponibilidad, reafirmando el carácter incondicionable de nuestra adhesión a su persona y a su estilo.

## DOMINGO 22 - C

Sir 3,17-19; Heb 12,18-24<sup>a</sup>; Lc 14,1.7-14

La fiesta es una dimensión inextirpable de la existencia humana. Una vida sin fiestas no es una vida humana. Lo propio de la fiesta está en que ella busca crear un espacio de gozo compartido carente de ulterior utilidad. Es decir, la fiesta introduce espacios de gratuidad en nuestra vida tan llena de actividad regida por la eficiencia productiva. Y en la índole de nuestras fiestas se revela cuál es nuestra visión de lo que le da su plenitud a nuestras vidas, incluso puede decirse que una fiesta es como un retrato de quien la da, con sus cualidades y defectos. Pero lo que en ninguna fiesta puede faltar, como factor indispensable para el gozo compartido, es la comida y la bebida, y así "fiesta" equivale a "banquete".

Uno de los rasgos de la plena "humanidad de Jesús es su normal participación en banquetes festivos, como lo muestran los evangelios, comenzando por su presencia en las bodas de Caná (Jn 2) donde contribuyó al gozo compartido proporcionando vino de gran calidad y en gran cantidad; y el mismo Jesús nos dice que la gente comparándolo con Juan Bautista, lo consideraba como "de buen apetito y bebedor de vino" (Mt 11,19), y que lo descalificaban por participar en banquetes con publicanos y pecadores (Lc 5,30).

Ya vimos el Domingo pasado que el describía la plenitud del reino de Dios como un gran banquete en que todos los hombres tendrán acceso a la mesa de Dios. Hoy día podemos percibir que cada banquete a Jesús le evocaba ese gran banquete del Reino, y que, por lo mismo, quería que en toda fiesta humana se desplegara sin trabas ni limitaciones la gratuidad, ya que, para él, lo más propio del Reino es que en él se hará patente la soberanamente libre Gracia de Dios, que supera las categorías de "mérito" y de "retribución".

Para Jesús es realmente un "pecado" que los hombres cuando seamos invitados s cuando invitamos a una fiesta echemos a perder esa invitación quitándole esa dimensión de gratuidad que es su esencia, y que le da el carácter de "sacramento" del Reino futuro.

En el Evangelio de hoy encontramos unas palabras dirigidas a los invitados a una fiesta, y otras dirigidas a quienes invitan. El evangelista subraya que se trata de una "parábola", y su alcance real es por lo tanto diferente del de la materialidad de su formulación, y haríamos mal en tomarla al pie de la letra. Pero es demasiado claro que Jesús quiere denunciar actitudes absolutamente opuestas a la "gratuidad" que debe tener una fiesta en quienes creen en el reino de Dios como regalo inmerecido que él nos ofrece. En los invitados que se precipitan a los puestos de honor, él ve exteriorizada una exacerbada conciencia de la propia importancia, de los "méritos" que lo hacen a uno sentirse acreedor de todas las atenciones y superior a los demás. En los invitantes, denuncia Jesús el peligro de introducir en la celebración de una fiesta actitudes tan contrarias a la gratuidad como el cálculo interesado y la exclusión deliberada y despectiva de categorías de personas vistas como indignas o inferiores.

Sin tomar las palabras de Jesús como "recetas" o artículos de un código, tenemos que dejarnos cuestionar por ellas y preguntarnos si nuestra fe en la Gracia y nuestra valoración de la gratuidad se proyectan con suficiente realismo en lo concreto de nuestra vida social, y también en nuestras fiestas.

### **DOMINGO 23 - C**

Sab 9,13-18; Flm 9b-10.12-17; Lc 14,25-33

El tema del Evangelio de hoy - el de la adhesión radical e incondicionada exigida por Cristo - lo hemos encontrado ya varias veces en estos últimos domingos, porque es uno de los temas dominantes del Evangelio de Lucas, que leemos durante todo este ciclo litúrgico (el "C"). Por eso vamos a detenernos en las otras dos lecturas.

Pero antes quisiera subrayar brevemente dos cosas de la frase final del Evangelio: en primer lugar, que "tener" significa "tener para sí", por lo que la renuncia a "tener algo" significa renunciar a tenerlo para sí (tal como la renuncia a sí mismo no se realiza en el suicidio, sino en el vivir para los demás); y segundo, que la lógica del Evangelio lleva a preguntarse, no "¿Cuánto me falta?" (como el constructor o el rey de la comparación), sino más bien "¿Cuánto me sobra?".

De la primera lectura quisiera destacar la conciencia que debemos tener del límite consubstancial a todo conocimiento nuestro de Dios. Si en las cosas humanas cada descubrimiento científico va dilatando el ámbito de lo que no conocemos, ¿cómo imaginarnos que de las cosas de Dios podemos juzgar con todo aplomo como si se tratara de un ámbito "dominado" por nuestra inteligencia? El texto del libro de la Sabiduría enfatiza que "conocer a Dios" no consiste en descubrir la "naturaleza" de Dios, como si éste fuera una "cosa" o un "objeto". Como Dios es "personal", conocerlo es "conocer sus planes" o "lo que él quiere"; es decir, entrar en el ámbito de su libertad. Y si la libertad de todo ser humano hace de él para nosotros un "misterio" al que sólo tenemos acceso por la "confidencia" que el quiera hacernos, con mayor razón "conocer a Dios" nunca puede ser el fruto de una "hazaña intelectual" de una "conquista" de nuestra mente, sino que tiene que ser producto de una dignación de Dios. Y el mayor obstáculo para el verdadero conocimiento de Dios es la convicción de que nuestra razón puede explorarlo como un objeto más ofrecido a nuestra curiosidad intelectual, y de que - por lo tanto - la medida del acceso a él está conmensurada con la medida de nuestra inteligencia y de nuestra habilidad dialéctica (cf. Mt 11, 25 y sig.).

De la segunda lectura retengamos dos ideas:

- a) La tendencia de Pablo a hacer prevalecer el peso de la amistad y de las razones sobre el peso de la autoridad formal: tendencia en la cual se manifiesta claramente que la Iglesia es una "comunidad fraternal" antes que una institución estructurada y jerarquizada.

- b) La actitud de Pablo frente a una relación "amo-esclavo". S. Pablo sabía - y lo había dicho en la 1ª Corintios (3,22-23; 7,23) - que la esclavitud era una institución indigna de un hombre liberado por Cristo, pero tenía una conciencia realista de que su eliminación no dependía de él ni de la Iglesia naciente; sin embargo, él muestra que es posible transformar las relaciones interpersonales dentro de cualquier realidad humana, sin tener primero que cambiarla. La relación de amor puede darse dentro de cualquier régimen social o económico, que acabará por transformarse por la fuerza de ese fermento de amor puesto por los cristianos.

## DOMINGO 23 - C

Sab 9,13-18; Flm 9b-10.12-17; Lc 14,25-33

El Evangelio de hoy nos dice claramente que para ser discípulo de Jesús hay que *amarlo* a él más que a las personas más queridas y más que a sí mismo, *seguirlo* cargando la propia cruz, y *dejar por él todo* lo que uno tiene. Esto equivale a decir que ser discípulo de Jesús es reconocer que sólo en él está la razón de ser, el sentido último, el centro de gravedad de la propia vida; en una palabra, que él es el Absoluto encarnado, con el que no cabe relacionarse de manera parcial o condicionada. Y Jesús nos dice que cuando se trata del Absoluto, el cálculo de la relación "costo-beneficio" juega de un modo radicalmente distinto del que se impone en nuestros demás negocios o asuntos. Frente a la opción por el Absoluto lo único posible es relativizarlo todo, no darle a nadie ni a nada el carácter o valor incondicional e irrenunciable. Todos conocemos la célebre pregunta de Jesús: "¿Qué saca el hombre con ganar el mundo entero si pierde su vida (verdadera)?" Hoy nos dice que, a diferencia del hombre que construye o del rey que emprende una guerra, no tenemos que preguntarnos "cuánto tenemos", sino más bien "cuánto no hemos relativizado o desabsolutizado".

Es muy importante comprender bien que nuestra relación con Jesús como Absoluto se sitúa en otro nivel que el de nuestras relaciones con los seres humanos o con las cosas creadas. Nuestro amor a Jesús no excluye otros afectos ni otros intereses, con la condición de no darles carácter incondicional. Al contrario, los alienta y los enriquece.

El amar incondicionalmente a Jesús nos capacita para amar a los hombres con mayor gratitud o "desinterés" y con mayor amplitud. Amar a Jesús no puede dejar de hacernos amar como Jesús y a quienes Jesús ama, y por lo mismo tiende a eliminar esa dosis de egoísmo que nos lleva a privilegiar a quienes, al amarlos, nos gratifican mayormente. En la 2ª Lectura tenemos un ejemplo de cómo la adhesión a Cristo crea un clima de afectividad que transfigura las relaciones humanas sin "deshumanizarlas" en lo más mínimo, es más, les da una evidente mayor intensidad y profundidad, teniendo presente que los que están en juego son Pablo preso, su amigo Filemón, y Onésimo, un esclavo fugitivo de éste.

El amor a Cristo como único Absoluto transforma también nuestra relación con las "cosas" o "bienes". No nos hace "despreciarlos"; yo diría que, por el contrario, nos hace reconocerles todo su valor, e incluso su necesidad para la vida humana, y por lo mismo para todos los hombres y no sólo para algunos. En concreto, el amor a Cristo no nos lleva necesariamente a desprendernos de ellos, pero sí en todo caso a usarlos con la conciencia de que los demás tienen el derecho a beneficiarse de ellos. En otras palabras, nos hace verlos no sólo como nuestros, sino también de los demás, conscientes de la "hipoteca social" que pesa sobre ellos. En la frase del Evangelio de hoy el verbo "tener" significa "tener sólo para sí mismo". Así como "renunciar a nosotros mismos (o a nuestra vida), no mediante el suicidio, sino poniendo nuestra vida al servicio de los demás, así también "dejamos lo que tenemos" dejando de tenerlo solamente para nosotros y procurando que sirva a otros. Tiene que primar más en nosotros el "derecho a la propiedad" (inherente a todo hombre) que

el "derecho de propiedad" que tenemos sobre nuestros bienes. S. Ambrosio definió lo que es la "justicia" desde el punto de vista cristiano: "Usar lo propio como común, y lo común como propio".

## DOMINGO 24 - C

Ex 32,7-11.13-14; 1 Tim 1,12-17; Lc 15,1-32

Las tres parábolas del Evangelio de hoy suelen llamarse "las parábolas de la misericordia". En realidad se trata de algo más rico y profundo. Con su idéntica estructura de tres tiempos: *perder, encontrar y festejar*, nos hablan todas del amor fiel de Dios, que no se da por vencido con la pérdida de lo suyo, sino que lo busca o lo espera y, cuando lo encuentra, lo festeja alegremente.

Evidentemente, la parábola que nos ofrece una analogía más cercana a esta realidad es la tercera, porque en ella no se trata de la pérdida de una cosa valiosa como puede ser dinero o una oveja, sino de un hijo que ha querido anular o destruir la relación que lo ligaba a su padre.

El hijo se nos muestra en la parábola como consciente de una ruptura que lo dejaba sin derecho a ser acogido como hijo, sino sólo - en el mejor de los casos - como un mozo a sueldo. Pero la parábola nos muestra que, incluso contra el parecer de su otro hijo, el padre considera que su relación de paternidad con el hijo rebelde no podía destruirse con ningún comportamiento de éste. Debajo de toda indignidad acumulada por la conducta de su hijo, el padre seguía viendo presente la indeleble dignidad que le había conferido al engendrarlo, y por eso se alegra de que ella pueda emerger de nuevo limpia de todas sus escorias. El padre se da cuenta de que las motivaciones que han hecho regresar a su hijo no son las más desinteresadas; pero, justamente, toda su acogida tiende a hacer que su hijo tome conciencia de lo maravilloso que es ser hijo de tal padre. Según la parábola, pues, el amor paternal de Dios no se deja extinguir por la ingratitude humana, y hace todo lo posible porque la indeleble dignidad de hijos suyos que tienen los hombres a pesar de sus pecados, sea rescatada y vuelva a su raíz de una maravillada gratitud.

Teniendo claro el sentido y el alcance de las tres parábolas de hoy, es indispensable subrayar lo que se nos dice al comienzo del Evangelio que hemos leído: que Jesús las propuso como justificación de su propia conducta, criticada por los fariseos con la siguiente acusación: "Este recibe a los pecadores y come con ellos". En resumidas cuentas, Jesús dice que en esa su conducta escandalosa se está desplegando el amor paternal de Dios, que quiere hacerles sentir a los pecadores que Dios los sigue amando y que sigue viendo en ellos, más que sus pecados, esa dignidad que él depositó en ellos al crearlos. Más todavía: Jesús proclama que la perspectiva de una posible "conversión" de ellos significa un gozo indecible para Dios, su Padre.

A esta actitud de Dios proclamada por Jesús (y encarnada en él) podemos llamarla "misericordia". Pero es importante que tengamos presente - ya que también nosotros tenemos que practicarla - que ella se basa en el reconocimiento de una dignidad divina velada por el pecado humano y que ella se despliega como un afán de que esa dignidad reflorézca, afán que, lejos de retraernos de quienes están en esa situación, debe llevarnos a acercarnos a ellos y a mostrarles que lo que prima en Dios en su forma de mirarlos y tratarlos es su amor de Padre y no su enojo de Juez.

Y esto nos hace comprender el parentesco de esta misericordia con aquella que brota de la *indignación*: es decir, de ver cómo la dignidad del ser humano se ve también vejada y es desconocida en situaciones humanas dolorosas o injustas.

Según Jesús, llegamos a ser de veras "hijos de Dios" cuando somos "misericordiosos como es misericordioso nuestro Padre" (Lc 6,35-36)

## DOMINGO 25 - C

Amós 8,4-7; 1 Tim 2,1-8; Lc 16, 1-13

Es innecesario subrayar que la parábola de hoy no es un "relato edificante" que nos proponga un ejemplo (como es el caso, en cambio, en la parábola de "El Buen Samaritano"). Hoy estamos ante una parábola deliberadamente provocativa y desconcertante, basada en un caso de "corrupción" (bastante ingenuo comparado con las sofisticadas formas de corrupción que la economía moderna hace posibles); caso que, paradójicamente, es aplaudido por el propio patrón estafado. Aplaudido, no por el perjuicio que él sufrió, sino por la habilidad que su empleado desplegó. Y esta habilidad es la que Jesús echa de menos en los creyentes. Pero vamos por partes.

La parábola se basa, por cierto, en que se dan momentos críticos que exigen acción rápida e inteligente. Pero se basa sobre todo en que la inteligencia de la decisión depende del interés personal: nos hacemos inteligentes cuando está en juego algo que nos importa vitalmente, como lo expresa el conocido refrán: "Más discurre un hambriento que cien letrados". Cuando queremos de veras un fin, encontramos con facilidad los medios, máxime cuando el tiempo urge.

Es este hecho el que lleva a Jesús a establecer un contraste interpelante entre los "hijos de este mundo" y los "hijos de la luz". Los primeros son aquellos para los cuales la vida no tiene más objeto y horizontes que este mundo terreno y temporal; los segundos, en cambio, son aquellos que tienen ojos para ver lo que son delante de Dios, de la vida, del hombre y del mundo, y reconocen que, más allá de lo visible, hay un mundo trascendente: el del Reino de Dios. Pues bien, dice Jesús, los "hijos de este mundo" aprovechan con resolución y audacia, incluso sin escrúpulos de orden ético, lo que les puede proporcionar ventajas para sus intereses vitales (de poder, de riqueza, de prestigio); en cambio, a los "hijos de la luz" se los ve irresolutos, flojos, "dejados", para movilizar en función del Reino de Dios todos los recursos de que disponen.

En resumidas cuentas, Jesús nos obliga a preguntarnos, a partir de nuestra falta de habilidad y de audacia en promover el reinado de Dios, si realmente la meta del reino es el móvil vital de nuestra existencia, el interés supremo que nos anima. Nuestra falta de creatividad en las cosas de Dios ¿no será un signo de la no-radicalidad en nuestra aceptación del reinado de Dios?

El Evangelio - en esto reforzado por el texto de Amós (1ª Lectura) - da un paso más, y nos señala que una de las dimensiones que debería tener la inteligencia o sagacidad de los "hijos de la luz", es la de reconocer que el dinero, si bien puede convertirse en un ídolo que nos esclaviza a su servicio, puede - y debe - ser también puesto al servicio de la causa del reino cuando descubrimos que está llamado a mejorar la calidad humana de la vida de todos los hombres. ¡Qué diferente se ve un billete de 10.000 pesos cuando uno lo mira como el precio de un gusto superfluo y cuando una mujer pobre lo mira como el precio de un remedio indispensable para la salud de su hijo!

La inteligencia en el caso de la riqueza está en hacer que ella contribuya al bien común como única justificación de que se nos encuentre confiada a nosotros: ella nunca es del todo nuestra, ya que pesa sobre ella lo que el Papa Juan Pablo II llamó una "hipoteca social". La propiedad no es sólo objeto de un "derecho", sino también la raíz de un "deber" correlativo. Esta inteligencia creativa en el uso de la riqueza no sólo corresponde a las exigencias del reino de Dios, sino que contribuye, al volverse solidaridad, a "hacer patria", creando entre los habitantes de un país lazos más fuertes y más hondos que los que se crean en el mercado. Alguien ha dicho con razón: "Economía de mercado, sí; sociedad de mercado, no".

## DOMINGO 26 - C

Amós 6,1-7; 1 Tim 6,11-16; Lc 16, 19-31

Es indispensable tener presente que detrás de la parábola de hoy se encuentra un cuento popular judío: el del rabino pobre y el publicano rico, cuya suerte en el más allá fue diferente de sus respectivos funerales. Y este cuento, a su vez, se basaba en un viejísimo cuento egipcio: el del viaje de Setmé Jamois al mundo de los muertos, que terminaba con las siguientes palabras: "el que ha sido bueno en la tierra será bendecido en el reino de los muertos, y el que ha sido malo en la tierra sufrirá en el reino de los muertos". Por consiguiente, lo que quiso exponer Jesús debe buscarse en las modificaciones introducidas por él al relato folclórico.

La modificación fundamental está en que Jesús pone en relación entre sí a los dos personajes de la parábola: la riqueza opulenta de uno y la pobreza denigrante del otro adquieren su relieve chocante por su cercanía: el pobre, desde el portal, (mejor zaguán), del rico podía ver su lujo desmesurado. Este contraste se ve subrayado por dos rasgos muy significativos:

- El pobre aparece individualizado con un nombre propio (caso único en las parábolas), mientras que el rico queda en el anonimato.
- El rico anónimo, incluso en el más allá, ve en Lázaro (a quien identifica a perfectamente) sólo el "servidor" potencial, llamado a satisfacer sus órdenes y sus antojos para su propio bien o el de su familia.

La conclusión que se desprende de esta modificación es clara: Al rico se lo condena por no haber sabido reconocer como hermano al que tan cerca ("prójimo") estaba de él. El pecado no está en la riqueza, sino en la falta de solidaridad que permite que unos hombres naden en la abundancia mientras otros a su lado se consumen y mueren deseando "llenarse con lo que cae de la mesa de los ricos". Con razón el Papa Juan Pablo II veía en nuestra parábola la descripción simbólica del mundo en que vivimos.

La segunda modificación introducida por Jesús al relato folclórico está en que le añade una nueva conclusión, contenida en el segundo diálogo del rico con Abraham. Su sentido es transparente: para reconocer que la solidaridad es lo único que impide que nuestra existencia se malogre irremediablemente, no necesitamos revelaciones extraordinarias ni milagros; basta y sobra con la Palabra de Dios dirigida a todos desde siempre.

Y puede ser significativo recordar que la resurrección de otro Lázaro, del real, el hermano de Marta y María, no hizo sino endurecer a los judíos que se habían negado a creer en Jesús.

## DOMINGO 27 - C

Hab 1,2-3; 2,2-4; 2 Tim 1,6-8.13-14; Lc 17,5-10

El Evangelio de hoy nos obliga a reflexionar en primer lugar - antes que sobre lo que Jesús nos dice - sobre el estilo o la modalidad en que él nos habla. Se trata de una manera paradójica de enseñar: manera deliberadamente desconcertante, con palabras que golpean la imaginación, se graban en la memoria, y provocan un proceso de reflexión que permite descubrir personalmente lo que él quiere que comprendamos. Jesús es un maestro que, por así decirlo, no "dicta contenidos", sino que estimula a pensar para que sus oyentes lleguen a la conclusión que a él le importa. Jesús no nos propone fórmulas que hubiera que tomar al pie de la letra, sino que nos obliga a ir, más allá de la materialidad de sus palabras, hasta el "espíritu" que las anima, hasta su "intención" profunda.

El tema de fondo abordado por Jesús en el Evangelio de hoy es el de la fe. En labios de Jesús la "fe" no es la adhesión intelectual a un conjunto de verdades, sino la actitud vital y global con que se acoge a Dios que, a través de la actuación del propio Jesús, se hace presente en la realidad del

hombre con la plenitud de su fuerza salvadora. En esta "fe" se juega el sentido total de la existencia humana ya que ese Dios que quiere entrar en nuestra vida no es un ser más entre otros seres, sino que es el Absoluto, el que no puede tener en la vida del ser humano un lugar que no sea el de eje y centro de gravedad de la existencia personal de cada cual. Es la relación con Dios la que define en última instancia el sentido y el valor de nuestra vida: y esa relación - la fe - exige una total incondicionalidad, sin que pretendamos nosotros determinar lo que él puede o no puede, lo que él debe o no debe hacer. Si yo no le pido a Dios que traslade un árbol o una montaña porque creo que él no lo puede hacer, es que me falta la fe. Pero si yo le pido que lo haga para satisfacer un capricho o una curiosidad mía, es que me falta tomar conciencia de lo que es ese Dios en quien digo creer.

Si esto es así, es lógico que nos preguntemos si tenemos o no tenemos esa "fe" de que Jesús nos habla. Y el texto evangélico de hoy nos lleva a la conclusión paradójica de que la única fe que es posible se da en la conciencia dolorosa de que no tenemos la "fe" que Dios se merece y a la que Jesús nos exhorta. "Creo. Socorre mi incredulidad"(Mc 9,24).

En la segunda parte del Evangelio de hoy, Jesús nos señala un criterio que nos permite juzgar si nuestra actitud ante Dios respeta el carácter "absoluto" - incondicionable - de su ser y de su actuar para con nosotros. Sólo se da este respeto, dice Jesús, cuando frente a Dios nos sentimos como "pobres servidores" sin ninguna pretensión de esgrimir "derechos" en su presencia. Esta dimensión de la "fe" - expuesta por Jesús con un ejemplo deliberadamente duro y chocante - es la única que nos permite acoger con gozo y gratitud el hecho increíble de que Dios, en Cristo, haya querido ponerse a nuestro servicio. (Ver Lc 22,27; Jn 13,4-15; Lc 22, 27).

Cuando se descubre y se acoge esta trastornadora "buena noticia", la vida que en ella se inspira aparece caracterizada, "no por un espíritu de timidez, sino por un espíritu de energía, de amor y de buen juicio": espíritu que nos hace capaces de "aceptar, con la fuerza que Dios nos da, nuestra parte en los sufrimientos que vienen por causa del Evangelio" (2ª Lectura) Esa fe se vuelve una confianza absoluta en la fuerza del amor que Dios nos tiene. De tal modo que nada nos parece un obstáculo invencible para llevar adelante la tarea cristiana: esa tarea que se descubre cuando se descubre al Dios de amor y se cuenta con su poder ilimitado.

En resumen, Jesús nos invita, simultáneamente, a confiar sin límites en Dios, creyendo que nada puede ser un obstáculo insalvable para el amor de Padre que él nos tiene, y a tener conciencia de que nada de lo que hacemos nos saca de nuestra condición de "pobres servidores", renunciando a presentarnos alguna vez ante él como acreedores ante un deudor.

## **DOMINGO 28 - C**

2 Rey 5,14-17; 2 Tim 2,8-13; Lc 17,11-19

El Domingo pasado subrayaba Jesús que la fe lleva a confiar en Dios sin límites y por lo mismo a pedirle con la convicción de que a él todo le es posible. Hoy nos hace tomar conciencia de que la fe consiste ante todo en reconocer la Gracia salvadora de Dios que se despliega en nuestra vida, en mostrarnos agradecidos y en expresarle nuestra gratitud con alegría. Si no se nos ocurre de qué darle gracias a Dios, quiere decir que lo que llamamos nuestra "fe" no es lo que tendría que ser: acogida del Evangelio como "buena noticia" para nosotros.

Un cristiano es entonces, alguien que se sabe "agraciado", y que por consiguiente vive "agraciado". El agradecido es el que tiene lo que el gran pensador judío Abraham Heschel llama el "sentido de la deuda": eso que me hace vivir con mayor conciencia de lo que yo debo que de lo que a mí se me debe, o eso que me hace experimentar la vida como algo que estoy recibiendo, más que como algo que estoy haciendo, o incluso "tomando" (como se toma una cosa que "está ahí"

simplemente). Si es una verdadera "fe" la que nos lleva a pedirle algo a Dios, debería hacernos ella conscientes de que es una "gracia" el que podamos dirigirnos a él como a un Padre, seguros de que él nos escucha.

El amor que Dios nos tiene y todo lo que ha hecho por nosotros y lo que nos ha dado, crean una "deuda" imposible de "cancelar" de alguna manera que no sea la gratitud permanente. Y notemos que esto es también verdadero en el nivel humano: si uno pretende "cancelar" el regalo de un amigo, es una ofensa que acaba con la amistad. En cambio, al decir "gracias", uno significa que acepta ser siempre "deudor" del otro, o - si se quiere - reconocer y respetar el carácter gratuito del gesto del otro y mantenerlo siempre vivo en la memoria. Porque sin memoria no hay gratitud: "malagradecido" es el que echa al olvido los beneficios recibidos gratuitamente.

Vemos, pues, que la gratitud y la memoria de la Gracia tienen un papel central en la existencia cristiana. Es significativo que la primera línea del primer escrito cristiano sea: "Damos gracias a Dios siempre recordando..." (1ª Tes 1,2). Si es así, nos resultará comprensible la centralidad de la Eucaristía en la vida de la Iglesia y no nos llamará la atención que Jesús la haya instituido diciendo: "Haced esto en memoria mía". El sacramento del pan y del vino evoca y "re-presenta" (hace presente de nuevo) la entrega total de Jesús a nosotros, expresión suprema de la Gracia de Dios y motivo fundamental de nuestro agradecimiento. Por eso, el rito que inicialmente fue llamado "Cena del Señor" o "Fracción del pan", pasó muy pronto (ya en la Didaché y en las cartas de Ignacio de Antioquía a llamarse "eucaristía", palabra griega que significa "acción de gracias" o "agradecimiento").

La única forma de impedir que la *memoria sacramental* de Jesús (la Eucaristía) se nos convierta en un rito vacío y rutinario es acudir a la *memoria narrativa* de Jesús que se conserva para nosotros en los evangelios. Sin la narración de lo que fue su existencia histórica, los rasgos personales de Jesús se difuminan, y se hace así posible que ya no vivamos nuestro cristianismo como una relación personal con Jesús basada en tener presente su actuación y su personalidad que se entregó gratuitamente por nosotros.

## DOMINGO 28 - C

2 Rey 5,14-17; 2 Tim 2,8-13; Lc 17,11-19

El centro de interés del episodio evangélico de hoy se sitúa en el contraste entre la actitud de los nueve judíos y la del único samaritano que había entre los diez que, por la intervención de Jesús quedaron limpios de su "lepra" ("lepra", en la Biblia, no designa sólo la enfermedad causada por el bacilo de Hansen, sino cualquier afección a la piel: v. gr. la psoriasis). Ese contraste es subrayado por las palabras de Jesús "¿Acaso no quedaron limpios los diez? Los otros nueve ¿dónde están? ¿No ha habido quien volviera a dar gloria a Dios sino este extranjero?"

Es que, para Jesús, sólo el samaritano ha visto y comprendido a fondo lo que realmente había sucedido. Ha llegado a comprender que no sólo ha sido sanado, sino que ha encontrado la acción salvadora de Dios desplegándose en la persona de Jesús; de tal modo que su *retorno* a Jesús equivale a una *conversión*. Y esta conversión la expresa postrándose agradecido ante Jesús y alabando a Dios: es decir, reconociendo que es en Jesús donde se hace presente la acción de Dios, esa acción que salvadoramente pasa por encima, no sólo de la frontera insalvable que separaba a los leprosos de los sanos, sino también de la frontera más rígida que excluía del pueblo de Dios a los samaritanos. Los otros nueve solamente percibieron una acción purificadora ocurrida en su piel y no sintieron otra exigencia sino la de cumplir con las formalidades legales que acreditaran su restablecimiento y que les permitiera reincorporarse a la vida social. El samaritano ha sabido discernir en su curación - y ahí está la fe - algo más profundo y de otro orden: la Gracia salvadora de Dios actuando en Jesús y encarnada en él. Y esto es lo que Jesús expresa cuando le dice: "Tu fe te ha salvado".

Según Jesús, la fe - que es siempre acogida a la Gracia de Dios - tiene que expresarse ante todo como *gratitud*, como reconocimiento del carácter gratuito e inmerecido de todo lo que recibimos de Dios. La gratitud gozosa debe constituir como el "primer piso" de toda la construcción de una vida de fe. Por eso el sacramento fundamental de la fe es la "*Eucaristía*": la "acción de gracias" o el "agradecimiento" al Dios que en Cristo nos lo ha dado todo como un inmenso regalo.

Condición básica de la gratitud es la "*memoria*". Jesús instituye la Eucaristía diciendo: "Haced esto en memoria mía". Es indispensable retener en la conciencia el favor recibido, sin permitir que se oscurezca su carácter inmerecido (ver la 2ª Lectura).

Es bueno saber que en todos nosotros hay ciertos mecanismos de olvido, que operan sobre todo cuando se trata de favores. Uno de ellos es el orgullo, que tiende a dejar en la sombra el carácter gratuito de lo que se nos da y a amplificar el valor "meritorio" de nuestros logros y, cuando nos va mal, a hacer recaer en otros la responsabilidad de nuestros fracasos.

Otro mecanismo de olvido es el acostumbramiento. Me refiero a que con frecuencia el contacto habitual y la cercanía con lo religioso, lo sagrado o lo cultural, atenúan el "sentido de Dios" en nosotros, y así la vida de relación con Dios se nos rutiniza y nos vamos quedando en el "cumplimiento" y en el "rito" o "práctica", mientras se nos esfuma lo medular, que es la conciencia de lo maravilloso de nuestra relación personal con el Dios trascendente.

## DOMINGO 29 - C

Ex 17,8-13; 2 Tim 3,14-4,2; Lc 11,37-41

Sin duda alguna el tema predominante en las lecturas de este Domingo es el de la perseverancia en la oración: las imágenes de Moisés con sus brazos extendidos a pesar del cansancio, y de la viuda que, con su perseverancia fastidiosa, logra "quebrarle la mano" al juez que "no temía a Dios ni respetaba a los hombres", son imágenes de enorme eficacia para dejarnos una idea clara sobre la importancia de no desanimarnos en nuestra actitud de súplica ante Dios.

Y pienso que Jesús, al llamarnos a "orar siempre", "sin desanimarnos", apuntaba sobre todo a la oración de intercesión, es decir a la que hacemos, no por nosotros mismos, sino por causas mayores que nuestros intereses personales. Más aún: pienso que Jesús quiere que se haga oración en nosotros ese clamor sordo de quienes se encuentran en una situación objetivamente injusta, pero no saben, no pueden o no quieren expresarlo como una plegaria al que es - aunque no lo sepan - el Padre de todos ellos. Y creo, en todo caso, que, si no somos conscientes de las injusticias que estructuran nuestro mundo, jamás podremos hacer nuestra con toda su carga real la petición que Jesús puso en nuestros labios para pedirle a nuestro Padre: "Venga a nosotros tu reinado". Así como Moisés convertía en oración la lucha de los israelitas en Refidim, así los cristianos tenemos que convertir en oración las necesidades y sufrimientos de nuestro mundo.

Hoy estamos llamados a convertir en oración 1) la situación de los que no conocen a Cristo y 2) la situación de los que han dejado familia y país para revelárselo como buena noticia a los que no lo conocen.

Nuestra oración por los que no conocen a Cristo (los 3/4 de la población mundial) sólo puede ser auténtica si para nosotros mismos conocer a Cristo es una maravilla que llena todos los horizontes de nuestra vida, haciéndola gozosa y radiante, llena de sentido y contagiosa (cf. Flp 3, 7-14)

Y nuestra oración por los que trabajan por sembrar la semilla del Evangelio en ambientes ajenos tampoco será genuina si no somos nosotros mismos conscientes de que la difusión del Evangelio en nuestro ambiente nos corresponde a todos. Si ha habido una constante en los 20 años de pontificado de Juan Pablo II, este ha sido el de que la misión de evangelizar afecta sin excepción a

todos los miembros de la Iglesia, ya que entrar en ella consiste en asumir la misión que Jesús les confió a sus discípulos. Es contradictorio decir que uno es discípulo de Jesús, pero no portador responsable de su propia misión.

### **DOMINGO 30 - C**

Sir 35, 12-18; 2 Tim 4, 6-8.16-18; Lc 18, 8-14

Parábola provocativa y chocante, tanto o más que la del Sacerdote, el Levita y el Samaritano. Se trata de un tipo de parábolas que no ofrecen comparaciones, sino conductas típicas. Ahora bien, en ambas parábolas salen mal parados personajes de gran prestigio, mientras que la aprobación de Jesús recae sobre personajes mal afamados: un Samaritano y un Publicano.

Hay que tener presente que en esta especie de parábolas es de rigor la caricatura y la generalización: no todos los fariseos eran como el de la parábola, ni todos los publicanos como el que aquí se nos describe, pero obviamente hay una base que justifica la caricatura.

Es muy importante comprender que lo que está en juego en la parábola no son las buenas obras del fariseo (no tenemos por qué dudar de que fueran reales), ni las exacciones fraudulentas del publicano. El punto clave o centro de interés es la autosuficiencia acompañada de desprecio por los demás, como actitud central de la vida (la que se expresa en lo íntimo de la conciencia). En el fondo, no habría cambiado radicalmente la parábola si se hubiera estigmatizado una oración del publicano concebida en los siguientes términos: "Te doy gracias, Señor, porque no soy como los beatos que pasan metidos en el Templo y las Sinagogas y cumplen todos los reglamentos, ni tampoco como este fariseo que se siente tan justo".

Pero lo chocante de la parábola es que, justamente, la actitud estigmatizada sea la de un fariseo, cuyo grupo se caracterizaba por su rigor en la observancia de la Ley y de las obras de piedad.

Para comprenderlo, es esencial percibir que en el fondo se trata de lo que significa Dios para los que se dirigen a él. La conducta "justa" frente a Dios es la que respeta lo que Dios es. Y Dios es aquel ante el cual no cabe gloriarse, es decir sentirse seguro y satisfecho. Pues bien, Jesús personifica la actitud negadora de lo que Dios es, en un "hombre modelo" (honrado, cumplidor y devoto), y señala que la actitud justa frente a Dios puede surgir de un pecador despreciado.

La intención de Jesús es denunciar que una religiosidad de cumplimientos y contabilidades destruye y anula el verdadero sentido de Dios, en la medida en que engendra la sensación de que Dios puede estar en deuda con uno. En otros términos, Jesús señala que con facilidad la piedad toma el lugar de Dios. Cuando mi relación con Dios es más importante para mí que Dios mismo, el nombre "Dios" llega a ser un nombre vacío que disimula el egocentrismo absoluto.

De modo que la parábola es una revelación del "carácter" de Dios. El es el que acoge al pecador abrumado y desesperanzado y rechaza al satisfecho. Es el Dios que nos saca de las seguridades que nos puede ofrecer nuestro pasado correcto, y nos llama a poner nuestra esperanza en el futuro que Dios puede abrirnos con su perdón generoso que siempre necesitamos.

### **DOMINGO 30 - C**

Sir 35, 12-18; 2 Tim 4, 6-8.16-18; Lc 18, 8-14

Nos puede suceder que en nuestras oraciones nos parezca lo más importante lo que le pedimos o le decimos a Dios. Pero sin duda alguna lo realmente decisivo es cómo nos situamos frente a Dios; en otras palabras, lo esencial es si nuestra actitud corresponde a lo que Dios es, y a lo que nosotros somos frente a él.

Una conciencia correcta de lo que Dios es, nos lleva a situarnos ante él sin pretensiones y en actitud de pecadores en deuda con él; nos lleva también a agradecerle todo lo bueno que hay en

nosotros como efecto de su generosidad, y a alegrarnos en todo lo bueno que les ha dado a los demás; nos lleva igualmente a agradecerle su incansable capacidad de perdonar, tanto a favor nuestro como a favor de los otros. Pero jamás debe llevarnos a presentarnos ante él como acreedores, esgrimiendo derechos, y mucho menos como jueces de las conductas ajenas, menospreciando a los que actúan de manera que estimamos reprochable.

La satisfacción de sí mismo y el desprecio por otros es la prueba más clara de que uno no se está acercando a Dios sino a un ídolo, o - lo que es peor - de que no está reconociendo a Dios como Dios.

Es clara la intención de Jesús de ponernos en guardia frente al peligro de que nuestra obediencia a Dios pase a importarnos más que Dios mismo, y no captemos el amor inmerecido de Dios hacia nosotros. Charles Peguy decía hace casi un siglo que hay "virtudes" que pueden crear "una coraza que nos vuelven impermeables a la Gracia". Como Sta. Teresita de Lisieux, tenemos que "sentarnos a la mesa de los pecadores". Para llegar a Dios tenemos que ponernos en la fila que lleva a la puerta donde está el letrero "Pecadores" y no el de "Justos".

No quiere decir que tengamos que empezar a violar leyes y a pecar para descubrir a Dios. Pero sí tenemos que aceptar leal y gozosamente que muchos que nosotros miramos como "pecadores" y dignos de desprecio pueden estar de hecho más cerca de Dios que nosotros los "practicantes". Y, además, tenemos que saber dudar del valor que Dios pueda reconocerles a nuestras observancias y devociones. San Pablo dice: "Aunque la conciencia de nada me remuerde, no por eso quedo justificado; mi juez es el Señor" (1 Cor 4,4).

Resumiendo, la parábola encierra una revelación del "carácter" de Dios. El pecador acongojado es acogido por él, y el justo satisfecho es rechazado. Dios es el que pone en cuestión las seguridades basadas en lo que hemos hecho, y nos llama a poner nuestra esperanza en su infinita capacidad de perdón "Aún cuando nuestro corazón nos reprenda, Dios es mayor que nuestro corazón" (1 Jn 3,20).

### **DOMINGO 31 - C**

Sab 11,22-12,2; 2 Tes 1,11-2,2; Lc 19,1-10

Al igual que en el domingo pasado, nos presenta el Evangelio el caso de un publicano perdonado en medio de las críticas de "los justos": En el caso anterior, se trataba de una parábola (la del fariseo y el publicano), hoy nos encontramos frente a una realidad. En la parábola, el publicano había ido a la Casa de Dios; en esta realidad, es Dios en Jesús, quien va a la casa del publicano. Y va, no porque allí se practiquen obras buenas dignas de recompensa, sino porque hay alguien a quien salvar (este gesto concreto de Jesús tiene una proyección universal, que matiza la "opción por los pobres").

En la inesperada visita de Jesús, Zaqueo se sintió amado y respetado, no humillado ni despreciado. Zaqueo descubrió en Jesús una dimensión que no imaginaba cuando se las arregló para lograr verlo de cerca, movido por una curiosidad o un interés sin mayor alcance o trascendencia.

El descubrimiento de lo que Jesús es en su realidad profunda, nos deja siempre ante una plenitud sin proporción con lo que eventualmente se buscaba: es siempre el percibir que existe lo gratuito, lo no merecible, aquello que sobrepasa lo soñado o lo imaginado (Mt 13,44-45).

Por eso, descubrir a Jesús conlleva una "conversión existencial": se nos desvaloriza todo lo que no es él, y nos sentimos movidos a renunciar gozosamente a lo que antes nos atraía (ver las parábolas citadas de Mt y, sobre todo Flp 3, 7-8.12-14<sup>a</sup>).

Esta "conversión existencial", que consiste en ver la realidad con otros ojos, es también muy realista y pragmática: nos lleva a asumir la responsabilidad de lo hecho antes, aunque fuera de "buena

fe"; no es posible sacudirse las manos, y decir: "lo pasado, pasado", y "a mirar para adelante". Como ha dicho D. Bonhöffer, el teólogo mártir, "El perdón de Dios es gratuito, pero no barato".

Zaqueo no sólo descubre otra forma de usar su riqueza, sino que asume como un deber ineludible el reparar - y con creces - sus exacciones e injusticias.

Creo que no es superfluo subrayar que el cambio en el nivel ético es un resultado espontáneo del cambio radical que se produce al experimentar la irrupción de la Gracia en la existencia. La ética cristiana sólo cobra vigencia y sentido cuando se la percibe en su relación estrecha con la Buena Noticia del Amor de Dios encarnado en Cristo. La conciencia de lo que tenemos que hacer por Dios surge de la conciencia de lo que Dios ha hecho primero por nosotros.

### **DOMINGO 32 - C**

2 Mac 7,1-2.9-14; 2 Tes 2,16-3,5; Lc 20,27-38

El Evangelio y la 1ª Lectura nos hablan de la esperanza de una "resurrección" que nos introducirá en una "vida eterna": esperanza que figura explícitamente en el "Credo" (abrazado por todos los cristianos de cualquier iglesia o confesión particular): "Creo en la resurrección de los muertos y en la vida eterna".

No hay duda de que muchos creyentes no se sienten identificados con esta esperanza; según encuestas fiables, un porcentaje muy alto de "cristianos" no creen en estos dos últimos artículos del Credo.

Es muy probable que detrás de este rechazo haya una incomprensión muy grave de la esperanza cristiana, tan grave que lleva a mirar como una ilusión el anhelo inextirpable que tiene todo ser humano de una vida sin los límites de la muerte: anhelo que se manifiesta ante la muerte de nuestros seres queridos y ante la perspectiva de nuestra propia muerte, cuando se hace cierta y concreta.

Pienso que la incomprensión que está detrás de la duda o el rechazo de que hablamos, consiste en una visión empobrecida de la "vida humana", cuando se la reduce al fenómeno biológico que tenemos en común con todos los seres vivos. Porque es claro, como la biología lo sabe con plena certeza, que tal vida no puede ser eterna, y que una resurrección que nos dejara de nuevo en ese nivel no tendría sentido.

Las palabras de Jesús en el Evangelio de hoy comienzan precisamente eliminando la idea de que la vida resucitada sea todavía una vida en que tengan lugar las funciones biológicas, como la generación o reproducción.

Pero lo más interesante de lo que dice Jesús se encuentra al final del trozo. Aquí propone él un argumento a favor de la esperanza cristiana fundado en la relación que surge entre Dios y aquel que con fe lo ha acogido en su vida personal. Según Jesús, esta relación es tan profunda que afecta definitivamente a Dios mismo: Dios será siempre "el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob". Y, precisamente, esta manera de vincularse Dios con sus fieles es el fundamento de la posibilidad - y de la seguridad - que ellos tienen de vivir para siempre.

Es esta comunión con Dios - con la que acojo a Dios como "mi Dios" - la que define y determina, en última instancia, el verdadero ser del hombre. Los hombres podemos relacionarnos con muchas personas y cosas, más o menos importantes; pero la única relación que corresponde a las exigencias y posibilidades profundas del ser humano, es la relación con "el Absoluto", con el Dios vivo y verdadero; sólo ella afecta al hombre en sus vísceras más íntimas; sólo ella introduce en la existencia humana una forma de "vida" que trasciende y supera absolutamente la esfera no sólo de lo biológico sino también de lo temporal. Y es esa relación con el Eterno la que le da al hombre la posibilidad de una vida eterna. Se trata de una vinculación que radica en el amor que Dios nos tiene y

en el cual él se compromete para siempre, y en virtud de ese compromiso se funda la posibilidad de vivir para siempre en comunión con él. Lo importante es que en esta vida nos hayamos abierto a Dios, y hayamos vivido de alguna manera esa vinculación con él como algo decisivo para nuestra vida, apegándonos a él y ojalá entrando en comunión en la "Eucaristía" con el Cuerpo resucitado de su hijo Jesús.

### **DOMINGO 33- C**

Mal 3,19-20; 2 Tes 3,7-12; Lc 21,5-19

El texto del Evangelio no es fácil, principalmente por su lenguaje muy marcado por las convenciones estilísticas de un género literario llamado "apocalíptico", que a nosotros nos resulta extraño, pero que estaba en boga en el Judaísmo de los tiempos de Jesús.

Pero hay una cosa clarísima, y es el anuncio de un Juicio de Dios que destruirá las esperanzas terrenales y las seguridades humanas: "De todo esto que ustedes están viendo no quedará ni una piedra sobre otra", dijo Jesús aludiendo a los muros del Templo que eran el orgullo de los judíos. Y el profeta: "Se acerca el día, ardiente como un horno, en que todos los orgullosos y malvados arderán como paja. Pero para ustedes que me honran, mi justicia brillará como la luz del sol, que en sus rayos trae salud" (1ª Lectura).

Es bueno tomar conciencia de que el Juicio de Dios no recae sólo sobre los individuos, sino sobre el mundo, es decir, sobre la realidad en cuanto manejada y transformada por el hombre y más especialmente sobre el sistema de vida que los hombres construimos, como cuando hablamos del "mundo egipcio", del "mundo romano", del "mundo medieval" del "mundo moderno", etc. Estos "mundos" contruidos por el hombre son siempre ambiguos y desequilibrados, y en ellos se dan mezclados en forma inextricable el bien y el mal, la verdad y la mentira, el coraje y la cobardía, el idealismo y el cálculo interesado. La historia es una especie de "juicio inmanente" ya que aquellos pueblos y culturas que no logran superar los desafíos de sus tiempos caen en la ruina y desaparecen. Pero el Juicio de Dios que la Biblia nos anuncia es infinitamente más profundo y total.

Este anuncio suele suscitar una pregunta sobre el "cuándo" de ese Juicio. Pero esta es la pregunta equivocada. La pregunta de veras esencial es sobre los criterios con que Dios juzgará nuestro mundo: "lo que es celebrado entre los hombres es abominación ante Dios" (Lc 16.15); "los últimos serán los primeros, y los primeros los últimos" (Mt 20,16). Y uno de los elementos esenciales de la fe consiste en aceptar como válidos estos criterios de Dios que se nos revelan en el Evangelio a través de las palabras y opciones de Jesús. (cf. G S, 39, b-c).

Conocer tales criterios, comprenderlos, hacerlos nuestros, no sólo nos permite estar preparados para nuestro juicio personal, sino también - y sobre todo - ser capaces nosotros de juzgar a nuestro mundo, discerniendo lo que en él es positivo y lo que es negativo, lo que es dinamismo de vida, y lo que es de muerte. Gracias a este discernimiento lúcido y no teñido por nuestros intereses personales, estaremos en condiciones de contribuir a transformar nuestro mundo, haciéndolo más equitativo, más libre de esclavitudes y opresiones, más solidario, más respetuoso, más impregnado de confianza mutua. En el fondo, la intención última de esos anuncios bíblicos del "Juicio de Dios" es la de incorporarnos a nosotros en el proceso en que está Dios mismo, de llevar a la humanidad a esa plenitud que es la meta de la historia y cuyo "cuándo" es el secreto inescrutable de Dios.

Esos criterios divinos están en franco contraste con los que suelen tener vigencia en nuestro mundo, y por ello, cuando los aplicamos, nuestro "mundo" tiende a descalificarnos y a perseguirnos (cfr. Evangelio). Quizás el más englobante de ellos sea el de la prioridad otorgada a aquellos que son víctimas del "Reino de este mundo", aquellos en los cuales la dignidad humana se encuentra más vejada y menos reconocida. En nuestros planes o proyectos ellos tienen que ser nuestro horizonte, y el efecto que sobre ellos puede recaer de nuestra actuación tiene que ser el factor decisivo para

nuestras opciones. Son ellos los que más valen a los ojos de Dios, y no nuestras instituciones, por más sagradas que sean. Del Templo dice Jesús que "no quedará piedra sobre piedra", porque la religión que en él se expresaba no tenía su eje en los "humillados y ofendidos".

### **CRISTO REY - C**

2 Sam 5, 1-3; Col 1, 12-20, Lc 23, 35-43

La escena de Lc deja en claro dos cosas:

- 1) Es claro que Jesús fue condenado a causa de su pretensión mesiánica, en la que se incluía la idea de realeza (recordemos el rótulo de la cruz: Rey de los Judíos); además es evidente que Jesús reivindicaba la función mesiánica en cuanto se atribuía un papel único y decisivo en la instauración del reinado de Dios.
- 2) Pero también es claro que Jesús comprendía su realeza mesiánica de una manera muy distinta de cómo la imaginaban los judíos.

La raíz está en que Jesús y los demás entendían en forma diferente el reinado de Dios. Este, para Jesús era el fruto de una decisión gratuita de Dios, que incluía el perdón, la libertad, el gozo, la fraternidad, la vida plena. No sólo una esperanza para el "más allá" de la historia, sino también - y primero - una posibilidad ofrecida a los hombres en medio de su historia dolorosa y conflictiva: oferta que se manifestaba y se desplegaba en su actividad salvífica y liberadora (curaciones y exorcismos), en otras palabras, el poder real de Dios puesto al servicio de su amor a los hombres concretos, y sobre todo en sus actitudes, vale decir, los criterios de "Dios reinante": su voluntad de perdón, su ternura preferente por los marginados y sufrientes, y todo ello en medio de la insignificancia y de la indefensión, sin apoyo de ningún "poder carnal".

El mensaje de Jesús resultó inaceptable, ridículo, escandaloso, peligroso a los ojos de las autoridades, y esto llevó a que lo arrestaran y condenaran: no por pretender ser el Mesías, sino por proponer una imagen intolerable del Mesías.

Ante esta acusación, Jesús no retractó nada de su mensaje, y se negó al uso de cualquier fuerza para impedir su ejecución, fiel a su opción de usar su poder mesiánico solamente a favor de los demás (cf. escena de la tentación). Y así fue como Jesús murió, convencido de que muriendo por fidelidad a su misión contribuiría de una manera misteriosa pero eficaz a la instauración del reinado de Dios.

Su resurrección significó precisamente que el reinado de Dios se hace presente no sólo cuando se vive como Jesús vivió, sino sobre todo cuando se muere como Jesús murió.

Y es así como nuestra fe en Jesucristo Rey tiene que expresarse cabalmente cuando lo vemos en su condición de Crucificado, es decir de rechazado y condenado por "el mundo", tal como lo hizo el "buen ladrón".

¡Que esta fe nos haga estar "hoy" con Jesús en la comunidad de su Reino!

## CRISTO REY - C

2 Sam 5, 1-3; Col 1, 12-20, Lc 23, 35-43

El año litúrgico culmina en los tres ciclos con la celebración de esta "Solemnidad de Jesucristo, Rey del Universo". Es la oportunidad para subrayar que ser cristiano no consiste en la adhesión al cristianismo ni a la doctrina cristiana ni a las prácticas cristianas, sino la adhesión a la persona histórica de Jesús de Nazaret, acogiéndolo como "Señor": es decir, como única raíz de sentido de nuestra vida, como clave que nos permite comprender el verdadero valor de toda la historia humana y de toda la realidad. Ser cristiano es reconocer que en la persona de Jesús lo encontramos todo: no sólo el modelo y el estímulo de una manera nueva de vivir, entusiasmante, libre y creativa, sino que en él encontramos ante todo a Dios.

Y es que Jesús no sólo vivió para sí mismo, sino que toda su persona con su actuación estuvo centrada en Aquel a quien él llamaba "Abbá" (Papá), en hacer presente su reinado de amor y de perdón sanador, y en darles vigencia a su voluntad y a sus criterios. Y por eso, ser cristiano es decirle a Jesús: "Tu Dios será mi Dios". Ser cristiano es aceptar que cualquier imagen o idea de Dios que pudiéramos tener proveniente de otra fuente, tiene que dejarse corregir o transformar a partir de lo que se nos revela en las actitudes de Jesús y en sus plegarias a ese "Abbá". Es esto lo que nos dice San Pablo cuando escribe que Cristo es "la imagen en la que se nos hace visible el Dios invisible".

Hay muchos caminos que permiten llegar a afirmar que existe un Dios, pero es en Jesús donde llegamos a conocer cómo es realmente ese Dios. Jesús nos dice: "Nadie puede llegar al Padre sino a través de mí", "Quien me ve a mí ve al Padre".

Para nosotros, Cristo es la llave de bóveda en nuestra existencia. Pero es también la llave de bóveda de toda acción creadora y salvadora de Dios. Toda la plenitud definitiva que constituye la meta de la historia humana, eso que el Apocalipsis nos describe con la imagen de la Jerusalén celestial: todo eso ya está presente en Cristo resucitado, en su Cuerpo glorioso. Pero este Señor y Rey del Universo es el mismo Jesús de Nazaret que fue rechazado y crucificado. Y la fe cristiana consiste en juntar estos dos polos: que Jesús es el Señor glorioso que "ha recibido todo poder en el cielo y en la tierra" (Mt 28,18) y que este Rey del Universo es el mismo Jesús de Nazaret, el Crucificado. En la Eucaristía se nos entrega el Cuerpo glorioso de Jesús resucitado, pero en un pan partido que evoca su cuerpo despedazado y en un vino que evoca su sangre derramada.

La fe de los cristianos se expresa gráficamente en la actitud del que llamamos "buen ladrón", que reconoció como Rey a Jesús crucificado. Es conociendo cada vez mejor a Jesús de Nazaret, tal como nos lo presentan los evangelios en su existencia histórica, como se enriquece y se hace significativa nuestra fe en el Resucitado que sigue invisiblemente presente con su Iglesia y con sus discípulos "hasta que concluya la historia humana" (Mt 28,20). Saber que Jesús tuvo hambre, sueño, miedo y angustia es indispensable para que nuestra fe en el resucitado sea realista y no una especie de mitología alienante.